



LA
INSALADA
DE
POLLOS



MACUNDO



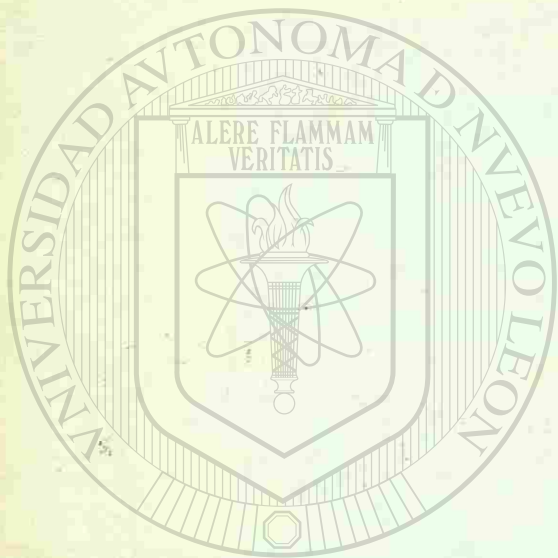
PQ7297
.C82
E5

100000



1020006091

UNIVERSIDAD DE CHILE
CENTRO DE INVESTIGACIONES Y
ESTADÍSTICAS



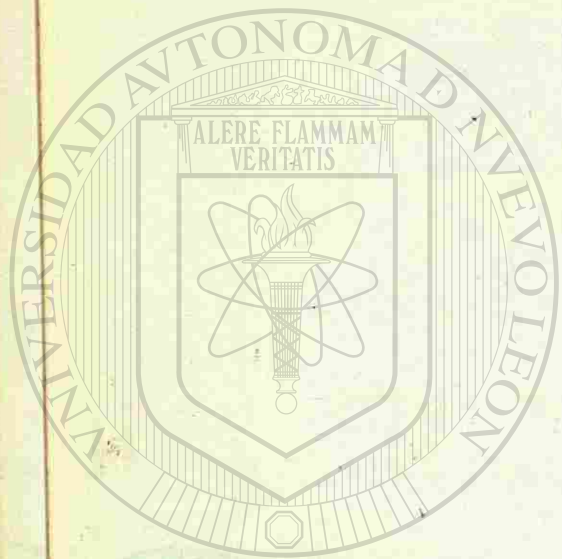
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



108688



LA LINTERNA MÁGICA.

TOMO PRIMERO.

LA ENSALADA DE POLLOS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA LINTERNA MÁGICA.

ENSALADA DE POLLOS.

NOVELA DE ESTOS TIEMPOS QUE CORREN

Tomada del *carnet* de

FACUNDO

(JOSÉ T. DE CUELLAR).

Edición corregida y aumentada.

Los muchachos del ilustrado siglo XIX,
dije para mí, llegan á viejos sin haber si-
do nunca jóvenes.

Figaro.



MEXICO.—1871.

Ignacio Cumplido, editor é impresor, calle de los Rabeldes número 2.

PA7297

282

ES



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

ENSALADA DE POLLOS.

CAPÍTULO I.

EN EL QUE EL CURIOSO LECTOR SE INICIA EN ALGUNOS
MISTERIOS DE LA INCUBACION DE LA RAZA.

DON Jacobo Baca es un padre de familia, de esos que hay muchos, sobre los que pesa una grave responsabilidad que no conocen, y que están haciendo un perjuicio trascendental de que no se dan cuenta.

Don Jacobo ha sido alternativamente impresor, varillero, ayudante del alcaide de la cárcel, por cierto *mal negocio*, despues *jicarero* encargado de pulquería, y últimamente ha sentado plaza de arbitrista, que es como se la va pasando.

Don Jacobo cree que sabe leer y escribir, pero buen chasco se lleva; pues en materias gramaticales confiesa é

mismo, con admirable ingenuidad, que nunca se ha metido en camisa de once varas.

En otra de las cosas en que se lleva chasco Don Jacobo es en creer que sabe hacer algo, pues nosotros, que bien le conocemos, estamos seguros de que á pesar de sus letras no sabe hacer nada.

Su inutilidad lo condujo, aunque paulatinamente, á la situacion lamentable en que el lector lo encuentra.

Aburrido Don Jacobo de buscar destino, y mas aburrido de no hallarlo, pensó en una cosa.

Esta cosa la han pensado las nueve décimas partes de los hombres inútiles que hay en el país. *Lanzarse á la revolucion.*

Esta idea acariciada en medio de la ociosidad y de los vicios, es el calor con que la madre discordia empolla á sus hijuelos: esta idea ha sido el prólogo de muchas epopeyas, así como el primer paso en la senda del crimen: esta idea entra en el número de las resoluciones desesperadas, y se equipara con la de suicidarse.

Respetamos, aunque no aludiendo á Don Jacobo, esta misma idea de lanzarse á la revolucion, cuando es engendrada por el noble arranque del patriotismo.

Don Jacobo, arbitrista y todo, llegó á desesperar, se le cerraron todas las puertas, como él decia, y comprendió que necesitaba lanzarse á la revolucion.

Don Jacobo tenía un compadre.

—He pensado una cosa, le dijo un dia.

—¿Cuál? le preguntó el compadre sorprendido de que Don Jacobo pensara algo.

—*Lanzarme á la revolucion.*

—¡Pero compadre!.....

Hubo un momento de silencio, durante el cual Don Jacobo escupió por el colmillo.

—¿Lo ha pensado usted bien?

—No me queda otro recurso; ya usted lo ve, no hay destinos, nadie presta, y luego mi muger.....

—Pero compadre, repitió Don José de la Luz; que así se llamaba el interlocutor.

—Lo único que me falta es caballo y armas.

—Es decir, todo.

—Casi.

—Para pelear se necesitan armas.

—Cabal.

—¿Y contra quién va vd. á pelear?

—Pues contra cualquiera, yo lo que necesito es la revolucion.

—Pero ¿usted no tiene principios políticos?

—Pues vea usted, compadre; en cuanto á eso, usted sabe que al hombre lo hacen las circunstancias.

—Pero usted puede elegir. Diga usted.

Don Jacobo meditó profundamente con la vista fija en tierra, y luego preguntó:

—Ahora ¿quiénes están mejor?

—¿Cómo mejor?

—Quiero decir, ganando.

—Pues los liberales siempre ganarán, compadre, á la larga ó á la corta. Por mi parte yo voy á los liberales á ojos vistos, es albur que sale; porque mire, aquí no pega lo de los extranjeros ni lo de las coronas.

—Sí, eso ya lo sé, compadre.

—¿Se acuerda de lo de Tampico?

—Pues nó!

—Y ya usted sabe que van los mochos, que vienen los mochos, pero siempre la libertad triunfa. Este es país libre, compadre.

—Pues con los liberales, compadre, dijo Don Jacobo iluminado.

—¡Dios saque á usted con bien! mire que los mochos fusilan bonito.

—Sí, pero.....

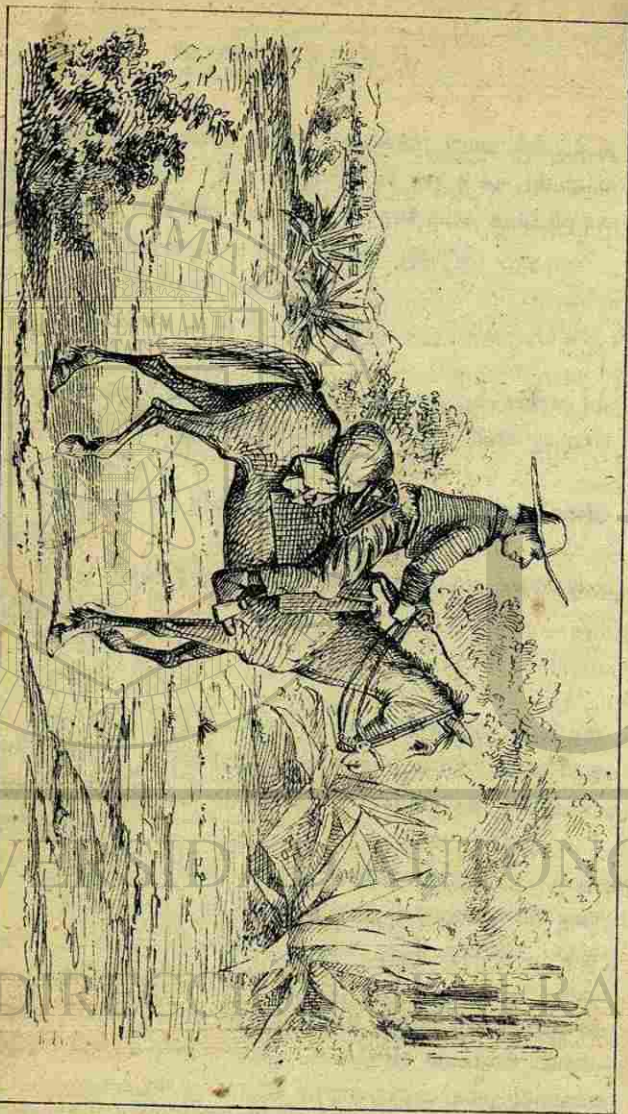
—¿Y la familia?

—Ahí se la dejo, compadre: no le diga nada á mi muger hasta que yo me haya escapado: que Pedrito se haga hombre, le dice que no ande ahí con mañas, y Concha, que se case.

Los dos compadres, por fin, se despidieron.

Don José de la Luz pensó mas en la muger de su compadre que en su compadre mismo. Era natural. Quedaba encargado interinamente.

Don Jacobo pensó menos en su muger que en procurarse caballo. Era natural: el caballo era muy importante y su muger ya estaba bien recomendada; de manera que Don Jacobo se fué en derechura á casa de un



Don Jacobo lanzándose a la REVOLUCION.

amigo que tuviera caballo, y se le pidió prestado: después buscó otro amigo que tuviera pistola y le ofreció limpiársela.

Empeñó un resto de equipaje y se puso en tren de defender á la madre patria.

Habia pernoctado en un meson de Santa Ana, despertó muy temprano y arregló su cabalgadura. Era esta un caballito de rancho, malicioso y asustadizo, tordillito mosqueado, con una oreja gacha, malos cascos y peor boca.

Don Jacobo le puso doble rienda, colocó á la grupa una gran maleta, pagó el gasto al *huésped* y se encaramó mas bien que montó en el tordillito, el que al sentir sobre el lomo aquella humanidad asustadiza, comenzó á caracolear en el patio del meson, mas bien de disgusto que de brío, y al fin, resignándose, salió á la calle.

Aquel jinete no llevaba espuelas, pero en cambio llevaba miedo y cuarta. El animal si no tenia buena estampa, tampoco tenia otras cualidades; trotaba ferozmente, y á pesar de las dos riendas le sucedia lo que á México, tenia mal gobierno.

Don Jacobo, en quien el valor no era precisamente una de sus cualidades distintivas, creía que los transeuntes le conocian en la cara aquello de que *se estaba lanzando á la revolucion*, y afectaba un disimulo que para nada le servia.

La calzada de Guadalupe se le figuró inmersamente larga hasta que llegó á la garita.

Allí le ocurrió otra cosa, y eran ya dos cosas buenas las que según él le habían ocurrido.

Lo de *lanzarse á la revolucion* era una, y encomendarse á María Santísima de Guadalupe era la otra; pero en cuanto á la segunda, comenzó á encontrar inconvenientes poderosos: el primero era apearse y no tener donde dejar su caballo; pero bien pronto le ocurrió otra cosa buena, mas buena que las otras, y ya eran tres las que en pocas horas iban cambiando la faz de su vida: esta última cosa buena fué aquella de que con la intencion basta, y encontró tan de su gusto el consuelo, que hasta se atrevió á dar por primera vez un azote al terdillito, que contestó espeluznándose como un gato y encogiendo el cuarto trasero como si le hubiera dolido mucho, movimiento que empezaba á revelar que entre Don Jacobo y su caballo habia cierta analogía; aquel debia ser el caballo de Don Jacobo: habian nacido el uno para el otro.

Cuando Don Jacobo salió de la ciudad de Guadalupe respiró mas libremente, figurándose que acababa de salir con bien de un gran lance, y repetia interiormente:

—Por fin ya estoy lanzado á la revolucion. Ello es cierto, continuaba despues de un largo rato, que bien puede costarme caro..... una bala..... pero por otra parte en la revolucion siempre se come, porque cuando no lo hay se toma.

A propósito de tomar sintió sed y tomó pulque, pagándolo, costumbre que estaba próximo á perder, una vez *bien lanzado á la revolucion*.

Despues de pagar pensó en su muger.

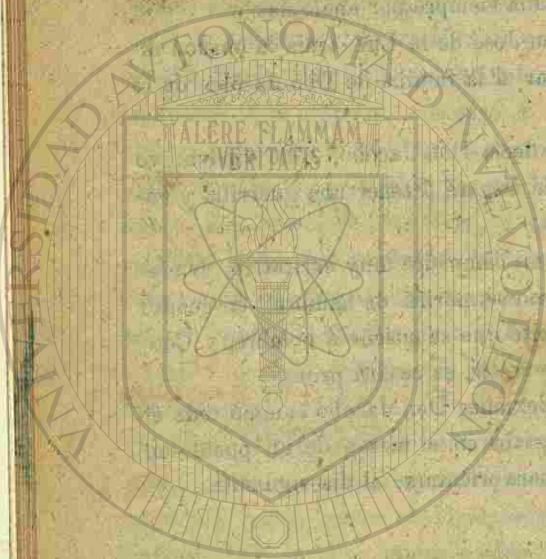
Don Jacobo pensaba siempre por analogías.

Su compadre Don José de la Luz tenia la mision diplomática de informar á la familia de Don Jacobo de lo de la revolucion.

—O vuelvo rico, decia Don Jacobo, ó no vuelvo: yo pasaré trabajos, pero llegaré á tener una guerrilla y entonces.....

Dios es grande, y mi compadre muy caritativo, de manera que mi muger no se morirá de hambre; en cuanto á mis hijos, el varoncito que se enseñe á hombre, y Concha, como ya se sabe vestir, se casará pronto.

Absorto en sus reflexiones Don Jacobo caminó todo el dia, y á la oracion estaba en el meson de un pueblo en donde tomó lenguas para orientarse al dia siguiente.



CAPÍTULO II.

DON JACOBO RECIBE EL ESPALDARAZO DE LA CABALLERÍA
ANDANTE Y QUEDA HECHO GUERRERO.

AL rayar la aurora el tordillito asomaba la cabeza entre las trancas del corral. El animal había perdido su blancura mate en virtud de la incuria de su nueva caballeriza. Don Jacobo se sorprendió al ver á su cabalgadura, que por un solo lado seguía siendo blanca, pero por el otro era amarilla: no parecía sino que el animalito había dormido sobre un lecho de zacatlixcale en infusión.

Unos arrieros lanzaban á la sazón una estridente carcajada, burlándose del tordillo y llamándole *maskarita*. El huésped se permitió algunas bufonadas sobre lo bien

que se había pintado el andante y recomendó al dueño que no le vendiese.

Don Jacobo creía tener razones de peso para no ser valiente; tragó las bromitas y siguió su camino.

A poco andar percibió *un polvo*, y poco práctico todavía D. Jacobo en materia de *polvos*, tuvo á bien suspender su marcha por si acaso.

La polvareda crecía y se acercaba, y nuestro héroe comenzaba á inquietarse. Es cierto que lo que para cualquiera otro caminante hubiera sido una calamidad, para Don Jacobo era la dicha; pero no obstante, Don Jacobo temblaba.

Al fin desapareció el motivo de alarma y Don Jacobo continuó su camino, hasta que de manos á boca dió con una guerrilla.

—¿Quién vive? le gritó un foragido.

—Un amigo, contestó Don Jacobo afectando calma pero espeluznándose como su tordillito.

—Haga alto ó le rompo el alma, dijo el guerrero.

Don Jacobo obedeció.

—Eche pié á tierra.

Don Jacobo lo hizo á tiempo que una nube de polvo lo envolvía, porque diez jinetes se acercaban á él pistola en mano.

—Será algún mocho, dijo uno.

—Lo colgarémos, gritaron otros.

—Que venga el gefe, dijo una alma caritativa, en tan-

to que un valiente lo atropellaba con su caballo que había cabriolas.

—Entregue las armas, Don Petate.

Don Jacobo entregó la pistola.

—El penco no vale un real, dijo uno reconociendo el tordillito.

—Es de dos colores.

—Es que durmió caliente.

—*Eche acá* la toquilla, gritó otro héroe, lanzando una blasfemia inconducente.

Y Don Jacobo se quedó sin sombrero.

—Y usted será sacristan, no, amigo?

—Tiene cara de fraile.

—Y corona, gritó uno; que muera el cura.

Don Jacobo había perdido, no precisamente por el calor del pensamiento, el pelo de la coronilla.

—Que nos diga misa.

Y de las chanzas y burlas sangrientas los guerrilleros iban pasando á las vías de hecho, y ya uno azota al tordillito, ya aquel prepara su *lazo*, y quién sabe adonde hubieran llegado si el gefe de la fuerza no viene á meter paz.

—Ahí viene el gefe, dijo uno.

En efecto, acababa de presentarse en escena un ginete como de treinta y cinco años, tipo de la raza indígena, sin barba, grandes labios morados, pelo negro y mirada concentrada y recelosa. Montaba un magnífico caballo alazan tostado, de gran alzada, acordonado y fi-

no, y de movimientos elegantes y pisada firme, ojo chispeante y ancha la nariz; el animal venia sobre sí y como interrogando cada vez que levantaba enhiesto la cabeza.

El ginete traía una chaqueta de afelpado negro, con agujetas y botones de plata, calzonera negra con botonadura triple de pequeñas conchas de plata, chaparreras de piel de tigre sobre la cabeza de la silla, gran sombrero bordado de oro, dos pistolas de Colt, con empuñadura de marfil, sobre cada una de las caderas, puñal con mango de ébano y plata en una vaina de terciopelo rojo y contera dorada, espada de montar y un Spencer en su caj. Llevaba el chaleco desabrochado, dejando ver una banda roja y una gran cadena de oro.

—¿Quién es ese hombre? preguntó sin levantar la voz. Todos callaron.

Don Jacobo rompió el silencio diciendo:

—Me llamo Jacobo Baca, y vengo á presentarme, mi coronel.

—¿Ha servido? preguntó el coronel.

—No, mi coronel.

—Usted será espía de los mochos.

—No, mi coronel, repitió Don Jacobo procurando sonreirse.

—Pues donde estaba?

—En mi casa.

—Y á qué vino?

—A servir.

—Adios! y de qué sirve?

—De lo que se ofrezca.

—¿Sabe dar cuchilladas?

—Sí, mi coronel.

—¿Es valiente?

—Cuando se ofrezca.....

El gefe recorrió con la mirada á Don Jacobo, lo examinó á su sabor y despues de una larga pausa dijo:

—Pues convide á los muchachos para que *lo caten*, y si ellos quieren.....

—Con permiso, mi coronel, vamos al pueblo.

—Vayan cuatro, y cuidado con ese.

Don Jacobo montó á caballo sin sombrero y sin pistola.

Un guerrillero comenzó por darle cola al tordillito. La enclenque cabalgadura, con todo y ginete, vino por tierra. El pobre de Don Jacobo apenas pudo levantarse, rengueando y herido de la cabeza.

El tordillito se quejó dolorosamente al caer y parecia que estaba conociendo su miseria. Don Jacobo lleno aun de polvo y de sangre ofreció cigarros, sin proferir una queja.

Otro guerrillero se preparaba á *echar un lazo* á Don Jacobo.

—*A ver si nó*, dijo uno.

Esto queria decir que salia á la defensa de Don Jacobo.

—Ya raspan, cantó otro. El señor es mi amigo, vaya, y yo soy hombre.

—Ya está, mi segundo, dijo el de la reata.

—Como lo va á convidar..... dijo otro.

Esto fué un cambio de viento para Don Jacobo, á quien ayudaron á montar y le ofrecieron la lumbre.

Llegaron al pueblo y D. Jacobo pagó el gasto. El alcohol que por lo que tiene de espirituoso nivela los espíritus, puso á la misma altura á víctima y verdugos. Don Jacobo estaba ya en vísperas de hacer carrera.

Entretanto volvamos á la mujer de Don Jacobo y veamos qué hace.

La muger de Don Jacobo se llamaba Lola, tenía treinta años y estaba lo que se llama bien conservada. Casi podían pasar desapercibidos sus dos hijos, Concha y Pedrito: Doña Lola estaba bien, especialmente desde que Don Jacobo se habia lanzado á la revolucion.

D. José de la Luz era tan bueno y tan servicial y tan atento, que á Doña Lola no le faltaba nada, de manera que no cesaba de exclamar:

—¡Qué bueno es mi compadre!

El compadre, que tenía también muy buen corazón, no cesaba de decir: ¡qué buena es mi comadre!

Y luego, que como aquella era una época de prueba, era, como sucede siempre, el crisol de la amistad.

No sabemos de qué medios ingeniosos se valdria Don José de la Luz para dar á Doña Lola la noticia de Don Jacobo; pero sí nos consta que el lloriqueo no se sostuvo por largo tiempo.

—Vale mas así, decia Don José: puede ser que mi compadre se logre; tantos vemos que vuelven!

—Crea usted, compadre, que si no fuera por usted me moriria de pena.

—Lo creo.

Y de veras lo creía Don José.

—Usted me consuela, decia Doña Lola.

Y positivamente se consolaba con las finezas de su compadre Don José.

En cuanto á Concha y Pedrito, como en virtud de esa ley que mejora las generaciones, sabian mas que Don Jacobo y mas que Doña Lola, deseaban á toda costa aletear por su cuenta.

Doña Lola, debemos decirlo en obsequio de su corazón de madre, temblaba ante el adelanto de sus hijos. Era una gallina que habia incubado patos y estos se arrojaban á la agua del progreso dejándola en tierra, ¡pobre Doña Lola!

—Antes, exclamaba, los hijos eran dóciles porque creian saber menos que sus padres; pero hoy tengo que capitular con la ilustracion de mis hijos: estos no reciben de mí mas que lo que les conviene, y hasta se atreven á reprenderme cuando procuro corregirlos. Efectivamente algunas veces me han persuadido con sus buenas razones, porque eso sí, mis hijos tienen mucho talento.

Don José de la Luz, que para estos casos y para otros mas apurados, tenía siempre listas algunas frases de consuelo, contestaba:

—Es preciso, Doña Lola, es preciso que así sea: el

adelanto, el progreso, la civilizacion!..... Vea usted, yo conozco á la madre del general H***

Pronunció un nombre que nosotros callamos, y continuó:

—¿Quién cree usted que es esta pobre señora?

—No sé.

—Pues es una pobre señora..... sirvienta, guisaba, quiero decir, hacia la comida, ó mas bien dicho era la cocinera de la casa de***

Don José pronunció otro nombre que por ser muy conocido callamos nosotros, porque en esta ensalada nos hemos propuesto que el lector coma las lechugas sin saber en donde se cortaron.

—Ya usted lo vé; la madre del general H***. Pues la pobre señora se calla, su hijo la manda como general, y si no fuera porque le besa la mano delante de todo el mundo, nadie sabria que es su señora madre. Así le sucede á usted con Pedrito y con Concha.

—Exactamente, ya no me es permitido reprenderlos; en el momento me echan en cara mi torpeza, y siempre acaban por probarme que no tengo razon.

Este pliegue del corazon humano, como diria un novelista romántico, es la primera dislocacion moral, como decimos nosotros á despecho de la crítica, es el primer aleteo de independenciam de los pollos actuales, protestando á nombre del progreso contra la tutela materna.

Habia antes un secreto resorte que sujetaba la razon del niño ante el encantador prestigio de la madre. Nos-

tros recordamos haber escuchado oráculos de los labios maternos; las palabras que oimos cuando niños tenian el sello de una autoridad que jamas nos ocurrió poner en duda.

Hoy, salvo el debido respeto al verdadero progreso que amamos y respetamos los primeros, hay, y en abundancia, pollos llenos de suficiencia, de humos y de garbo para encomendar la planilla á los autores de sus dias.

Concha y Pedrito, sin ser precisamente progresistas, eran pollos que rompian el cascara y lo pisoteaban: quiere decir, se avergonzaban de su madre.

Abierta esta primera puerta, roto este primer dique del respeto filial, los hijos de Don Jacobo se ponian en situacion de adelantar notablemente.

Corrian un riesgo inminente que ellos mismos acariaban.

Doña Lola conocia todo esto por la intuicion delicada de las madres; pero no se lo podia explicar bien á Don José de la Luz: este por su parte hacia todos los esfuerzos posibles por encontrar una solucion consoladora á todas las tribulaciones de su comadre.

CAPÍTULO III.

DE COMO A LOS POLLOS SE LES VA CONOCIENDO POR LA
PLUMA Y POR EL CANTO.

PEDRITO se enteró estoicamente de que casi ya no tenía papá; y, seamos francos, no lo sintió mucho: se quedó pensativo, pero no porque sintió algo en el corazón sino en las alas.

Iba á alear, ya podía alear.

Buscó varias veces seguidas en su casa á un personaje, personaje fresco, acabado de hacer, pero en boga.

El personaje estaba visible pocas veces, y no se veía otra cosa por todas partes.

Al fin Pedrito logró verle al tercer día de solicitudes.

El personaje, aunque acabado de hacer, tenía bata, aunque acabada de hacer, y gorra griega y pantuflas.

Así recibió á Pedrito.

—Buenos días, mi general, dijo este.

El personaje era coronel, de manera que la primera sonrisa de benevolencia fué toda para Pedrito, que á su vez sonrió de esperanza.

—Qué vientos le traen á usted por acá, muchachito?

—Vea usted, mi general, vengo á confiar á usted un secreto.

—Bien.

—Pero me ofrece usted

—¡Vamos, muchachito! de qué se trata?

—Yo sé que es usted uno de los..... de los, ¿cómo diré? de los liberales de buena fé.

—¡Oh, sí! ¿y eso quién lo duda?

—Pues bien, el secreto es que mi padre..... ¡se ha lanzado á la revolucion!.....

—¡Hombre! exclamó el coronel.

—Y yo tengo necesidad de ver lo que hago.

—Eso es, en todo caso es necesario ver uno lo que hace.

—Y he pensado.....

—Qué ha pensado usted?

—Pedir una colocacion.

—Al gobierno?

—En cualquier parte.

—Usted no tiene.....

—Sí señor, á mi madre y á mi hermana.



Pedrito.

—¡Ah!

—Y como supondrá usted, están mal.

—Y su hermana de usted, ¿qué tal? estará, ya hecha una mujer.

—Ya la verá usted, se apresuró á decir Pedrito; y es preciso decirlo, le pareció en ese momento que su negocio iba bien.

—Pues cuente usted conmigo, muchachito.

—Van tres veces que me dice muchachito, pensó Pedrito

—¿Cuándo quiere usted que lo vuelva á ver?

—Pronto; dé usted sus vueltas.

Pedrito se despidió del coronel con estudiada cordialidad y con muchas esperanzas.

Pedrito, como se vé, hacia lo mismo que su papá; como no sabia hacer nada buscaba destino.

Era una piedra del edificio social que esperaba su destino, buscaba un albañil que la colocara, y como no estaba labrada debía ser colocada detras de otras piedras.

Mientras Pedrito busca destino, el curioso lector tiene tiempo de ocuparse en conocer á Concha.

Concha tenia muchas cosas buenas: en primer lugar diez y seis años, en segundo lugar dos ojos muy negros y muy expresivos, de esos ojos que no están de balde en el mundo, ojos programa, ojos que levantan á su propietaria falsos testimonios.

Detengámonos un poco para que no se atribuyan á palabrería estos elogios, y hablemos sériamente de los ojos de Concha, porque cuando hemos releido la historia de

esta jóven, nos hemos persuadido que sus ojos ejercieron una influencia directísima en su porvenir; casi ellos tuvieron la culpa de todo.

Los ojos de Concha no eran ni luceros, ni mucho menos azabaches, ¡Dios nos asista! eran simplemente ojos á los que mas bien que todas las imágenes de los poetas, les venian los epítetos de *platicones*, de *pícaros*, &c.

Al menos así se lo dijeron á Concha muchas veces, lo cual animó mas á Concha y á sus ojos á volverse insoportables.

Diremos en qué nos fundamos.

Sabido, y mucho, es aquello de que los ojos son el espejo del alma; en efecto, los ojos de Concha no desmentian tal aserto; pero habia mas, Concha conoció, primero porque era muger, y luego porque se lo dijeron, que tenia una arma en sus ojos.

Concha bajo ese punto de vista era armipotente.

Todas las mugeres han elevado sentidas y misteriosas preces al dios de lo bello, ante el ara del espejo, porque les conceda algo notablemente hermoso, y este dios propicio ha derramado, especialmente en México, sus preciosos dones; de lo que resulta, que á la que le tocó un pié bonito, por ejemplo, se tropieza con tantas oportunidades para enseñarlo, que no parece sino que á cada cinco pasos hay un caño y cada bocacalle es un vado difícil, todo con la debida circunspeccion y reserva, y en los límites prescritos. A la que le tocó cintura de sílfide, se sofoca con otro abrigo que no sea de punto de Alençon ó de ojo

de perdiz; y la propietaria de una mano que copiarian Praxíteles y Fidias, tiene una cabeza tan perezosa que necesita sostenerla á toda costa, con su manecita blanca y torneada: las propietarias de manos de esta clase, siempre tienen algo que hacerse en la cara, siempre una mosca imprudente les pica en la mejilla, siempre, el cabello se descompone en la frente, siempre en fin, suceden tantas casualidades hermanas, que la manecita está ocupada de continuo en ejercicios plásticos, con beneplácito del artista y de los osos.

Pero la hija de Eva que, por supuesto, tiene su alma en su almaricó, á quien le toca por don un par de ojos como los de Concha, hace pasar la cuestion del terreno de la estética al de la filosofía, y se entra de lleno á un género distinto de reflexiones.

Concha no vió nunca impunemente.

A los trece años sus ojos representaban diez y seis, y era que la belleza y el artificio se combinaban, y aquellos ojos llegaron á lanzar saetas por miradas, y llegaron, en el ejercicio de la mas inocente coqueteria, hasta á subrayar lo que hablaba Concha.

La muger posee un librito de letra menuda que suele pasar desapercibido del sexo feo.

Lo decimos, porque la primera persona que le hizo comprender á Concha que tenia bonitos ojos no fué un hombre, sino una muger.

Era esta una amigueta de infancia, pobre como Concha, pero fea.

—¿Sabes por qué te quiero tanto? la dijo un día.

—¿Por qué? preguntó Concha, casi adivinando de lo que se trataba.

—¡Porque tienes unos ojos muy lindos!

Y la amiguita fea se los besó ardientemente.

Otra vez la dijo en tono de reconvencción:

—No veas así, porque me enojo.

Finalmente, en las viviendas de la casa en que vivía Concha se cantaba *á pasto* una canción *á los ojos*, y simultáneamente convenían los vecinos en que esos ojos eran los de Concha.

Un jóven sastre que respunteaba todos los días ocho horas frente á Concha, llegó á coser mal, y mientras uno de los vecinos respunteaba *los ojos* en la guitarra, el sastre hilvanaba los respuntes.

Concha trasladaba todas estas observaciones al librito de la letra menuda, y todo ello iba robusteciendo y aclimatando, por decirlo así, en la mente de Concha una idea fija, inseparable de todas sus demás ideas: la de que tenía muy bellos ojos; y por esa serie de movimientos nerviosos, secundarios, y para los que casi no se necesita la voluntad deliberada, Concha había ido adquiriendo cada día una manera de ver mas expresiva, mas irresistible y que no obstante parecia natural.

Al espejo del alma le iba sucediendo una cosa rara: que cada día iba siendo mejor el espejo que el alma.

He aquí un grave mal: Concha era ya una muger á quien en lo sucesivo se le iba á juzgar injustamente, se

la iba á creer mas ardiente, mas apasionada, mas espiritual de lo que era en realidad: sus ojos iban á preparar frentazos.

Estos empezaron por el sastre y por el de la guitarra.

El sastre, en un día grande en cuya víspera se había confeccionado á sí mismo un traje nuevo, se atrevió á hablarle á Concha de sus ojos, despues de sus miradas, luego de sus efectos, cuya prueba eran los respuntes, y por último le espetó un *yo te amo* como cuenta de sastre.

Concha blandió su arma favorita, miró al sastre, y á la mirada acompañó una risita y á la risita un dengue.

El sastre se desorientó y siguió haciendo respuntes, aunque con todas las veras de su corazón hubiera querido hacer versos.

Al de la guitarra le llegó su turno, y despues de aturdir á toda la vecindad con *los ojos*, y de haber logrado dar á su voz de tenor *sfogatto* toda la elasticidad del berrido lírico, asestó sus tiros sin obtener mayor triunfo que el sastre; y ambos amantes, en su comun desgracia, no saborearon mas consuelo triste que suscribirse á las poesías de Antonio Plaza, poeta que ha tenido el talento de hacerse leer con entusiasmo en esta época de positivismismo y de cobre, por todos los enamorados, especialmente si estos tienen de que quejarse como el sastre y el de la guitarra.

CAPÍTULO IV.

EN QUE SE VE QUE LA CIVILIZACION MEJORA LA RAZA.

TODO lo que los ojos de Concha tenían de ricos tenía ella de pobre; pero decididamente la hermosura engendra las aspiraciones.

Concha cultivaba con ahinco heroico la amistad de unas señoritas ricas.

Ya hemos visto nosotros á señoritas ricas tener amistad con jovencitas pobres, como estas jovencitas sean hermosas: este no será un motivo suficiente, pero sucede y sucedia así con Concha.

Esta comenzó por encontrarse atribulada en materia de atavíos propios para presentarse; pero estas dificultades acabaron por desaparecer, merced al cariño de las

amiguitas, quienes hicieron al fin costumbre vestir á Concha.

Esta polla no necesitaba mas que plumas; distintivo esencial de la raza fina; y el primer gró que crugió á los movimientos de Concha no se desprendia de la propietaria como podria haber sucedido, sino muy al contrario.

El sastre y el tenor oyeron crujir aquella seda al barrer sus puertas, como si hubiera pasado por ellas la Fortuna: las vecinas cuchichearon y se asomaron á sus puertas como llamadas con campanitas; y en una palabra, el traje de Concha fué el platillo de todas las conversaciones.

Vieja!hubo que, torciendo el gesto, protestara humilde y devotamente no volver á saludar á Concha; y bien averiguado que no eran ni el sastre ni el tenor los obsequiantes, toda la atención de la vecindad se concentró en buscar al protector desconocido.

El lujo que trae consigo la vanidad trae la mentira. Concha ocultaba la procedencia de su vestido de seda.

Y bien visto no tenia necesidad de contarlo.

Concha estuvo presentable, y sus amiguitas exclamaban entre sí:

—Ahora ya es otra cosa, ya podremos llevar á Concha al paseo, al teatro, ¡pobrecilla!

—Y lleva bien el traje.

—¡Como es tan bonita!

Concha fué invitada á comer un domingo con sus amiguitas.

La casualidad hizo que ese domingo, Arturo, primo de las amiguitas de Concha, comiera tambien en la casa.

Arturo era un pollo fino, de buena familia y ademas era bonito, espigado, nervioso, pequeño de cuerpo, prometia llegar á tener muy buena barba; era pulcro, elegante, aseado, se vestia bien, calzaba bien y era simpático; era hijo único y no necesitaba buscar destino y bien podia, como Pedrito, no saber hacer nada supuesto que tenia dinero.

Bien podia tambien emplear su tiempo como mejor le pareciese, de manera que en lo general no lo empleaba en nada, y podia ser vago sin título y sin riesgo.

El lector antes que nosotros lo digamos, ha dado por hecho que Arturo y Concha estaban predestinados.

Concha pensó á un mismo tiempo en sus ojos, en el sastre, en el tenor y en Arturo.

Arturo pensó en sí mismo y en Concha.

A poco rato hablaba con una de sus primas en estos términos.

—La voy á emprender con Concha.

—Arturo! Arturo! exclamó la prima, escandalizándose. Te lo prohibo.

—Y ¿por qué?

—Porque es una pobre muchacha á quien queremos mucho y la hemos de defender de tí.

—Es que lo que yo quiero es, quererla tanto como ustedes.

—Pero tú eres un pillo.

—Gracias, prima.

—Quiero decir, eres hombre.

—Otra vez gracias; pero todo eso no impide que me gusten mucho los ojos de Concha.

—¿Oiga? preguntó la prima con un acento en que había tanta ironía como celos.

—Son divinos!

—Pues cuidadito; porque nosotra sno lo hemes de permitir.

Esto que la prima decía, en tratándose de amor, daba el resultado diametralmente opuesto.

La oposicion, la resistencia, la dificultad, lo vedado, son los combustibles con que desde antaño atiza el niño amor su antorcha. Arturo no necesitaba tanto, pero la prima trabajaba inocentemente en contra de Concha.

Arturo se calló para insistir.

Los ojos de Concha habían ya tejido, como los gusanos de seda, un capullo al rededor de Arturo.

Esto es lo que se llama envolver á uno en las redes de amor.

Arturo por su parte había tejido otro capullo al rededor de Concha.

Eran dos capullos electro-magnéticos, pero bastaban. Aquello no tenía remedio.

La ocasion propicia no se hizo esperar mucho.

—Concha, exclamó un dia Arturo, estoy enamorado de usted.

Concha se puso colorada.

—Es usted encantadora.

Concha no se puso mas colorada.

Hubo un momento de silencio en el que las dos cabezas de aquellos pollos eran dos devanaderas.

A Concha le palpitaba el corazon á pesar de estar prevenida hacia tiempo para este caso.

—¡Concha!....., exclamó Arturo, como si esa sola palabra bastara á decirlo todo.

Bien pudo haber sido así; porque Concha entónces miró á Arturo.

Los ojos, los ojos de Concha hablaron.

Arturo tomó una de las manos de Concha y la cubrió de besos antes que esta pudiera retirarla.

Volvió á reinar el silencio.

En la música de amor no hay cosa mas elocuente que los compases de espera.

Durante uno de esos compases Concha vió delante de sí ese mundo nuevo, encantado y misterioso que se aparece delante de las niñas á la primera palabra de amor; se deslumbró de tal manera, que no pudo contestar; una felicidad desconocida cerró sus labios y sintió que se le humedecian los ojos.

Arturo la vió encantadora, como efectivamente lo estaba á traves de su turbacion, y la estrechó la mano.

El sacudimiento hizo brotar una lágrima de los ojos de Concha. La flor se despojó de su rocío. Muchas veces la expresion de la felicidad pura es el llanto: hay almas que gozan tanto que lloran. Concha había contesta-

do al amor de Arturo como las flores, como las nubes, con gotas de rocío.

¡Amor, amor cuyo primer perfume es siempre puro; puerta de un eden de donde se sale con la hiel en el alma!

¿Acaso en la lágrima de Concha había aparecido el sombrío presentimiento del porvenir?

Concha inculca, Concha pobre, tenía un tesoro, su pureza: tenía un peligro, su inocencia: tenía un enemigo, su amor: tenía un mal consejero, su vanidad; todo esto delante de una realidad estoica: el pollo.....

Arturo era el mas feliz de los pollos.

La felicidad en el pollo es la fatuidad.

Arturo se infatuó, tosió, se compuso la corbata, encendió un puro y acercó su silla á la de Concha con la seguridad de un derecho conquistado legítimamente.

Esta actitud del pollo es uno de sus aleteos mas interesantes.

En esta actitud, cuando el pollo es fino, quiere decir de buena sangre, de familia moralizada y que no ha perdido la pureza del alma al contacto de la depravacion de las costumbres actuales, entonces el pollo nada mas ama, nada mas espera.

Peró cuando el pollo es *tempranero*, cuando es de esos pollos que abundan, zahumados con humos parisien, echados á perder al soplo del precoz libertinaje, entónces el pollo en vez de amar corrompe, en vez de esperar apresura, en vez de contemplar se precipita, y el neófito de la inmeralidad moderna, aspirando á ser un

Lovelace ó un Riosanto, de un amor primero, de un amor puro hace un crimen, y en las puertas de un Eden abre una sentina.

Arturo habia acercado su silla para ajar aquella flor, y la primera bocanada de su aliento fué corrompida.

Concha se estremeció.

En seguida estuvo perpleja, pero por fin se levantó diciendo:

—Pero yo no debo amar á usted.

—¿Por qué? pregunto Arturo.

—Porque no debe ser, porque usted es rico, porque usted no me ama.

—¡Que no la amo á usted, Concha! míreme usted á sus piés.

Y cayó de rodillas tomando entre sus manos las de Concha.

—Levántese usted y.....

Concha no pudo continuar.

Arturo se levantó en silencio y..... debemos decirlo aunque él no lo confesara..... pasó algo negro sobre su cabeza, sintió como la desazon de aquel á quien su conciencia le reprende.

Concha vió en aquella nube un horizonte oscuro, frio, profundo.....

Permanecieron de pié y callados por algun tiempo.

Arturo rompió el silencio, diciendo con tono reposado:

—Sentémonos.

Concha se dejó caer en su silla.

--¿Cree usted que el que yo sea rico puede ser un obstáculo para nuestro amor?

—Sí.

—¿Desearia usted que fuera yo un miserable?

—No, miserable no, pero pobre.

—Eso es una extravagancia. Acaso no sabe usted que el dinero lo puede todo?

—Sí, menos igualarnos.

—¡Cómo no! Concha, desde hoy no faltará nada en la casa de usted: desde hoy usted tendrá cuanto apetezca, y jamás tendrá usted penas.

—Usted tiene familia.

—Está ausente.

—Usted se avergonzará de mí mañana.

—Jamás, contestó Arturo cómicamente.

Esta entrevista, como casi todas las entrevistas de amor, fué bruscamente interrumpida, circunstancia que proporcionó á Arturo una salida honrosa, y á nosotros pasar á otro capítulo.

CAPITULO V.

MONOGRAFÍA DEL POLLO.

AUNQUE el jóven ha existido en todas las edades y bajo todas las latitudes, el pollo es esencialmente del siglo XIX, y con mas especialidad de la época actual, y todavía mas particularmente de la gran capital.

No hay que confundir al pollo con el adolescente á secas, con el niño, ni mucho menos con el jóven.

El pollo se cria en México bajo condiciones climatéricas. Es la larva de la generacion que viene, de una generacion encargada de darle la última mano á nuestras cosas de hoy.

--¿Cree usted que el que yo sea rico puede ser un obstáculo para nuestro amor?

—Sí.

—¿Desearia usted que fuera yo un miserable?

—No, miserable no, pero pobre.

—Eso es una extravagancia. Acaso no sabe usted que el dinero lo puede todo?

—Sí, menos igualarnos.

—¡Cómo no! Concha, desde hoy no faltará nada en la casa de usted: desde hoy usted tendrá cuanto apetezca, y jamás tendrá usted penas.

—Usted tiene familia.

—Está ausente.

—Usted se avergonzará de mí mañana.

—Jamás, contestó Arturo cómicamente.

Esta entrevista, como casi todas las entrevistas de amor, fué bruscamente interrumpida, circunstancia que proporcionó á Arturo una salida honrosa, y á nosotros pasar á otro capítulo.

CAPITULO V.

MONOGRAFÍA DEL POLLO.

AUNQUE el jóven ha existido en todas las edades y bajo todas las latitudes, el pollo es esencialmente del siglo XIX, y con mas especialidad de la época actual, y todavía mas particularmente de la gran capital.

No hay que confundir al pollo con el adolescente á secas, con el niño, ni mucho menos con el jóven.

El pollo se cria en México bajo condiciones climatéricas. Es la larva de la generacion que viene, de una generacion encargada de darle la última mano á nuestras cosas de hoy.

Cuando nos hemos propuesto escribir sobre *los pollos*, no hemos comprendido bajo este nombre á todos los jóvenes, ni este título *sui generis* lo prodigamos por razon de edad solamente; y para que el lector juzgue y establezca importantes diferencias en las clasificaciones, le mostraremos nuestra cartilla que á la letra dice:

—¿Qué es pollo?

—Pollo, por razon de edad, es un bípedo racional que está pasando de la edad del niño á la del joven.

—¿Qué es pollo por razon social?

—El bípedo de doce á diez y ocho años, gastado en la inmoralidad y en las malas costumbres.

—¿En cuántas clases se dividen los pollos?

—En cuatro, á saber:

Pollo fino, pollo callejero, pollo ronco y pollo temprano.

—¿Qué es *pollo fino*?

—El hijo de gallina *mocha* y rica y gallo de pelea, ocioso, inútil, y corrompido por razon de su riqueza.

—¿Qué es *pollo callejero*?

—El bípedo bastardo ó bien sin madre, hijo de reformistas, tribunos, héroes, matones y descreídos, que de puro liberales no les ha quedado cara en qué persignarse.

—¿Qué es *pollo ronco*?

—El de la raza del callejero que llega al auge de su ponderancia, que es el plagio.

—¿Qué es *pollo temprano*?

—Cada uno de los tres anteriores que se distingue en

su primer emplume por sus avances: de manera que es mas *tempranero* el que con menos edad tiene mas vicios y el corazon mas gastado.

—¿Existen en esa edad jóvenes á quienes no se les debia aplicar el nombre de pollos?

—Sí; existe la generacion espiritual, la de los jóvenes honrados, los hijos de la ciencia, los alumnos aprovechados de los establecimientos de educacion, ricos y pobres, pero fieles á la moral y al deber, que serán mañana los depositarios de la honra nacional, del patriotismo, de la ciencia y de la literatura.

—¿Hay causas determinantes del aumento y progreso de los pollos de las cuatro clases enunciadas?

—Sí, y son las siguientes:

Primera: el torrente invasor de la prostitucion parisiense.

Segunda: la conmocion social en la época de transicion porque atravesamos.

—¿Cómo se podrán corregir los pollos implumes cuando desprecian la moral y el deber, cuando se burlan de los buenos ejemplos?

—Solo por medio del ridículo. Señáleseles con el dedo: exhibanse ante el mundo con todos sus defectos; y al arrancar sonrisas mofadoras y gestos de desden, tal vez le teman mas al ridículo que al crimen.

Con esta moraleja acaba la cartilla. Nuestra intencion es sana, tanto cuanto es nuestra pluma torpé en el difícil género que hemos emprendido; pero en gracia de nuestra

buena intencion nos perdonará el lector la digresion, y andarémos el hilo de la historia.

Volvamos á Pedrito.

Pedrito tenia mucho de su papá y de su mamá, pero mas tenia de sí mismo; de manera que sabia mas de lo que le habian enseñado.

Pedrito tenia por derecho legítimo el título de pollo callejero.

Doña Lola, si bien no tenia eso con que se hacen los discursos, era buena, inofensiva y devota; pero no pudo conseguir que Pedrito siguiera sus consejos. En cuanto á Don Jacobo, se dispensó una vez por todas la molestia de dárselos nunca.

Abolida (y con justicia) la disciplina y los golpes como método racional de enseñanza, ha habido despues muchos papás y mamás que han tocado el extremo opuesto: hoy están en mayoría absoluta los muchachos consentidos, los niños son mas formalmente malcriados y terribles: las mamás querendonas y consentidoras están tambien en mayoría.

Temblad ante los niños especialmente de los riquitos. Muchos dicen que es porque nacen mas despiertos, que es el progreso, y exclaman parodiando al libro santo: Dejad que los niños hagan todo lo que les dé gana.

Eso hizo Pedrito, eso le dejaron hacer hasta lograr su entrada en el gramio de los pollos callejeros.

Merced á la influencia del general tardó muy poco en encontrar destino, y mucho menos en encontrar sastre:

dos elementos tan indispensables para el pollo, como el maiz y el agua.

Pedrito fué de la noche á la mañana escribiente; bien es que no sabia escribir, pero ya aprenderia; y si de ortografía tampoco sabia cosa, estaba recomendado por el general.

Pedrito se trasformó en un abrir y cerrar de ojos: no habia recibido la primera quincena cuando estrenó un pantalon á grandes cuadros; un saco ó gaban en que empleó el sastre la menor cantidad posible de género.

El pollo callejero le llama al sombrero alto *sorbete* ó *cubeta*, y lo rehusa por ser el distintivo de los caballeros. Pedrito se adaptó un sombrero corto, abovedado, que segun él decia, era á la inglesa.

Se colocó la corbata mas amarilla y mas abigarrada que encontró en el comercio, y no faltó alfiler, ni dije, ni circunstancia para que Pedrito estuviese presentable.

La pobre de Doña Lola tenia mucho gusto, y era tan buena, que tuvo mas satisfaccion de ver á Pedrito hecho un lechuguino, que si le hubiera visto la honrada blusa del obrero.

Doña Lola creía de buena fé que su hijo se habia logrado; y cuando supo que Pedrito tenia amigos de distincion, la pobre madre no pudo menos que avergonzarse de haber reprendido tantas veces injustamente á su pobre Pedrito.

Doña Lola, como lo habrá conocido el lector, creía con mucha facilidad muchas cosas: tenia desarrollado el órga-

no de la fé, ó como decia Don José de la Luz, Doña Lola tenia muy buenas creederas.

De manera que Doña Lola creía sinceramente que Don José era el modelo de los compadres; y á juzgar por las pruebas de cariño que de éste recibia diariamente, tenia razon: Don José estaba pendiente de sus menores deseos; Don José hacia las veces de Don Jacobo Baca: con respecto á la conducta de los hijos de éste, Don José subvenia á las necesidades domésticas, y como se verá por lo que vamos á contar en seguida, Don José no tenia precio en materia de amistad.

Se acercaba un viérnes de Dolores.

Don José habia estado viendo venir ese viérnes hacia dos meses.

Doña Lola tenia una Dolorosa, delante de la cual ardía de dia y de noche una lamparita.

—El dia de mi Virgen, decia una noche Doña Lola á Don José, el dia de mi Virgen pongo altar.

—Hará usted muy bien, Doña Lola, esa es una costumbre que me gusta mucho. Estamos de acuerdo; y además, como ese es un dia grande.....

—¿Por qué? preguntó Doña Lola, sabiendo por qué lo decia Don José.

—Porque es el dia de su santo.

En los labios de Doña Lola se dibujó una sonrisa.

En los de Don José otra.

Despues la mirada de Doña Lola se encontró con la mirada de Don José y los dos guardaron silencio.

En seguida hablaron de otras cosas.

Pocos dias despues Don José rompió un interregno de silencio con estas palabras:

—Con que el dia de su santo.....

Y..... ¡qué casualidad! se volvieron á reproducir las dos sonrisas y se volvieron á encontrar las dos miradas.

Doña Lola estaba sembrando en macetitas y cubriendo con semillas de chia remojadas la áspera superficie de unos jarritos porosos.

—¿Conque esa es la siembra para el dia de su santo, comadre?

—Para el viérnes de Dolores.

—Es lo mismo.

—No, no es lo mismo, porque todo esto es para mi Virgen. A mí no hay quien me celebre.

—Yo, comadre, ese dia es mio.

—Pero, ¡compadre de mi alma!

—Ya lo dije y ya lo saben los amigos.

El fino del compadre tenia efectivamente preparada una fiesta, y ya en la vecindad andaba el *rum, rum*, de que el viérnes de Dolores habria un buen altar en la vivienda de Doña Lola.

La víspera de dia tan solemne se habia acostado bien tarde Doña Lola, y Concha un tanto contrariada habia tomado parte en las importantes haciendas de la casa, que se habia removido de arriba á abajo.

En cuanto á Pedrito, hacia dias que no tenia la bondad

de ver á su madre, porque Arturo de quien era ya muy amigo, lo hospedaba en su casa.

De repente los sonoros ecos de una música de bandolones, flautas y corneta piston despertaron á Doña Lola, á Concha y á los vecinos.

Era el bueno de Don José que venia á ofrecer á Doña Lola unas *mañanitas*.

Después de la primera pieza se abrió lentamente la vivienda de Doña Lola y apareció Concha y después su mamá.

—¡Compadre! exclamó ésta, ¿para qué se mete usted en..... esas *mañanitas*?

—Compadre contestó Don José, es un deber: le dije á usted que el día era mío, y lo he tomado desde temprano.

Efectivamente, eran las cuatro de la mañana, apenas empezaban á rechinar algunas puertas, y el ruido de algunas escobas empezaba á turbar el silencio de las calles, interrumpido á esas horas por el andar de algunos panaderos, por el rumor lejano de las diligencias que salen, y por el mugido prolongado de una vaca que entra á la ciudad, extrañando á su cria.

El santo de la fiesta, que no era ni santa, pero que así le decían todos, mostraba esa satisfacción embarazosa de todos los santos de la fiesta: los músicos tocaban alegres danzas, y ya los vecinos, atraídos por la novedad, estaban formando corrillos: unos se agolpaban al corredor, otros acechaban y algunos entraban á saludar á Doña Lola.

Concha estaba despeinada y vestía una bata de percal

blanco, y se cubría el pecho con un rebozo de Tenancingo.

A las *mañanitas* musicales hubo que agregar la indispensable ceremonia de hacer la mañana, y circuló el *catalan* con beneplácito, especialmente de los músicos.

Concha no tomó, pero en su lugar Don José tomó una copa que acompañó con un brindis que sabía de memoria y recitaba en estos casos.

Don José fué celebrado por Doña Lola y por los músicos, quienes tocaron diana como un homenaje al verdadero mérito.

El día pintaba bien, debía ser muy alegre.

—Como que se celebran los dolores de María, decía Doña Lola con fervor devoto.

—Y á mi comadre, añadía Don José.

Concha, ayudada por una criada andrajosa, sirvió el desayuno; y cuando los músicos se retiraron comenzó el trajín del altar, al que cada uno de los vecinos concurría con su contingente: quién envía sus macetas, quién unos platos con semillas de trigo nacidas: quién un tápalo de gasa, y quién botellas y vasos para las aguas de colores; porque en aquel altar cabía todo lo alegre, todo lo abigarrado y rechinante, desde las prendas de ropa hasta los platos del comedor, los pájaros, las macetas, las flores artificiales de un peinado que se usó, y las flores empolvadas que habían adornado algunos años las clavijas de una guitarra: finalmente, Don José mandó cuarenta velas de cera.

Concha, en union de dos amiguitas de la vecindad, se habia encargado de las aguas frescas con que los concurrentes habian de mitigar el calor que iban á sentir con las cuarenta velas.

Don José estuvo mas atento y mas servicial que nunca; comió en la casa y trabajó todo el dia para poner el altar, como que era el encargado de clavar clavos en las paredes y poner las macetas y las velas.

Pedrito se apareció al medio dia é hizo un gesto y dijo que aquello era el fanatismo y el embrutecimiento: Doña Lola y Don José le llamaron excomulgado y hereje, y Pedrito se dió humos de civilizado, burlándose de aquella fiesta, hasta el grado de introducir en la casa y en la vecindad no solo el desconcierto sino el escándalo.

CAPÍTULO VI.

EL ALTAR DE DOLORES.

Al acercarse la noche el trajin tomó el carácter de una asonada: faltaban muchas cosas, ya era la hora, Concha no estaba vestida, Doña Lola tenia jaqueca, todas las piezas de la vivienda estaban llenas de vecinos.

El sastre ponía velas en los candeleros; el de la guitarra hacia banderitas de oro volador; dos niñas dulces doraban naranjas agrias, mientras dos viejas agrias se acababan los dulces que les habian servido por vía de *piscolavis* ó de servicio *extra*, y en virtud de la fuerte razon que dieron de espantarse el histérico.

Don José de la Luz se multiplicaba como los Josées y como la luz; sudaba gotas gordas y estaba en un brete porque por primera vez en su vida se había puesto botines de charol, botines que, por otra parte, le habían valido ya tres miradas oblicuas de Doña Lola; y Don José estaba ufano haciendo un cálculo aproximado: contaba como á diez dolores por mirada.

El altar presentaba ya ese mosaico kaleydoscópico de cien mil prismas y cien mil relumbrones. Los amarillos vástagos del trigo nacido en la oscuridad; las muchas macetitas sembradas con almácigo de lenteja, garbanzo y cebada; la chia tapizando con sus dos primeras hojitas la superficie de pinos, jarros, ladrillos y *comales*, en los que la *alegría*, otra semilla cuyo primer brote es rojo, formaba caprichosas labores.

Estos eran los doce *comales* de Doña Lola, en los que se mostraban los clavos, el martillo, las tenazas, la escalera, los dados, la túnica y demas atributos de la pasión de Cristo, todo de alegría.

El tapete que es de rigor colocar al pié del altar, era de salvado, de polvo de café y de hojas de flores. Estaba hecho por el sastre.

El de la guitarra fué comisionado por Doña Lola para encender las velas del altar. Y un vecino dependiente de aceitería tenía el encargo de aderezar, encender y colocar las cuarenta y ocho lamparitas que debían alumbrar cada uno de los vasos que contenían aguas de colores.

A las ocho ya el altar estaba completamente iluminado y llenando la mayor parte de la sala.

La luz que salía á torrentes por la puerta é iluminaba la pared del corredor de enfrente, empezó á atraer á todas las mariposas de la vecindad.

—¡Parece un monumento! decía una anciana, bendito sea el Señor Sacramentado!

—Si este Don José de la Luz es fanfarron, decía otra.

—Y luego que como no está ahí Don Jacobo, dijo el sastre muy bajito.

—¡Ah! si estuviera ahí estaría esto tan triste, dijo una vecina relamida que había comido mucho.

—¿Y dan aguas frescas? preguntó un muchacho.

—Vaya, como que en el 7 han molido pepita desde ayer.

—Aconséjele usted á Conchita, mi alma, dijo la anciana que había dicho lo del monumento, aconséjele usted que no deje de echarle á la horchata sus rajitas de canela y su polvo por encima.

—Yo no, porque Conchita desde que usa tacones y castaña se ha vuelto tan mala.....

—¡El incienso! en dónde está el incienso! gritaba Doña Lola, á ver, que traigan un anafe.

Dos chicos, cerilleros de oficio y en receso aquella noche, se apresuraron á ofrecer sus servicios, y á poco rato pasearon por toda la casa, un brasero incensario que arrojaba espesas nubes de humo blanco hasta que lograron poner toda la casa en olor de santidad.

Concha, entretanto, había abandonado el campo y se había refugiado en el cuarto de una vecinita predilecta. Allí la esperaba una criada de ruego y encargo con agua tibia, ropa limpia, pomada y útiles de tocador que acomodados previamente en un canasto, iban á trasformar á la hacendosa Concha.

Esta llegó jadeante, inquieta, y viniéndosele el tiempo encima; comenzó á despojarse de sus vestidos con una festinacion febril, se lavó la cara, y á hurtadillas de la indiscreta criada se pasó por el rostro una esponja con albayalde de plata disuelto en agua rosada..... á hurtadillas también consultó tres veces al espejo si la *mano* había quedado pareja, y luego comenzó á aglomerar *postizos* sobre su cabeza; una gran castaña mas apuntalada con horquillas que un casco de buque en astillero, y luego rizos y luego flores.

La graciosa cabeza de Concha que en todo el dia había dejado caer dos trenzas negligentes y lacias, se había transformado como al conjuro secreto de una hada, tomando un aspecto distinguido y elegante.

Concha mostraba una disposicion infusa para el tocador; había adivinado por instinto esas líneas características del chic. En una palabra, había hecho una gran conquista, tenía el secreto de un prestigio cuyo valor apenas puede medir la misma mujer.

Se sabia peinar.

La criada que había estado entrando y saliendo mu-

chas veces, se paró de pronto frente á Concha exclamando:

—¡Qué linda está usted, Doña Conchita! y qué blanca, agregó sin acertar la causa. Y qué?..... prosiguió despues de un rato, siempre que se lava la cara se pone tan blanca?

—Sí, Soledad, contestó Concha. Es que como se me irrita la piel con el calor.....

—¡Eso es! pues mire usted. Yo me voy á lavar seguido, porque mire usted, no soy tan prieta y á mí también se me irrita el *cútis* con la cocina.

—Harás bien, dijo Concha. Dame mi crinolina.

—¡Ay niña! si está enredada, toda se ha volteado, estas de alambre no sirven; cuando tenga usted, se ha de comparar una en el portal de las Flores, las hay muy bonitas.

Concha pensó en Arturo por la analogía que probablemente ha de haber entre el amor y la crinolina.

La criada no cesaba de contemplar el blanco mate de Concha, sorprendida de que hubiera desaparecido tan radicalmente la irritacion de la piel.

Concha se estaba pasando por los dientes un cepillo con polvos de comoto.

—¿Qué, viene el niño Arturo? preguntó la criada, abriendo la boca.

—¿Por qué lo preguntas?

—Como se limpia usted los dientes.

Concha se rindió á la evidencia, la criada había adivinado.

—Sí, contestó con un movimiento de cabeza.
Poco despues se sentó Concha en el suelo, se descalzó, y se puso á lavar los piés.

La criada estaba pendiente, y al servirla agua, exclamó, tambien abriendo la boca.

—¡Ay qué piecitos!.....

Concha le pagó con una mirada.

La criada le dió la toalla, y buscó despues en el canasto algo que habia en el fondo: eran dos bultos envueltos en papel de estraza.

—¡Medias! exclamó la criada, ¡botines! repitió descubriéndolos, y del "Botín azul," ¡carambal! ¡de á cinco pesos! ¡á ver, á ver! ¡con sus moños!

Concha veia venir una indiscrecion tras otra, y se resolvió á ponerles término.

—No digas nada, dijo, no lo sabe mamá.

—¡Ay! con que..... ya decia yo.....

—Soledad, por Dios.....

—Hace usted bien, que el que una sea pobre es toda su desgracia; que á las pobres ni quien las quiera, y si el niño Arturo.....

—Cállate.

—No; yo lo digo, porque si usted quiere..... ya sabe usted que los doce reales que me dan en el 14, ni para manta..... y luego los mandados.

La criada permaneció callada y como preocupada.

Concha se estaba poniendo las medias.

—¿Y qué? preguntó Concha al cabo de un rato.

—Decia que..... en caso de que suceda..... yo me puedo ir con usted.

—¿De veras?

—¡Vaya! Como una quiere vestirse y tambien cada cual..... porque vea usted..... no me he podido comprar unos botines todavia, y con usted y el niño Arturo que es tan rico.....

—Pero si todavia.....

—¡Qué!..... ¿y los botines? vaya! yo lo he conocido todo. ¡Ay! qué *ataderos* tan preciosos, no se puede negar que el niño.....

Concha ajustaba á su gallarda pierna una liga de seda blanca con hebillas doradas, ya se habia calzado los botines, y se puso en pié.

—Coloca la vela y el espejo en el suelo.

—¿Para ver los botines? ya entiendo.

—Mas allá, dijo Concha, levantándose la falda y procurando encontrar sus piés en el espejo que se movia en las manos de la criada.

La criada despues de muchas vacilaciones acertó á reclinarse el espejo en una silla y se sentó en el suelo.

Concha permanecia recojiendo la falda con ambas manos y con la vista fija en el espejo, la criada dirijia pasmada y con cierta avidez sus miradas alternativamente á la copia y al original, al espejo y á los piés de Concha.

Aquellos piés merecian todos los honores.

Entonces el calzado de color estaba en boga.

Los piés de Concha calzados en aquel momento con

unos botines de seda color de café, eran en efecto el modelo del renombrado pié mexicano, arqueado, fino, pequeño y elegante.

Concha, por su parte, les buscaba el escorzo en el espejo y procuraba estudiarlos como los dibujantes del natural, por todos lados.

No en vano nos detenemos en estos pormenores, pues la fisiología viene en apoyo de nuestra contemplación.

Concha estaba experimentando esa dulce voluptuosidad del aseo, sentía en sus pies esa comfortable sensación que proporciona una media irreprochable y un calzado justo y perfecto que oprime como una suave caricia.

Esta sensación que partía de los pies se comunicaba por los ramos nerviosos como por otros tantos hilos eléctricos al cerebro de Concha, y allí se producía un deslumbramiento.

Aquella fruición difundía un bienestar extraño y agradable en todo el cuerpo de Concha, que por momentos sentía acrecentarse un estremecimiento gratísimo.

Concha veía en sus pies, como á sus pies, el lujo, las comodidades, la vanidad y el bienestar social.

Inútil parece advertir que aquellos botines y aquellas medias eran un regalo de Arturo, quien con énfasis había dicho á un amigo suyo:

—Es necesario comenzar por los cimientos.

Estamos seguros de que Arturo no midió toda la verdad de su frase; pero no había cosa más cierta.

Aquella sensación de placer debida á los botines, no la ha olvidado Concha nunca.

Aquella electricidad que comenzó por los pies, invadió toda la máquina, deslumbró á Concha y la perdió.

Eran los cimientos efectivamente de un edificio como los que finje la niebla, como los que forman las nubes y los mirajes.....

Pero no anticipemos, ni se nos vaya la lengua.

La criada pensaba que sería muy feliz el día que pudiera calzarse como Concha, y midiendo de un golpe su impotencia, preguntó á Concha:

—¿Cuando estén viejos me los dará usted?

Esta pregunta hizo salir á Concha de su enagenamiento y dejó caer su falda.

—Ya es muy tarde, exclamó, dame mi ropa.

La criada se levantó después de haber acariciado los pies de Concha, que hubiera querido besar.

Concha se puso un vestido de musolina aéreo y transparente y de un gusto exquisito, estaba adornado con volantes, que la misma Concha, á costa de muchos días de trabajo, había logrado encañonar.

Se colocó un pequeño cuello y un lazo rojo; puso un geranio entre los rizos que adornaban su frente, y salió del cuarto seguida de la criada.



CAPITULO VII.

EN EL CUAL REVELA LA HISTORIA NATURAL LAS
PORIDADES DE LA RAZA FINA Y LA ORDINARIA.

CONCHA apareció radiante ante el altar: los circunstantes, como movidos por un resorte mucho más profano de lo que en sí pudiera serlo Concha, apartaron simultáneamente los ojos de la Dolorosa y de las banderitas, para contemplar á aquella placentera criatura.

Don José de la Luz miró á Concha de arriba á abajo. Doña Lola sofocó un grito de su corazón con un grito de su conciencia.

—Concha está muy bonita, pensó, pero no debía vestirse así, y yo tengo la culpa.

El sastre pareció haberse picado con una aguja, por que se chupó los dedos.

El de la guitarra palideció: se sentía destemplado.

Concha atravesó todas las piezas de la casa, haciendo ese ruido compacto, sordo y peculiar del calzado nuevo.

A Concha le gustaba oír aquel ruido: andaba casi solo por oírlo.

Y sus piés seguían comunicándose con su cerebro.

El autor consulta á sus lectoras.

¿No es verdad que hay presiones exteriores que transmiten á veces un mundo desde la superficie de vuestro cuerpo hasta lo mas recóndito de vuestro pensamiento?

Concha, en una palabra, estaba preocupada con sus piés; era la primera vez que se calzaba así, y deseaba con mucha razon calzarse así siempre.

A las ocho y media se oyó el ruido de un carruaje que paraba á la puerta de la casa, y en seguida el crujir de la seda en las escaleras.

Concha se precipitó al corredor y salió al encuentro de las visitas.

Eran estas las amiguitas ricas de Concha. Con ellas venían los amiguitos.

Y con los amiguitos Arturo.

Se oyeron cuatro besos, y en seguida rumor de voces.

Concha conducía de la mano á Ernestina.

Detras venía Sara, despues Edmundo y luego Arturo.

Fué necesario esperar á que el corredor se despejara de la nube de curiosos que lo invadía, para que las amiguitas de Concha pudieran pasar.

Los pocos asientos disponibles que habia en la sala estaban ocupados por las dos octogenarias que habian comido dulce, por las señoras de la vivienda principal y por algunas personas desconocidas.

Las amiguitas de Concha eran las pollas ricas, y los compañeros, como bien se comprende, eran pollos finos.

Por cuya calidad se consideraron dispensados de ser amables con aquellas pobres gentes, y solo murmuraron un "buenas noches" entre dientes y sin dirigirse á nadie.

De pié y acompañadas por Concha contemplaron por largo rato el altar.

Arturo y Edmundo se llevaron los sombreros hácia la boca como para tapar alguna sonrisa y se pusieron á ver, Arturo á Concha y Edmundo á la concurrencia, dirigiendo á todos, uno por uno, esa mirada altiva y desembarazada del pollo rico, mirada de onza de oro, mirada fija y resuelta, mirada *á plomo*, que bien pudiera llamarse *á plata*.

Concha enseñaba á sus amiguitas uno á uno los primeros del altar é hicieron grandes elogios del tapete.

Concha miró al sastre que estaba enfrente oyendo sus honras.

Las amiguitas vieron al sastre.

El sastre vió á las amiguitas y á Concha.

—¿Conque el señor es..... se dignó decir Ernestina.

—Sí, señorita, se atrevió á decir el sastre poniéndose colorado.

—Mira, Sara..... el señor es el que hizo el tapete.

—¡Ah! balbució Sara con un movimiento de cabeza de *primo carteló*.

Doña Lola y Don José eran simples espectadores.

Aquella incrustacion aristocrática de cuatro pollos elegantes habia impuesto á los concurrentes mas silencio que la Dolorosa con sus cuarenta velas.

Las pollas encontraron que allí hacia mucho calor, á pesar de que no cesaron de mover el abanico, cuyo ruido era el único que interrumpia el silencio.

Concha hizo pasar á sus amiguitas á la pieza inmediata, en donde las sirvió personalmente vasos de horchata.

Hasta aquel momento la sed reinaba en todas las fauces, y solo cuando hubieron tomado las pollas ricas empezaron á circular los refrescos entre los pobres.

La tertulia de cinco pollos quedó instalada definitivamente en la pieza inmediata á la del altar.

Arturo tomó una silla y se colocó junto á Concha.

Ernestina y Sara lo notaron.

Edmundo procuró hablar con las pollas á toda costa.

—Qué insoportable olor el del incienso!

—Es copal, dijo Sara.

—Huele á oratorio de indios, observó Ernestina.

—¿Qué le parece á usted el altar, Sara?

—Hay muchas visiones.

—Sea usted tolerante.

—Esa es mi opinion, ¿y qué le parece á usted la concurrencia?

—Detestable, contestó el pollo.

—¿Quién es la madre de Concha? preguntó Ernestina en secreto á Edmundo.

—Aquella gorda.

—¿Cuál?

—La que se cubre con un rebozo negro que está junto á aquel hombre de chaqueta.

—¿Esa?

—Esa.

—Parece increíble.

Entre tanto Arturo hablaba con Concha por lo bajo y á merced del rumor que se iba levantando á medida que los vasos con chía, horchata, limon y tamarindo circulaban por el corredor, por la sala y por toda la casa.

—Todo está dispuesto, decia Arturo.

—¿Y mi madre? preguntó Concha.

—Todo se arreglará.

—¿Va usted á hablarle?

—Si se hace necesario.....

Entre tanto una muger pecosa que bizcaba del ojo izquierdo, formaba el centro de un corrillo en el corredor.

—¡El taimado del sastre, decia, que se puso como unas granas..... ya se vé; si la tal Conchita no encuentra un acomodo pronto y en la calle, vá á revolver á toda la vecindad, tan curra y tan peripuesta, y luego pintada cuando es tan prieta como yo!

La bizquera y las pecas de esta muger no le habian impedido enamorarse del sastre ni mucho menos encelarse de Concha.

—Está quedando bien, continuaba, dirigiendo una mirada oblicua hácia la ventana desde donde se divisaba á Concha. Como ha puesto su altar; como ha sido la sacristana, sí, la sacristana. Ahí tienen ustedes á Concha la sacristana, que ni para eso sirve.

—¡Concha la sacristana! repitió una muger del grupo.

—¡Concha la sacristana! ¡ji, ji, murmuraron dos muchachos.

—¡Adios! ya se le quedó ese nombre, exclamó otra muger.

—¡Qué gusto! exclamó la bizca, castañeteando con la lengua; aunque á mí me digan *la bizca* como á ella le digan *la sacristana*; sí, la sacristana, la sacristana. Le voy á armar un loro, exclamó de repente, inspirada por una idea maligna.

Se adelantó algunos pasos hácia la puerta de la sala y llamó á Doña Lola.

—¿Qué le parece á usted, Doña Lola? le dijo; si esto ya no se puede tolerar; y si yo hablo es por usted y nada mas, que en cuanto á mí ni me vá ni me viene.

—Pero ¿qué? preguntó Doña Lola.

—Nada, no es nada: su hija de usted que porque tiene amigas ricas y novios elegantes; mírela usted por aquí por la ventana del corredor; venga usted y se convencerá de que esas encopetadas solo vienen á mofarse de todo; y

en cuanto al jovencito no digo nada: mírelo usted cómo arrima su silla á la de Conchita. Si se ven unas cosas.

Doña Lola se fijó en el grupo que formaban las amigas de Concha, y vió efectivamente lo que le hacia notar la bizca.

—Yo, mi alma, no soy madre todavía; pero la considero á usted y la respeto.

—Déjela usted, respondió Doña Lola, que se vayan las visitas y nos comeremos el gallo. Yo le haré ver.....

—Bueno, bueno, Doña Lola, hará usted bien, que se enseñe á respetuosa ante todas cosas.

Doña Lola volvió á la sala á ocupar su lugar junto á Don José, que ya hacia buen tiempo se encontraba descansando de sus botines.

La bizca, que se llamaba Casimira, seguia haciendo la crónica de la concurrencia.

—Bueno, bueno, repetia gozosa..... y despues exclamaba:

—Y luego, que ni un miserable vaso de chia nos han dado á los del corredor, y eso no es justo, que todas *se-*
mos vecinas y todas lo trabajamos: yo presté dos platos que buena falta me hacen.

—A ver, exclamó, que nos traigan de beber: los de por aquí no hemos tomado y ya nos abrasamos de sed.

Una criada se acercó con un vaso y un jarro en que traía horchata y sirvió al grupo.

—Está un poco desabrida, dijo la bizca, despues de apurar el primer vaso: le falta dulce y tiene muy poca

canela. Beba usted, mi alma, le dijo á una compañera, vea usted qué horchata.

El corrillo de los pollos finos se habia animado tambien.

Ernestina miraba con desden los petates, Edmundo se burlaba de la multitud de imágenes de santos que habia colgadas en las paredes, y Arturo mantenía una acalorada discusion con Concha.

A poco rato la concurrencia fué retirándose: los pollos finos salieron haciendo un ligero movimiento de cabeza al pasar por la sala: el sastre empezó á apagar las velas, y el día hasta aquel momento parecia haber terminado con felicidad; pero en el capítulo siguiente verá el lector que aquel viérnes fué efectivamente viérnes de Dolores.

CAPÍTULO VIII.

DE CÓMO UNA GALLINA VIEJA PUEDE HACER
UN MÁL GUISADO.

E intento desistimos de pintar con pormenores la tumultuosa escena que tuvo lugar en la casa de Doña Lola cuando las visitas se hubieron retirado. Aquello á que Doña Lola llamaba comerse el gallo, habia sido por parte de la madre de Concha, la reprimenda mas severa, mas cruel y mas impertinente que pueda darse.

Doña Lola fué un energúmeno, una furia, en el colmo de la indignacion y de la cólera.

Nosotros, en vez de copiar textualmente las palabras

canela. Beba usted, mi alma, le dijo á una compañera, vea usted qué horchata.

El corrillo de los pollos finos se habia animado tambien.

Ernestina miraba con desden los petates, Edmundo se burlaba de la multitud de imágenes de santos que habia colgadas en las paredes, y Arturo mantenía una acalorada discusion con Concha.

A poco rato la concurrencia fué retirándose: los pollos finos salieron haciendo un ligero movimiento de cabeza al pasar por la sala: el sastre empezó á apagar las velas, y el día hasta aquel momento parecia haber terminado con felicidad; pero en el capítulo siguiente verá el lector que aquel viérnes fué efectivamente viérnes de Dolores.

CAPÍTULO VIII.

DE CÓMO UNA GALLINA VIEJA PUEDE HACER
UN MÁL GUISADO.

E intento desistimos de pintar con pormenores la tumultuosa escena que tuvo lugar en la casa de Doña Lola cuando las visitas se hubieron retirado.

Aquello á que Doña Lola llamaba comerse el gallo, habia sido por parte de la madre de Concha, la reprimenda mas severa, mas cruel y mas impertinente que pueda darse.

Doña Lola fué un energúmeno, una furia, en el colmo de la indignacion y de la cólera.

Nosotros, en vez de copiar textualmente las palabras

de esta escena, vamos á entrar en cierto género de consideraciones.

Hay cierta edad en la que, el ser moral movido por las impresiones que lo rodean, se erige, por decirlo así, en sí mismo, se caracteriza modificándose y tomando su manera de ser.

En esa edad la razon viene, por lo general, á dar la sancion y la conformidad á las tendencias que se formaron bajo ciertas impresiones.

El muchacho indócil y terrible que llegó á esa edad, acostumbrado ya á una libertad absoluta de accion, al entrar su razon en ejercicio, esta lo induce con una parcialidad muy comprensible á sancionar sus actos reprobados.

El "por qué" de los hombres ha sido antes el "por que sí" de los niños.

No hay nada mas fusible ni que se preste mas á la modificacion que el ser moral del niño.

El primer amor del niño es el amor de sí mismo.

Es la época en que las madres exclaman, como si lo hubieran comprendido todo:

—¡Imprudente!

Es la época en que los niños hacen llorar á las madres.

Es la primera vez en que el niño comprende que se pertenece, sintiendo el primer destello de la individualidad.

Esta edad es un escalon de la vida, en el que se refleja la infancia con todos sus incidentes y circunstancias.

El niño amedrentado por las nodrizas con cuentos que le han conmovido, encuentra la razon de ser cobarde.

El consentido encuentra la razon de ser impertinente.

El que ha sentido una presion dominadora encuentra la razon de ser humilde y sufrido.

La razon, que es siempre una consecuencia, parte de las premisas, y estas premisas formadas desde la cuna hasta la pubertad, imprimen al hombre, por lo general, su posterior carácter.

La educacion del niño será una lucha mas ó menos difícil y penosa á medida que esté en mas ó menos contraposicion de las primeras impresiones.

Viene la juventud, y si esta no se apoya en las bases de una moral sólida, el hombre viene á ser solidario de las tendencias solapadas de la niñez y del descuido de la juventud; y el hombre entónces tiene que modificarse por medio de un esfuerzo supremo, ó soporta las consecuencias en grande escala de todos los pequeños descuidos de la infancia.

Quando la educacion tiene necesidad de empezar por corregir, en vez de ceñirse á guiar, hace lo que el jardinero que comienza á cultivar una planta silvestre viciada en su primera edad.

Todo esto nos induce á prescribir la educacion desde la cuna, para que la de la segunda edad tenga una base y la de la juventud un resultado seguro.

Hé aquí por qué censuramos á las madres que guiadas por una ternura irracional é injustificable, son, no la guia,

no el jardinero que cultiva la plantita tierna, favoreciendo su desarrollo, sino la esclava de irracionales caprichos, puesta á merced de tiranuelos en pafiales, de déspotas en larba.

Y no se diga que nos desentendemos de esa ternura sublime del amor maternal, ni se nos tache de ser incompatibles para comprender ese sentimiento purísimo que enjendra la abnegacion mas heróica y es origen de los mas espontáneos sacrificios, no; pero queremos que la razon que es luz y fuerza, que es poder y derecho, sea el móvil de la educacion y la norma del cariño.

Reproducirse, ver nacer un niño débil, tierno, desvalido, inútil para sí mismo, cuyo ser moral es todavía una promesa, cuyo espíritu es una penumbra, cuya existencia es casi un milagro, cuya cuna es casi un sepulcro; escuchar su primer vagido, aspirar su primer aliento, recoger su primera mirada sin luz, su primera sonrisa incoherente, detener con ambas manos las mil contrariedades, las mil acechanzas de ese fantasma enemigo de las madres que diezma niños; y sorprender, con esa atencion peculiar del que vela por otro, el primer destello de inteligencia, crepúsculo de un sol que puede mañana iluminar el mundo; sentir la palpitation de un corazoncito capaz mas tarde de abrigar ódios y pasiones, vicios y virtudes; tocar una frente donde podrá residir un pensamiento inmortal; ver todo esto, esperar todo esto, y durante cuatro años desentenderse del espíritu y criar un niño como se cria un pájaro, es desperdiciar los primeros materiales,

es dejar enfriar la cera sin imprimir el sello, para grabar despues con mas trabajo, es podar lo que no debió haber nacido.

El animal emplea escrupulosamente todos los recursos de la prerogativa de su instinto, se consagra á la cria con un afan indiscutible, con una asiduidad perfecta, irreprochable.

Pero por una anomalía, que es la primera de las calamidades humanas, el ser racional discute la inmutable ley natural, la modifica y la tuerce, y lo que es mas, se desentiende, ciego por un cariño que tiene mas de instinto que de razon, del tesoro sagrado de la inteligencia naciente.

¡Benditas sean las madres cuyo amor es iluminado por la razon, y que comprendiendo que en el hijo, fruto precioso, hay en depósito y en gérmen un ser moral modificable, lo estudian porque piensan, lo guian porque saben y lo aman porque sienten!

¡Madres, besad á vuestros hijos en la frente! Proteged el desarrollo de la razon con vuestra inteligencia desde el primer destello, como protegéis el desarrollo del cuerpo con vuestros pechos desde el primer vagido, y tendreis buenos hijos!

.....
 Esto que acabamos de escribir era, habia sido y seguirá siendo para Doña Lola lo que en el mundo se llama "música celestial."

Doña Lola tuvo la incuria por cuna, y una madre que en materia de educacion exclamaba:

—¡Yo soy como Dios me ha hecho!

Lo mismo decia Doña Lola; de manera que cuando estuvo en aptitud para pensar, no sabia qué pensar; dejó que Concha fuera tambien como Dios la habia hecho, y hoy se encontraba frente á una hechura que la sorprendia, frente á un ser moral débil y puesto á merced de sus pasiones incorregibles, frente á una planta que habia crecido ya con las lesiones del embrion descuidado.

Doña Lola vió á su hija bonita.

Esto no servia mas que para aumentar su celo, y el celo, que es siempre una pasion mezquina, es en la persona inculta el furor y el ódio.

Doña Lola veía á su hija bien vestida y elegante, y sentia el despecho de la emancipacion espontánea.

Doña Lola vió á su hija enamorada, y sintió algo parecido al reproche, sintió la desazon de lo irremediable.

Este conjunto de disgustos era la cosecha que la madre recogia, y algo muy severo la reprendia en el fondo de su conciencia hasta atormentarla.

Este tormento inexplicable para Doña Lola, inarticulado y profundo, estalló brutalmente, y Doña Lola, perdiendo el equilibrio y la moderacion, prorumpió en improperios, en denuestos y en insultos.

Nótese que las madres que quieren recobrar una autoridad perdida y desprestigiada por culpa propia, son las mas cruelmente intolerantes é injustas.

El inestimable título de madre no lo es solamente por razon de serlo: ese título se consagra por medio de ese incontable número de sacrificios y de ese estudio prolijo, concienzudo y delicado del depósito moral confiado por Dios á la criatura racional para que un dia dé cuenta de su desarrollo.

Sin esta base un dia se encuentra la madre delante de su hija exclamando:

—¡Te desconozco!

Y las mas veces sucede que la madre es la que no se ha conocido nunca á sí misma.

A medida que hay menos cultura y educacion en las madres, hay mayor número de esos actos que podriamos llamar abusos de autoridad.

Ya se irá comprendiendo la ira de Doña Lola.

En aquella ira habia varios ingredientes.

El primero, el reproche de la conciencia de Doña Lola, reproche que ella procuraba ocultarse á sí misma, sustituyendo la cólera y la palabrería á la razon: habia ademas injusticia, habia ignorancia, habia insensatez.

Concha, por su parte, al encontrarse delante de un ser que la repudiaba, que la maldecia, que rechazaba el razonamiento y la disculpa, sintió que el vínculo sagrado del amor filial se ahogaba en una atmósfera de rencor y de encono.

Medía cara á cara la tremenda injusticia con que se la vituperaba, y la ternura era impotente contra la cólera, la razon impotente contra la ceguedad.

Las primeras palabras que Concha pronunció en su defensa fueron cortadas por el dolor de una bofetada.

Concha miró un universo de chispas rojas.

Luego se sintió asida por los cabellos y arrojada en tierra.

Doña Lola, hecha una furia, había arremetido contra Concha, que yacía á sus pies empapada en lágrimas y en amargura.

Don José de la Luz apareció en la puerta al ruido de la bofetada.

La criada Soledad había estado espiando por las rendijas de la ventana las escenas que acababan de pasar, y al ver á Concha caída arrojó un grito, quiso tocar, pensó en pedir socorro y en armar un escándalo, pero pensó también en Arturo, y bajó la escalera, descolgó la llave de un clavo que había en la puerta de la casera y salió á la calle.

Doña Lola fué presa de un ataque de bñlis, acompañando cada uno de sus dolores con feroces denuestos, que la pluma se resiste á escribir.

Don José de la Luz entretanto entró como por asalto al terreno vedado.

Las situaciones de término medio buscan una explosión.

Don José tenía algo de alegre en aquellos momentos. Se habían reunido tantos motivos de excitación, aquel día había sido tan fecundo en episodios, que el desenlace le parecía propicio al bueno del compadre.

Tuvo ocasión de mimar á Doña Lola enferma.

Hubo una oportunidad para consolarla, lo cual es por otra parte una misión honesta y buena.

Don José estuvo expansivo, casi tierno al ver sufrir á Doña Lola.

Concha había permanecido anonadada; pero al fin se levantó y miró en torno suyo, dió algunos pasos y clavó en seguida la vista en el geranio que se había desprendido de sus cabellos.

Sentía un ardor horrible en la mejilla, pero no quería tocársela; le parecía que en aquel lugar estaba manifiesta y abierta la herida que estaba lacerando su alma.

Miró la flor, y su imaginación recorrió su pasado con una rapidez calenturienta, pensó en su padre que tal vez no volvería, en sus amigas que tal vez no la ampararían, y pensó en Arturo estremeciéndose.....

—¡Solal! murmuró, cuando un ardor febril había evaporado sus lágrimas.

Los tiernos vínculos de la familia se le aparecían rotos por una mano cruel, ó representados por un dolor físico, por el dolor de su tierna mejilla que se comunicaba como una corriente de fuego hasta su corazón.

Concha media de un golpe la tremenda injusticia con que la había tratado; resonaban en sus oídos, como las vibraciones de una campana siniestra, las horribles palabras con que Doña Lola había procurado herirla y humillarla, y sentía acrecer por momentos su desolación y su infortunio: ¿qué hacer? ¿á dónde volvería sus ojos? estaba rodeada en aquella casa de personas que la querían mal

desde que ella había procurado salir de su esfera humilde, había vecinas que ya la habían vituperado.

—Decididamente estoy sola en el mundo: ¿por qué he perdido el cariño de mi madre? ¿por qué desde que mi padre está ausente no he vuelto á recibir ninguna caricia? ¿qué falta he cometido, Dios mío! decía Concha juntando las manos y buscando una luz en su tribulacion.

—Arturo..... pensaba, Arturo dice que me ama, pero..... tengo miedo á ese amor. ¿Será acaso la infamia y el crimen lo que me ofrece? pero á pesar de todo le amo, yo sí que le amo de veras. Arturo no se casará conmigo, no, yo no debo ver á Arturo, y menos ahora porque.....

Y Concha se estremecía contemplando un negro abismo á sus piés.

—¡Dios mío, Dios mío! dame fuerzas, ilumina mi razon, ¿qué haré? ¿qué debo hacer? yo no quiero ser mala, el crimen me horroriza, me dá vergüenza pensar en ser infame.

Y Concha ocultó su rostro entre las manos. Un débil quejido de Doña Lola la sacó de su profunda meditacion.

—¡Mi madre sufre tambien!..... de todos modos es mi madre..... aunque haya proferido maldiciones, aunque me haya dicho..... que salga de aquí..... Tal vez se haya arrepentido.

Dió un paso hácia la pieza en donde estaban doña Lola y Don José de la Luz, de quien ya Concha no se acordaba.

—Sí, continuó, se habrá arrepentido. Iré? Sí, la pediré perdon, me hincaré para suplicarle que me castigue, pero que me quiera y no me vuelva á maldecir..... ¡Ay! la maldicion de una madre!..... ¡qué horrible es escuchar esas palabras!..... pero, ¿será posible? No, no, si me ha querido tanto.....

Y al llegar aquí, parecia que Concha no tenia toda la evidencia de lo que acababa de decir, y continuó.

—Algunas veces..... sí..... algunas veces me ha querido mucho. Voy á pedirla que me perdone. Sí, esto es lo que debo hacer.

Concha se precipitó á la puerta y la abrió; iba á dar un paso hácia adelante, cuando su semblante se descompuso, como si hubiera visto á la muerte; vagó en sus labios una sonrisa como la expresion de la amargura suprema. Se restregó los ojos, como creyendo no ser cierto lo que veia.....

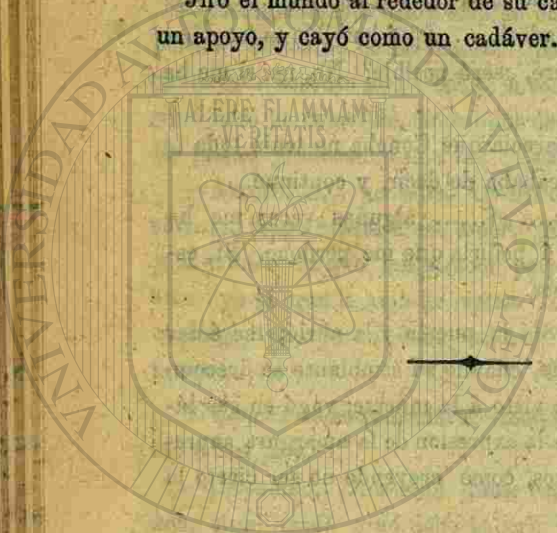
—¿Quién es ese hombre, dijo, como entrando en el delirio..... ese hombre que está á sus piés?.....

—¡Ah!.....con razon ya no me ama mi madre!

Sintió un nudo en la garganta, porque la ahogaban sus lágrimas, y parecia próxima á asfixiarse en aquella atmósfera, un grito iba á escaparse de su boca, pero le faltó el aire, sentia morir..... Volvió el rostro para no ver mas el cuadro que tenia delante, y atravesó vacilante las piezas de la casa, salió al corredor y al sentir el

aire frío, se escapó, por fin de su pecho, ya no un grito, ni un suspiro, sino un gemido sordo y estertoroso.

Jiró el mundo al rededor de su cabeza; buscó en vano un apoyo, y cayó como un cadáver.



CAPÍTULO IX.

LOS POLLOS HACEN DE LAS SUYAS.

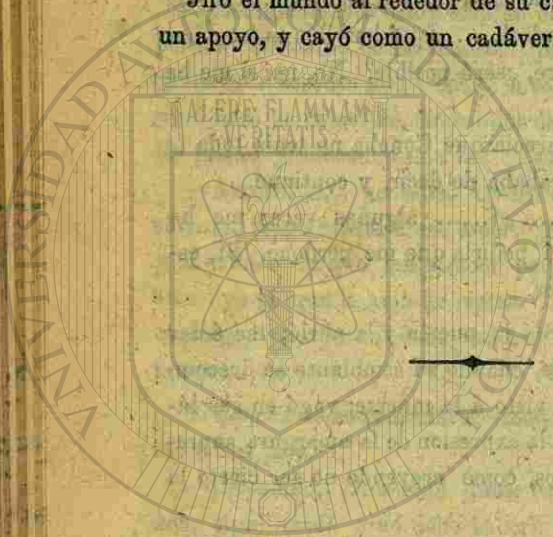
SOLEIDAD salió corriendo de la casa, y apenas hubo andado el largo de la calle, [moderó su marcha y empezó á entrar en cuentas consigo misma.

—Sí, que venga el niño Arturo, decía, él sacará á Conchita de este apuro. ¡Dizque llegar á pegarle! ¿esto no se puede aguantar! ¡y todo por el Don José de la Luz, por ese taimado del compadre! Sí, que venga el niño Arturo. En esta vez se la lleva y yo me voy también. Ahora sí compraré unos botines.

Soledad no tardó mucho en encontrar á Arturo. Estaba en Fulcheri.

aire frío, se escapó, por fin de su pecho, ya no un grito, ni un suspiro, sino un gemido sordo y estertoroso.

Jiró el mundo al rededor de su cabeza; buscó en vano un apoyo, y cayó como un cadáver.



CAPÍTULO IX.

LOS POLLOS HACEN DE LAS SUYAS.

SOLEIDAD salió corriendo de la casa, y apenas hubo andado el largo de la calle, [moderó su marcha y empezó á entrar en cuentas consigo misma.

—Sí, que venga el niño Arturo, decía, él sacará á Conchita de este apuro. ¡Dizque llegar á pegarle! ¿esto no se puede aguantar! ¡y todo por el Don José de la Luz, por ese taimado del compadre! Sí, que venga el niño Arturo. En esta vez se la lleva y yo me voy también. Ahora sí compraré unos botines.

Soledad no tardó mucho en encontrar á Arturo. Estaba en Fulcheri.

—¿Qué hay? exclamó sobresaltado cuando el criado le participó que una muger queria hablarle.

—Quiere ver á usted.

Arturo acababa de tomar un consomé, un vol-au-vent de ostiones y dos copas de Madera, en union de Pio Prieto, un pollo que mas adelante daremos á conocer al curioso lector.

Arturo salió al patio, habló un momento con la criada, á quien dió órden de esperar en la puerta, y volvió donde estaba Pio Prieto.

—Chico, ponte en pié, la cosa es grave.

—¿Qué sucede? dijo Pio Prieto, parándose.

—¿Puedo contar contigo? le preguntó Arturo, poniéndole una mano sobre el hombro.

—Eso quién lo duda? Ya sabes que soy hombre.

Todos los pellos son *muy hombres*.

—De un raptó, le dijo Arturo al oido.

—¡Hombre! exclamó Pio Prieto, abriendo los ojos.

—Sígueme.

—Te sigo.

—Vamos á casa por mi revólver, ¿traes el tuyo?

—Yo siempre lo cargo.

—Vamos.

—*Andiamo*, dijo Pio Prieto, para afectar serenidad.

Salieron, llegaron á la esquina de los portales y Arturo dió tres palmadas.

—¿Coche? preguntó Pio Prieto, pero si ya es muy tarde: espera, allá viene uno, es de los de *la busca*.



Pio Prieto y Arturo.

Así llaman los cocheros al servicio que prestan por turno de diez á doce. Son los coches que quedan esperando lances de á esas horas.

Montaron en el coche los dos pollos y la criada; dió orden Arturo de parar en su casa. Subió, sacó su pistola, se puso un paltó claro, tomó una bufanda blanca y un sombrero fieltro, se puso dinero en los bolsillos, y bajó en seguida.

Un momento despues paraba el coche á la puerta de la casa de Doña Lola.

—¿Qué hacemos? preguntó Pio Prieto.

—Subir.

—¿Y luego?

—Traernos á Concha.

—Pero, su madre!

—La matamos.

—Hombre, ¡qué barbaridad! ¿y Don José?

—Tambien lo matamos.

—¡Dos víctimas!

—Eres un cobarde, Pio Prieto.

—No, chico, no me digas: que donde haya hombres....

—Pues aquí hay un hombre y una muger, subamos.

—Adelante, dijo Pio Prieto.

Al acabar de subir la escalera se encontraron á Concha en el corredor. Yacía en el suelo falta de sentido.

Arturo se le acercó.

Se agacharon Pio Prieto y Soledad.

—No respira, dijo Arturo.

—¿Muerta? preguntó Pio Prieto temblando.

—No, desmayada.

—Hombre, eso es muy bueno, nos la llevaremos al coche.

Arturo en lugar de contestar, levantó á Concha por la cintura.

Pio Prieto la levantó también.

Soledad procuraba arreglarle la ropa, la tomó sus preciosos piés, que iba acariciando en la oscuridad.

Así bajaron la escalera.

Todo estaba en silencio; los vecinos dormían: solo una sombra se escurría tras de los pilares, siguiendo los movimientos de aquel extraño grupo, que se dirigía á la puerta de la calle.

Pio Prieto y Arturo procuraban no hacer ruido con los piés.

Ya llegaban al zahuan, cuando se oyó en medio del pátio una carcajada.

Los pollos estuvieron á punto de soltar la carga.

—Es Casimira! dijo Soledad, es la bizca malvada, que todo lo ha visto; pronto, pronto!

Aquella carcajada tenía algo de siniestro.

El grupo llegó á la puerta á tiempo que Casimira gritaba:

—¡Ya se llevan á la sacristana; que se va la sacristana; se la roban los catrines! Adios, Conchita la sacristana, adios primor, mosquita muerta! ¡Adios!

Don José de la Luz y Doña Lola se pusieron de un brinco en el corredor.

—¿Qué sucede? preguntó Doña Lola.

—¡Que ha de suceder! contestó Casimira desde el pátio, que se llevan á la niña Conchita!

—Pero, ¿quién es la sacristana? preguntó Don José.

—Ella, decía Casimira, su hija de usted, ella, así le dicen; pero se la llevan, corra usted, Don José, corra usted, ahí están en la puerta: ¡todavía es tiempo!

—¡Mi hijal! gritó Doña Lola; ¡Don José de mi alma!

—Voy corriendo.

Y Don José bajó los escalones de cuatro en cuatro, y estuvo en el pátio, corrió, se lanzó hácia la puerta y saltó á la banqueta á tiempo que partía el coche.

—¡Corre, ó te mato! se oyó gritar á Arturo; y en seguida tronó el látigo del cochera.

El coche se perdió bien pronto, como una exhalacion, y haciendo un ruido espantoso en el empedrado.

Don José corría sin sombrero detras del coche gritando, ¡atájenlo! pero sus gritos no se oían, hasta que al fin se paró, falto de aliento, sin poder ni gritar, ni dar un paso.

Se apoyó en la pared, y se sentó en el suelo.

Doña Lola venía corriendo.

—No..... los pude..... alcanzar..... rugió Don José.

Doña Lola tampoco podía hablar por la fatiga, y se sentó junto á Don José.

Estuvieron esperando á que el aire tuviera la bondad de entrar voluntariamente á sus pulmones.

El aire les dió gusto y le permitió decir á Doña Lola:

—¡Ay, Don José!

Y á Don José le permitió el aire contestar:

—¡Ay, Doña Lola!

Esta escena patética terminó porque Don José y Doña Lola se fueron por donde habian venido.

Casimira estaba en medio de la calle observando, y cuando se acercó Doña Lola, la bizca la dijo:

—En el 3 vive el *ispetor*, ¿voy á llamarlo? preguntó en seguida.

—¿Qué dice usted, Don José?

—Eso es muy delicado, y sobre todo, sepamos con quien se fué.

—¡Cómo con quién! con el niño Arturo, ¡con quién habia de ser! con el catrincito que le ha trastornado los sesos.

—¿Lo oye usted? Doña Lola, dijo Don José.

—Quiere decir que me la tenian amasada, dijo Doña Lola, poniéndose en jarras, pero ya lo verán, que buena cárcel se maman, que aunque sea mi hija, para eso hay justicia.

—Y sobre todo, el catrin, dijo Casimira. ¿Llamo al *ispetor*?

—Espérate, se apresuró á decir Don José. Subamos, Doña Lola y hablaremos del asunto: por ahora cerraremos.

—¿Pero, quién les abrió? preguntó Doña Lola.

—¡Vaya! exclamó Casimira, la Soledad, la del 14, que tambien es de la partida; si yo todo lo he visto, los estuve espiano, por señas que se han llevado á Conchita privada.

—¡Privada! gritó Doña Lola. Si le habrán dado un bebiestrojo, si me la habrán envenenado esos pillos!

—No, dijo Casimira, es que le dió sentimiento que usted la abofeteara, y de berrinche se acalabró; pero ya se le quitará con Arturito, le llevará un buen médico, que como es tan rico, que hasta coche tiene.....

—¿Qué dice usted, Don José?

—¿Qué dice usted, Doña Lola? ¡qué desgracia!

Ya algunos vecinos habian despertado, y otros entreabrian sus puertas para averiguar lo que pasaba, cosa que bien pronto supieron, supuesto que Casimira levantaba la voz cuanto podia para tratar aquellos asuntos reservados.

—¿Qué le parece á usted que hagamos, Don José?

—Una de dos.

—A ver.

—O armar un escándalo ó dejarlos, no hay mas.

—¡Dejarlos! pues no faltaba mas!

—Porque..... vea usted. Si meneamos la justicia, á la larga ganan los ricos, y citas van y citas vienen, para que al fin nada se consiga.

—La cárcel.

—Pero la cárcel no come, como dice el dicho, y sobre todo, sale de la cárcel, y.....

Intempestivamente, Doña Lola lanzó un aullido, y despues otro y despues otros seis.

El dolor toma una forma extraña en la gente ordinaria: no parece sino que hasta el llanto se educa: el aullido es característico en la muger del pueblo; el mentado dó de pecho y el mí bemol, son hijos del dolor de esas gentes que lloran con los pulmones, como Doña Lola.

No bien hubo esta dado el primer aullido, cuando Casimira exclamó:

—¡Hace bien! ¡que se desahogue! Déjela usted, Don José.

Con esta sancion de Casimira, Doña Lola tomó aliento, se lució.

Y aquel aullido, vibrando en los aires, sonoro y prolongado, fué la voz de alarma.

No hubo un solo vecino que no preguntara, y con razon, la causa de aquellas notas altas.

No hubo un solo vecino que no se enterase del motivo secreto de aquel pesar.

—Yo lo estaba viendo, dijo una.

—Era preciso, dijo otra vecina.

—¡Vaya! á mí eso no me coje de nuevo. Si las que se ponen castaña son así, siempre acaban por irse: yo por eso ando de dos trenzas.

—¿Y con quién se fué?

—Con un tal Arturo.

—¿Y es rico?

—Es de coche ¡pues no!

—¡Ah!..... entonces.....

—Hizo bien, dijo una criada, vale mas buen acomodo que mal casamiento, así fué mi madre y no le pesó. ¡Y armar tanto escándalo por eso! Hasta luego, vecinas.

El llanto de Doña Lola acabó por fatigarla y se quedó dormida.

Es necesario respetar su sueño.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE TOLUCA
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO X.

COMIENZA LA HOJA DE SERVICIOS DE DON JACOBO.

A Don Jacobo no le faltaron el primer día ni voluntad ni piernas; pero al tordillito le faltó solo morirse, porque al rendir la jornada, hubiera exclamado de buena gana:

Ni Cristo pasó de la cruz..... etc.

El jefe recibió el parte de *la baja* y ordenó la requisición de caballos.

Cinco minutos despues se pusieron á temblar todos los dueños de caballos de la poblacion, y á los cinco minutos

mas, la nacion tenia á su servicio otros diez caballos con que salvar á la patria.

Don Jacobo tuvo en que elegir.

Eligió un prieto, de alzada, bueno para la carrera, lo cual era una condicion inestimable.

Al echarle la silla, Don Jacobo pensó:

—Este caballo es de otro; pero la nacion me lo ha dado.

—¡Que buen caballo tiene, amigo! le dijo uno de sus co-héroes.

—No es mio, amigo, contestó Don Jacobo.

—Pues, ¿de quién es?

—De la nacion.

—Eso es..... de la nacion, pero su dueño está que chilla, y oiga, amigo, cuídese de él, es malo y no le ha de perdonar á usted que monte su prieto.

—¿Y yo qué?

—Nada; que siempre es buena la precaucion, y que no venga solo por aquí nunca.

La palabra *nacion* estaba siendo insuficiente para quitarle su valor á la palabra *robo*.

Don Jacobo, y debemos decirlo en obsequio de su conciencia, hubiera devuelto el caballo por tal de no tener aquella carcoma.

—¿Quién es el dueño?

—El del ranchito de.....

—¿Y es buen hombre?

—Mírelo.

Don Jacobo volvió la cara y encontró unos ojos que le veian, pero aquellos ojos eran dos ojos de tigre.

Don Jacobo probó la primera desazon de la carrera gloriosa de las armas; bajó los ojos ante aquella mirada provocativa, insolente, y siguió arreglando la silla.

El caballo al ver á su amo alargó el cuello como para reconocerlo y luego levantó la cabeza y se sacudió en señal de satisfaccion.

Don Jacobo se inquietó al ver aquel movimiento.

El mismo animal hubiera querido irse con su antiguo amo.

El amo entendió esto y se quedó viendo su caballo con la ternura con que hubiera podido ver á su querida, y luego al ver el movimiento de alarma de Don Jacobo, estudió una de esas frases embozadas y malévolas, peculiares de nuestro pueblo, y dijo á Don Jacobo con profunda intencion:

—Es manso..... amo.

Don Jacobo no supo que contestar.

—Oiga, amo..... añadió el dueño del caballo, acercándose á Don Jacobo. Va usted bien en el animal..... es muy noble, y..... de veras bueno.....

Al decir aquel hombre esto, se limpió una lágrima con el dorso de la mano, y en seguida experimentando la transicion de la ternura á la ira, le tomó la mano á Don Jacobo y le fijó otra vez su mirada de tigre.

—Oiga, amo.....

—Vámonos, compadre, dijo un hombre que se había acercado, viendo que allí se preparaba una escena seria.

—No, compadre, dijo el dueño del caballo, no tenga usted cuidado, le voy no mas á decir al patroncito que me lo cuide..... nada mas.

—Bueno, dígaselo usted y vámonos.

El dueño del caballo se acercó lo mas que pudo á Don Jacobo, y con la cara á una pulgada de la de su interlocutor, exclamó:

—Oiga..... patron..... cuídese de Gualupe Martinez porque no le vaya á quitar el caballo.

—¿Quién es Guadalupe Martinez, preguntó Don Jacobo.

—Yo soy..... para servir á usted, dijo el dueño del caballo, quitándose el sombrero y dejando ver en la frente la honda cicatriz de un machetazo.

Don Jacobo tembló.

—Vámonos, compadre, repitió el tercer personaje del grupo.

—No interrumpa la contesta, compadre, yo y el patron estamos tratando; ¿verdá, amo?

—Montel le gritó á Don Jacobo su compañero.

Don Jacobo tomó el estribo y el caballo dió una salida, insistió el jinete por varias ocasiones y ya temia quedarse á pié; se oyó un toque de clarin, y Don Jacobo mas apurado brincó como pudo al lomo del prieto, el que, parándose sobre las patas se lanzó de un salto, en el que

Don Jacobo estuvo á punto de volar si el mismo caballo no hubiese compuesto sus movimientos.

Una horrible blasfemia se escapó de la boca de Gualupe, quien se quedó parado hasta ver desaparecer su caballo.

Escusado parece decir qué camino tomaron Gualupe y su compañero. Estaba apesadumbrado, luego debia beber pulque.

Esta lógica era tan natural en aquellos dos hombres, que sin ponerse de acuerdo se dirjieron á la pulquería.

—¿Dos grandes, Don Marcelino? preguntó el jicarero al compañero de Gualupe.

—Vaya echando, amigo.

El pulquero sirvió en dos vasos cuatro cuartillos de líquido.

Gualupe apuró su vaso hasta la mitad y se limpió la boca con la manga.

Marcelino hizo otro tanto, y ofreció cigarros en la copa de su sombrero.

Gualupe mordió un cigarro, escupió la punta y lo encendió en un cerillo que le ofreció el pulquero: arrojó humo por boca y nariz, y dió una palmada sobre el mostrador; iba á hablar, pero Marcelino levantó el vaso y le dijo:

—Ande, Don Gualupe.

Tenia tanta fé Marcelino en que el pulque es bueno para las pesadumbres, que le daba pulque á su amigo

con la tierna solicitud con que se le dá una tisana al enfermo grave.

Gualupe iba estando capaz.

En cada trago de pulque encontraba una compensacion, como si se bebiera su propio caballo.

Gualupe despues de sentirse capaz, empezó á sentirse valiente. Empezó á ver pequeña la guerrilla que á la sazón estaba oprimiendo al pueblo, y la fisonomía de Don Jacobo se le aparecia en cada tina de pulque.

—¿Cómo se llama el que se lleva mi prieto?

—Dicen que Don Jacobo.

—¿Don Jacobo qué?

—Pues creo que Baca.

—¡Ay qué vaca, amol gritó Gualupe haciéndose arco y echándose hácia atras su gran sombrero.

En seguida se desató en denuestos é improperios contra Don Jacobo, luego contra el gefe de la guerrilla, y por último contra el partido liberal.

—Marcelino, yo no pierdo mi caballo, voy á recogerlo.

—No, Don Gualupe, no es prudente: déjelos, que ya vendrán un día.

—Lo que yo quiero es mi caballo.

A estas voces habian acudido ya tres ó cuatro vecinos, á quienes Marcelino y Gualupe dieron de beber, y como la guerrilla acababa de abandonar la poblacion, todos los que bebian pulque podian entregarse libremente á estas expansiones.

Algunos dias despues pudieron coligarse hasta ocho

víctimas adoloridas; y montadas por su cuenta, y con el loable fin de matar á Don Jacobo Baca, se constituyeron defensores de la patria, bajo el título de reaccionarios. Guadalupe Martinez estaba provisto de un despacho provisional de coronel de auxiliares del ejército, y ya podia, por lo mismo, emplear todos los medios *legales* de la revolucion para quitarle á Don Jacobo su caballo y la vida.

Don Jacobo por su parte, empezó á creerse mas héroe de lo que él mismo se esperaba, porque sobre aquel caballo prieto se sentia capaz de muchas cosas.

Aquel dia y los dos siguientes habian sido dias de peripecias militares; habia sido necesario huir de los puntos en donde habia enemigo; la guerrilla se habia remontado, y faltos de víveres y sin tocar poblacion alguna, aquellos valientes empezaron á sentir la desesperacion de la hambre.

Don Jacobo se entregaba á serias cavilaciones en cuanto á lo de que "en la revolucion cuando no se tiene se toma," hasta que en una tarde de rayos, aguaceros y hambre, hubo de llegar aquella fuerza á un pequeño rancho situado en despoblado y á la falda de un monte.

Casi á la sombra de tres corpulentas encinas se levantaba una pequeña casa con portal de tres arcos, bajo el cual estaban la entrada á un patio y otras dos puertas de lo que en un tiempo pudo haber sido tienda.

Cuatro piezas interiores, una troje y un corral, formaban el resto de la construccion: en aquella tranquila casa vivian un hombre de mas de sesenta años, padre de

dos muchachas de diez y seis y diez y ocho, y de dos jóvenes de veinte á veinticinco.

Aquella familia, apartada del ruido del mundo, se mantenía con el producto de la siembra y de la cria de ganado en pequeña escala: reinaba en la casa la dulce tranquilidad de los tiempos patriarcales: María y Rosario, que así se llamaban las dos muchachas, estaban dedicadas á todas las ocupaciones domésticas, y los dos jóvenes á todas las labores del campo: el viejo descansaba á la sombra de las encinas á la hora de la siesta, y con una constancia ejemplar y una dedicacion que constituía su manera de vivir, lo veía, lo revisaba todo, sin olvidar ninguno de los detalles, no solo en el interior de la casa, sino en las labores.

Hacia tres horas que el buen viejo habia dicho á sus hijas:

—Rosario, si no quitas el *tasajo* del patio se te moja: vá á llover.

El cielo estaba azul; pero el viejo conocia su cielo, y las muchachas conocian á su padre.

—Ensilla, Pepe, y no te duermas, continuó, y llévate dos peones para abrir los portillos.

—¿Lloverá? se atrevió á preguntarle su hijo.

—Quita allá, holgazan, ¿no lo estás viendo?

—El tiempo está sereno.

—Por lo mismo lo digo. Y que vaya tu hermano: ¿no ha vuelto?

—No tarda, fué por la punta.

Aludia al ganado.

—¡Corre, hijo, corre!

María y Rosario acabaron de levantar la carne puesta á secar, y para ellas era tan autorizada la voz del viejo, que colocaron un barril y una olla grande en el patio para recibir la agua que habian de arrojar las canales, y cuidaron escrupulosamente de no dejar nada á la intemperie, como si efectivamente estuvieran viendo venir las nubes.

Por medio de esa sensibilidad auditiva, tan peculiar de las gentes del campo, notaron en la voz de su padre un acento de emocion poco comun, y movidas por igual resorte se acercaron á él.

María, la mas jóven de las dos hermanas, notó que á su padre le temblaba un poco la barba: no se atrevia á preguntarle la causa de su emocion, y empezaba á contemplarlo con angustia:

Rosario, mas intrépida, preguntó:

—Padre, ¿será fuerte el aguacero?

—Y la tempestad, hijas, y la tempestad.....

—Pero yo tengo una vela de Nuestro Amo y otra de la Candelaria, dijo gozosa María, con la conviccion de la fé y de la pureza de su alma.

—Tendrás que encenderlas, le contestó el viejo con tristeza, y fijó su mirada acostumbrada á lo léjos en un punto del horizonte.

Sus hijas seguian los movimientos del viejo, y María preguntó:

—¿Por allí viene la tempestad?

—¿Por allí? recapacité el viejo..... ¿por allí?..... por todas partes. Ya nada es como ántes..... y luego que no se ha podido comprar la casita del pueblo.

—¿Para irnos allá? preguntó María.

El viejo parecia cada vez mas preocupado y no contestó. Guardó silencio por algun tiempo, fijando sus pequeños ojos en el azul del cielo.

Sus hijas no le perdian movimiento: notaron que movia los labios.

—Está rezando, le dijo muy quedo Rosario á María.

Aquella oracion inarticulada, sincera, espontánea, enviada en el destello de una mirada de sesenta años al azul de los cielos, inspiró un tierno recogimiento á las muchachas que rezaron tambien.

Y los tres guardaron silencio.

Las dos muchachas estaban sentadas á los lados del viejo, en la banca de piedra del portal.

Las manos de aquel anciano abandonaron el grueso baston en que se apoyaban, y levantándolas pasó sus brazos sobre el cuello de sus hijas.

Al sentir esta caricia las dos muchachas le besaron las mejillas.

—¿Está usted triste? preguntó María.

El viejo vió á María y la besó en la frente, y en seguida vió á Rosario y la besó tambien.

Rafael, el otro hijo del viejo, venia llegando con el ganado.

—Allí vienen tus cabras, María.

—Sí, padre, y los *chiquititos*.

—Cuidalas.

—El año que viene..... ¡ah, ya verá usted, viejecito! exclamó María, haciéndole un mimo á su padre.

—¿Por qué está usted tan triste, padre? preguntó Rosario.

—Por ustedes.

—¡Por nosotras! ¿hemos hecho mal en algo, le hemos dado á usted motivo?..... ¿No me porto yo como María, como si fuera yo de veras su hija de usted?

—Calla, calla..... no hagas caso, Rosario..... tonteas mias..... estoy viejo y.....

—Pero sano, padre, replicó María.

—¡Ay! murmuró el viejo, moviendo la cabeza.

—Vea usted, padre, cómo vienen los cabritos, véalos usted cómo juegan y qué contentos se ponen!

Y María se echó á reir con una satisfaccion pueril, pero envidiable.

Un pastor venia corriendo por la vereda delante del ganado.

—Ahí viene Juan.

—No trae ninguno muerto; ¡qué gusto! dijo María.

—¿Y por qué corre? preguntó el viejo.

—Porque viene á quitar las trancas y las espinas.

Los perros de la casa salieron del interior meneando la cola y ladrando como si hubieran olido el ganado, y se adelantaron hácia la loma para juntarse con los perros de los pastores.

Estos venían en formación y como satisfechos de haber cumplido con su deber, pues habían ayudado á juntar el ganado y ya regresaban al establo, dando buenas cuentas de sus trabajos: los perros de la casa les hacían fiestas y procuraban sacarlos de su formación; pero los perros formales no abandonaron el ganado hasta que vieron desfilar la última res en el establo.

Pepe y Rafael se pararon delante de su padre con el sombrero en la mano para recibir órdenes.

—Mira, Rafael, que abran los portillos de abajo y te pasas á la zanjita, que luego está mala con la yerba, la limpian.

—Está bien, padre.

—Ya venimos, dijo Pepe.

—No se tarden porque se mojan.

Pepe se acercó al oído de María para hacerle una recomendación con respecto á la cena.

—Volvemos á cenar, dijo Rafael dirigiendo una mirada á Rosario, que ésta recogió poniéndose colorada.

Los dos hermanos montaron á caballo y se dirigieron á buen paso hácia el campo, y ya, cortando por el monte, se perdían en las malezas por el lado opuesto dos puntos blancos.

Eran los dos peones que iban á abrir los portillos.

El viejo se levantó del asiento tan luego como sus hijos hubieron desaparecido.

María y Rosario fueron á contar los cabritos y dar la última ración de maiz á las gallinas y á las palomas.

Cada una de estas jóvenes llevaba en el brazo una canasta, y cuando arrojaron el primer puñado de maiz en el pequeño corral interior de la casa, se vieron rodeadas de todos sus hijos, como ellas les llamaban.

Entretanto el viejo hablaba con aquel peon que había llegado corriendo delante del ganado.

—Nada se dice, decía el peon.

—Cuando pasaron por la Soledad?

—Antes de ayer en la tarde.

—Y por las ramas?

—No me dijeron.

—¿Cuántos son?

—Como doce.

—¿Y la fuerza del gobierno?

—Salió también.

—¿No has visto polvos?

El pastor vió uno como á las dos de la tarde.

El viejo quedó profundamente pensativo.

En cuanto á la guerrilla en que militaba Don Jacobo, estaba en aquellos momentos como á ocho leguas del rancho que acabamos de describir, rancho cuyo nombre y posición geográfica pudiéramos fijar, así como los nombres verdaderos de los actores de las escenas que allí pasaron; pero tenemos el deber de respetar la memoria de unos y de guardar la debida reserva acerca de otros; y como por otra parte los hechos que referimos son auténticos, y su relato emanado de fuente fidedigna, tanto cuanto puede serlo un actor de las escenas que describi-

mós, hemos preferido cambiar nombres y no fijar lugares para que en ningun caso se nos tache de indiscrecion ni ligereza.

Hecha esta salvedad, volvamos á la guerrilla, á cuyo gefe conoceremos con el nombre de Capistran.

Capistran hizo por fin alto en el monte. Los caballos estaban fatigados y la falta de agua tenia á aquella gente en una situacion violenta.

El gefe encontró una eminencia á propósito para la observacion, y mandó un hombre á que se colocara y diera parte oportunamente de lo que viese. Mandó echar pié á tierra y se puso á platicar con su segundo.

—Por aquí jalamos hasta el otro rancho.

—¿Y los de la Soledad?

—Pues no fueron á seguirnos por allá.

—Eso es.

—Tienen que llegar hasta *El Gato*, y venirse por el pedregal toda la noche.

—Llegan tarde.

—Vayal

—¿Y los otros?

—En eso está lo malo.

—¿Nada se sabe?

—Nada.

—Si han tomado por el camino real, ¿cómo á qué horas estarán de este otro lado?

—Hasta mañana, porque el rio viene crecido y no lo pasan: ó rodean ó se esperan.

—Y todo por ese viejo.....

Capistran agregó dos interjecciones y luego contestó:

—Van dos veces que avisa.

—Pero no es él, hombre.

—¡Que no!..... pues serán sus hijos.

—Son los de la Soledad los que avisan.

—¡Pero *álgame* señor! ¡qué ganas tengo..... de quererlos!

El vigía hizo una seña.

Capistran gritó:

—¡A caballo!

El vigía venia bajando.

—¿Quién viene? preguntó Capistran.

—El agua, gritó el vigía.

Dos ó tres soldados se rieron y otros desataron sus jorrongos ó sus mangas de hule.

—Siempre al rancho, dijo Capistran.

—A cenar, dijo uno.

Don Jacobo estaba *en bábia*; lo observaba todo con estrañeza, y la hambre le hacia concebir proyectos de exterminio. A sus solas iba pensando en una hazafia.

Pillar la primera gallina que viese, tenia apetito de gallina, y se figuraba que era muy conveniente robársela en habiéndola á las manos.

El agua no se hizo esperar, porque despues de sentir una ráfaga de viento frio y húmedo, empezaron á caer algunos goterones; luego se oyó una detonacion que rim-

bombó en las montañas, y en seguida se desató el mas formidable de los aguaceros.

Los caballos podian apenas caminar en los arroyuelos impetuosos que se formaban en las veredas del monte, y hubo necesidad de abandonar el camino conocido y atravesar entre las malezas.

Un rayo, cuya formidable detonacion hizo temblar á jinetes y caballos, acababa de desgajar un oyamel viejísimo, delante de la guerrilla.

Don Jacobo, cuando menos lo pensó, estaba rezando una *oracion contra* la tempestad.

El caballo de Capistran se habia encabritado y habia puesto al gefe en grave peligro de desburrancarse.

Al ruido del rayo sucedió el grito de Capistran y una cantidad razonable de blasfemias.

Don Jacobo cortó su oracion para escandalizarse de su gefe, y en seguida pensó que tendria necesidad de abandonar ciertas costumbres para llegar á ser gefe, tan gefe y tan hombre como Capistran.

Caminando incesantemente á pesar de la lluvia, la guerrilla se aproximaba al rancho.

—¿A cuál rancho vamos? preguntó un jinete á otro.

—Al de las Vírgenes.

—No lo conozco.

—¡Vaya! al de María y Rosario.

—¿Qué, de veras?

—Ya lo verá.

—El gefe está enojado.

—Vamos á tener campaña.

—Seguro.

Conviene al lector seguir con nosotros los movimientos del viejo del rancho.

—No te vayas, le dijo al peon; te estás en el portal. Y penetró en su habitacion, miró á su derredor para observar si lo veian sus hijas y tomó de un rincon un mosquete: lo reconoció escrupulosamente y en seguida lo volvió á colocar donde estaba.

El mosquete estaba casi inservible. Despues sacó de un baul una pistola que no estaba en mejor estado que el mosquete y volvió á guardarla.

En seguida levantó los ojos al cielo y se cruzó de brazos; recorrió con la vista la habitacion y se tomó la cabeza con ambas manos, como sintiéndose agobiado bajo el peso de ideas aterradoras.

¿Qué pasaba en la mente de aquel anciano? No parecia sino que un presentimiento de muerte le mostraba todo el horror de sus últimos momentos sobre la tierra.

Dejóse caer sobre una silla, y clavando la vista en tierra pensó:

—No es posible oponer la fuerza: ¿qué voy á hacer con esas armas?..... y mis hijas..... ¡ah! seria horrible, me matarian primero..... ¡Ay! pobre país, pobre patria en que ví la luz! Si el señor Hidalgo me viera hoy..... Por todas partes el asesinato y el robo..... y yo en medio de estos montes, sin esperanza de abrigarme en la

poblacion, expuesto á todo..... y viejo..... y sin armas!.....

El viejo se perdió en un mar de tristes reflexiones: el agua, como él lo habia previsto, habia empezado á caer á torrentes, y él no lo habia percibido; pero de repente levantó la cabeza y exclamó:

—¡El agua, el agual que se aniegue todo, que se pierda todo, pero que mi casa sea una isla para que ese hombre no pueda entrar..... Dios me oye: ¡qué aguacero! ah!..... es imposible que lleguen aquí, y mañana..... mañana nos vamos. María! gritó en seguida; Rosario! acá, muchachas!

—¡Padre! respondió de léjos María.

—Ven, vengan las dos.

A pocos momentos María y Rosario estaban delante de su padre.

—¿Está usted malo, padre? preguntó María.

—No, no; se apresuró á contestar el viejo, procurando ocultar su emociion; es que..... es que mañana nos vamos.

—¿A dónde, padre?

—Al pueblo, nos vamos á vivir al pueblo.

—Qué bueno! dijeron á un tiempo María y Rosario.

—¿Y mis palomas? me llevo mis palomas? agregó María.

—Sí, todo, todo te lo llevas, porque no hemos de volver.

—Nunca?

—Al menos ustedes, no.

Un movimiento de sorpresa en las jóvenes obligó al anciano á continuar:

—Y no es porque yo sepa nada, pero..... los tiempos están malos, y hay mucha gente de esa que se lanza á la revolucion y que..... qué política ni qué principios..... robar, solo robar es lo que quieren; y como luego suelen caer..... en fin, yo no temo por lo pronto..... pero, á la larga, sabe Dios..... y ustedes, como niñas, tienen que perder.

—¿Y mis hermanos? se apresuró á preguntar Rosario.

—Mira, Rosario, en cuanto á Pepe, irá y vendrá; pero Rafael se quedará aquí.

Rosario hizo un movimiento que no pasó desapercibido para el viejo, quien repuso:

—María, voy á hablar con tu hermana á solas.

María salió.

—Ya lo he entendido todo, continuó el viejo; desde que supiste que tú y Rafael no son hermanos, han dado en quererse mas..... pues, como esa aficion ya es, como si dijéramos, de amantes, ya ves, hija, que esto no puede seguir así, y es necesario que lo que ha de ser, sea, y no cargue yo sobre mi conciencia con haberlos dejado así..... yo no he hablado con Rafael, pero se le conoce que te quiere: ¿es cierto?

—Es cierto, dijo Rosario, bajando los ojos, y luego preguntó:

—¿Y aquí se queda solo?

—Sí, Rosario, aquí se queda; pero con animales buenos para que pueda salir de un apuro.

Durante todo este tiempo los aguaceros se habían sucedido unos á otros: algunos truenos cuyo estrépito se aumentaba con los ecos de las montañas vecinas, habían interrumpido varias veces el diálogo anterior. Todavía permanecieron el anciano y Rosario por algun tiempo hablando de proyectos para el porvenir; pero esta conversacion, á medida que parecia tranquilizar al viejo y sacarlo del estado de desasosiego en que ántes lo hemos visto, parecia entristecer mas á Rosario.

Notólo aquel excelente anciano, y como para tranquilizar á Rosario y fortificarla en la resolucion de emigrar al dia siguiente, se atrevió á hablar de esta manera:

—La verdad de todo es, que aquí ya no podemos estar seguros, ni tengo un solo dia de tranquilidad desde que ese hombre me ha mandado amenazar.

—¿Capistrán?

—Sí, Rosario, ese hombre tiene malas intenciones, conoce la tierra, y es difícil que por aquí logre alcanzarlo la fuerza del gobierno: yo temo que el dia menos pensó.....

—¡Ay padre! si es así, nos irémos esta misma noche.

—Seria una locura: además, es inútil, porque con estos aguaceros nadie puede en toda la tarde entrar á la cañada, de manera que estamos seguros; pero mañana sin duda dormiremos ya en el pueblo: ¿estás conforme?

—Usted lo manda.

—Vamos, vé á hacer tus líos sin perder tiempo, y que María se disponga tambien.

Rosario y María, conmovidas profundamente por aquel cambio que se preparaba en su vida, se entregaron á la mas animada charla, en la que no olvidaron detalle ni circunstancia de todo cuanto pudiera convenir al nuevo plan.

Iban á abandonar de pronto no solo la casa querida en que nacieron, sino todos los objetos que por tanto tiempo habían sido testigos de sus pesares y alegrías.

María lloraba por sus cabritos y por sus palomas, y Rosario por sus flores, por sus recuerdos y por su amor. En los momentos en que por primera vez iba á separarse de Rafael, sentia por primera vez todo el valor de su cariño.

La certidumbre de la separacion, realizaba toda la intensidad de un sentimiento que había nacido á la par de las flores de su jardincito, como las flores había crecido, y como de sus flores, Rosario había recogido de aquel amor desde la primera emanacion.

¡Ay, pero acaso tras de las negras nubes que se desgajaban á torrentes sobre la cañada, estaba escrita por la mano del destino una sentencia formidable!

CAPITULO X.

EN EL QUE EL AUTOR PONE MUCHO CUIDADO PARA QUE
NOSE LE ESCAPE NINGUNA PALABRA INCONVENIENTE.

EL ruido del coche despertó á Concha súbitamente. Iba á gritar, pero Arturo se lo impidió muy cariñosamente, y Concha no pudo decir "esta boca es mia," porque Arturo, que era muy solícito, se encargó de decirlo.

El coche siguió corriendo, y como no llevaba órden, el cochero procuró ganar tierra.

Cuando sonó la rodada sordamente, los pollos pudieron oírse los unos á los otros.

—¿Pero en dónde estamos? preguntó Concha.

—Por San Pablo, Conchita, dijo Pio Prieto.

—¿Quién viene aquí?

—Yo, contestó Soledad; ya me vine con usted como se lo ofrecí.

—¡Paremos! dijo Arturo con el aplomo de un general. Pio Prieto tiró del cordón del cochero con la solicitud de un ayudante de campo.

Pio Prieto estaba tocando el *sumun* de la dicha; aquel lance tenía para el pollo un carácter tan romanesco, que le ocurrió compararse con Ciutti el criado de D. Juan Tenorio.

Casualmente Arturo exclamó á la sazón:

—“Doña Inés del alma mía.”

—“¡Virgen santa, qué principio!” continuó Pio Prieto.

A Concha no le quedó mas recurso que compararse con doña Inés.

Soledad era la única que no sabía que podía ser Brígida, pero lo era.

El estupor había pasado y comenzaron los comentarios sobre Don José y sobre el partido que debía tomarse.

En cuanto á Concha, tenemos el deber, en obsequio de la justicia, de revelar que insistió enérgicamente en ser trasladada de nuevo á su casa; que reprobó la conducta de Arturo; que tuvo arranques de desesperación; y que por último, se entregó al llanto mas deshecho y al dolor mas sincero; todo lo cual no fué un obstáculo para que los pollos y Soledad instalaran á Concha en el cuarto de un hotel de tercer orden.

Pio Prieto se portó admirablemente, según Arturo.

Entre las virtudes del pollo se enumera la de no ser

egoísta: la tercería le encanta porque estimula su curiosidad, y lo torna en servicial, y lo infatúa esta complicidad, y el pollo en tales lances procura toser ronco y se pavonea.

Pio Prieto hubiera querido en aquella noche ayudar á robarse á todas las pollas de México.

Estaba contento de sí mismo y se soñaba hombron y calavera.

Soledad fué tambien muy útil, y aun logró ingerirse de una manera muy familiar en las discusiones.

Concha estaba en extremo violenta y se ocupaba en contradecir todos los planes de los pollos, en cuya controversia los sorprendió la aurora.

Hemos ofrecido al lector darle á conocer á Pio Prieto y vamos á cumplir nuestra palabra.

Pio Prieto nació en el Puente de Curtidores, de un hojalatero que se firmaba Pioquinto Prieto, y como no es privilegio exclusivo de las dinastías reales que el primogénito lleve el nombre paterno, la muger del hojalatero discurrió, á los cinco meses de casada, colocar su felicidad entre dos Pio-quintos, y Pioquinto se llamó el heredero de la hojalatería.

Pero como los nombres largos son un escollo oral, el niño perdió la mitad de su nombre en la escuela y siguió llamándose hasta hoy Pio á secas.

Apenas supo medio leer, medio escribir y medio contar, lo dedicó su padre á soldar tinas y calentaderas; ocu-

pacion honrosa y lucrativa, pero que no tardó en ser cargante para Pio.

Don Pioquinto, padre, hubo de emplear un día sus ahorros en comprarle una levita á su hijo, sin adivinar siquiera que aquella prenda de ropa habia de ser, en la vida de Pio, su *grito de Dolores*.

La levita comenzó á ponerse en abierta pugna con el soldador y con el estaño.

Cada lunes hacia Pio un nuevo sacrificio al ceñirse su mandil de brin, y al recuerdo de sus conquistas del domingo en la tarde, Pio Prieto entraba en mudas confianzas con la hoja de lata, y se volvía mas meditabundo que trabajador.

El bueno de Don Pioquinto no se apercibió de aquel síntoma funesto, sino cuando ya la enfermedad de su hijo habia tomado creces.

¡Ah! si el hojalatero hubiera sabido hacer la defensa del mandil del artesano!

Pero la levita con voz autorizada por la sociedad, menospreciaba la dalmática del trabajo: las sugerencias del casimir seducian al pollo, que empezaba á avergonzarse de su oficio.

Pio, al abrigo de su levita, contrajo amistades de pollos ricos é incapaces de transijir con el mandil.

Este es uno de nuestros resabios de mas mal género y de los mas trascendentales.

Nuestra sociedad apenas empieza á transijir con los obreros. El trabajo, que es el precursor de la riqueza,

todavía no puede entre nosotros ser una aristocracia, y nuestra juventud huye de los talleres, presa aún de rancias preocupaciones.

El sentimiento de la dignidad personal y de la democracia está mal comprendido en este punto.

La envidiable posicion del artesano constructor, como apóstol del progreso material de un pueblo, como representante de la gloria artística, y por cuyos títulos adquiere la respetable posicion del ciudadano libre, se cambia diariamente entre nosotros por el miserable rincón de la nómina de una oficina ó por la mezquina condicion del dependiente.

La libertad del hombre no está suficientemente inculcada en nuestra juventud.

Muchos pollos, esclavos de un amo déspota, creen profesar principios liberales y se permiten declamar contra las viejas prácticas, contra las costumbres retrógradas y contra las tiranías.

Crean comprender la libertad y amar la independencia, y comienzan por ser impotentes para emanciparse á sí mismos, y viven bajo un yugo y tienen amo, y sirven y obedecen, sin aspirar á mandar y á hacerse obedecer.

Menosprecian el martillo del obrero, símbolo sagrado de la mas noble de las emancipaciones, y aceptan el papel de párias sociales, en cambio de poderse vestir con las plumas del pavo.

La juventud se refugia en las oficinas ó detras de los mostradores, y se encanija á la sombra de la molicie, se

llena de vicios ántes de adquirir ni fuerzas físicas ni morales, y luego se exhibe, pulcramente ataviada, como una muestra de degeneracion y de raquitismo.

Hay cien pollos cloróticos en cada calle, pequeñitos y enclenques, que no conservan ya ni los vestigios de los soldados de Cortés, ni la idea del vigor de los aztecas. La raza tropical languidece y degenera, ganando en vicios lo que pierde en desarrollo físico.

Pio Prieto siguió este torrente, y la primera vez que pidió un helado en Fulcheri pensó con tristeza en la hojalatería: se le figuraba que el mármol de las mesas, el tapiz aterciopelado de los asientos, los espejos y las lámparas de gas le reprendían por ser hojalatero: pensaba que si en un corro de sus nuevos amigos, pollos finos en su mayor parte, llegaba á saberse que Pio Prieto soldaba tinas y calentaderas, sufriría la mas pesada de las bromas y no sabría qué hacer.

Para evitar esto comenzó por negar á su familia, por ocultar la ubicacion de su casa, que se llamaba hojalatería, á fin de sostener una apariencia que lo nivelara con sus agüitos nuevos.

Pio Prieto no hubiera sabido hacer, no solo la defensa ni la apología del trabajo, pero ni aun se le hubiera ocurrido jamas conciliar la dignidad del hombre con el trabajo material; de manera que sus aspiraciones tomaban un tortuoso sendero, y su vida comenzaba por ser una contradiccion.

Pio Prieto, además de estas prendas morales, tenia la

desgracia de ser feo y trigüeño, y como señal característica poseía una mandíbula superior, superior á su labio respectivo, de manera que Pio Prieto exhibía grátis su encía descomunal en cada sonrisa.

Cuando Pio Prieto empezó á ser presumido, notó con sentimiento la incompatibilidad de su bello y lo irremediable de la constante exposicion de su dentadura.

En el cuadro sinóptico de la monografía de la boca, las de este género representan la desvergüenza, y Pio Prieto no era la excepcion de esta aseveracion fisionómica, á pesar de que si en su mano hubiera estado, hubiera de buen grado comprado labio y vendido encía.

Pio Prieto á los quince años logró (admirable prerogativa del ser que piensa) ser todo, menos hojalatero, y logró hacer de su vida un enigma, que es el estado natural de muchos Pios que conocemos.

Por medio de todas estas virtudes Arturo tuvo un cómplice á pedir de boca, y Pio Prieto, reo de un delito al que ciertas leyes aplicaron ha mucho tiempo el castigo infamante, se regocijaba por su conducta y estaba contento de sí mismo.

Ya hemos dicho que en el pollo la tercería es una de sus coniditas; ha oido hablar de que las Pandectas y las Partidas son vejestorias, y ni aun encuentra puntos de contacto entre su conducta y la de muchos sentenciados en la cárcel pública por el mismo delito, sin que esto tenga para el mismo Pio Prieto otra explicacion que ésta:

La levita.

Solucion que afirmó mas á Pio Prieto en la acertada resolucion de cambiar el mandil por esta prenda, mito moderno de las ciudades civilizadas.

¡Ay, mientras en la Avenida de los hombres ilustres y en la Avenida de los hombres ociosos, ó sea calle de Plateros, no véamos diariamente cruzar mil blusas en vez de cien levitas, mil obreros en vez de cien pollos, no tenemos esperanza de remedio!

Y cuando los niños de la clase media lo mismo que los del pueblo se inclinen al taller y no á las leyes, á la mecánica y no á la medicina, al martillo y no á la minuta; cuando el uso de los guantes de cabritilla tenga por objeto interponer una piel suave entre la mano de una bella y el callo del óbrero, entónces será difícil comprar votos en las elecciones; entónces comenzarán á ser oscuros y miserables los empleados junto á los caballeros artesanos; entónces la república comenzará á tener por todas partes hijos dignos y ciudadanos libres, desprendidos de la teta patria, y que emancipados por el trabajo de la tutela gubernativa, y de la empleomanía como único recurso, sean los representantes legítimos de la democracia y los sinceros defensores de las instituciones libres.

Perdónenos el lector este arranque sério que se deslizo en la ensalada, y cambiemos de rumbo.

CAPÍTULO XI.

LOS POLLOS ANIDAN.

DESPERTO Doña Lola.

No necesitamos encomiar aquí las virtudes del sueño, de ese reposo eminentemente reparador y confortable, y solo sí dirémos que Doña Lola se sintió mejor.

Don José de la Luz habia velado; de manera que fué el primer consuelo que se le ofreció á Doña Lola al despertar.

—¡Compadre! exclamó con voz débil.

Y la palabra salió de su boca articulada entre un suspiro y un bostezo, síntoma que Don José calificó de favorable.

En lo primero en que estuvieron de acuerdo los dos

compadres, fué en que debian desayunarse para proceder con acierto.

En seguida se entabló la discusion sobre el partido que debia tomarse en aquel grave asunto.

No faltó vecina que hiciera prodigios de mordacidad y de encono contra la prófuga: alguna ensayó su lengua; otra hizo revelaciones; otra dijo que ya lo sabia todo de antemano, merced á su policia y á su penetracion; y el asunto, mil veces comentado, fué el sabroso pasto de la vecindad erijida en gran jurado; pero aquel cuerpo colegiado discurria menos y hablaba mas, y estuvo á punto de parecerse á un congreso hasta en lo de aceptar la peor de las medidas propuestas: por fin se decidió que Don José de la Luz tomara el negocio por su cuenta y empezara por averiguar el paradero de los pollos.

Así lo hizo el bueno de Don José, y como habia sido en un tiempo juez de paz, discurrió que su primera providencia debia ser avisar á la policia.

Nadie conocia hasta entónces á Pio Prieto, ni á la policia pudo dar Don José señas del cómplice, pues Casimira no habia visto mas que dos bultos de varen y dos de hemabra, que eran los cuatro personajes de la escena.

Pio Prieto no deseaba la terminacion de aquel asunto, ántes bien, hubiera querido prolongarlo indefinidamente, y cada nueva peripecia la acogia el pollo cómplice con entusiasmo.

Su primera diligencia fué buscar á un amiguito que tenia en el gobierno del Distrito, para averiguar por me-

dio de él si la policia iba á tomar cartas en el asunto, merced á alguna denuncia.

Tan acertado anduvo, que un cuarto de hora mas tarde que la policia, supo Pio que se pretendia seguir la pista á los raptos.

Arturo se vió obligado á recapacitar en situacion tan crítica, y mandó por un coche.

El grupo se dispersó. Arturo y Concha montaron en el coche; á Pio Prieto se le encargó de pormenores, yendo y viniendo, y á Soledad se la consignó á Catedral hasta nueva órden, porque segun Pio Prieto, en Catedral no podia inspirar sospechas, ni la policia tiene nada que ver con las devotas; de manera que la criada á poco rato estaba en un rincon cerca de un confesonario, bien arrebuja en su rebozo y como en espera de confesarse.

Antes de que la policia pusiese en ejercicio sus asechanzas, y de que Don José de la Luz, erijido tambien en policia particular, pudiese haber hecho nada razonable, Arturo habia logrado atrapar á Don José, ni mas ni menos que si se hubieran cambiado los papeles.

Razones, y de peso, emplearia Arturo, supuesto que el bueno de Don José no tuvo dificultad en ablandarse y comenzó á oir al seductor, aunque con sorpresa, no por eso con menos benevolencia.

Convino Don José en que la justicia se inclina al lado del pudiente.

Convino en que Concha, si no se habia de casar bien, que al menos no se perdiera mal.

Convino también en que para Doña Lola y para él, era mejor quitarse de una vez de quebraderos de cabeza.

Y por último, Don José se comprometió primero á retirar su denuncia á la policía, y en seguida á persuadir á Doña Lola de que este es el mundo.

Terminada la conferencia, Soledad pudo salir de Cathedral y Pio Prieto obrar en mas amplia escala.

—Chico, le dijo Arturo á Pio; ¿qué hacemos con Pedrito?

—Pedrito es buen chico.

—Pero necesitamos ganarlo.

—No puede hacer nada.

—Pero siempre es bueno estar bien con todos.

—Bueno.

—Vamos por él á la oficina.

—Y lo *entrompetamos*.

Caló de Pio Prieto con que significaba que lo emboracharian.

—Eso es.

—Cuando él está *jalado* (sinónimo peculiar de Pio) se presta á todo.

—Magnífico! Busquemos un carruaje.

A Arturo lo conocian muchos cocheros.

Los pollos llegaron á Palacio en coche: Pio Prieto fué á sacar á Pedrito, y los tres se dirijieron en seguida al Tívoli del Eliseo.

Era hora de almorzar.

Cuando los pollos hubieron engullido trufas y ostiones

y ya les reventaba el buche á tanta vianda y libacion, creyó Arturo llegado el momento de aclarar su parentesco con Pedrito y exclamó de repente:

—Somos cuñados.

—Hombre! dijo Pedrito.

—Te lo digo porque tú eres hombre ilustrado y suficientemente experimentado, para abjurar errores y preocupaciones. Ya en México está muy admitida la costumbre de la union libre, como se practica en Francia y en otras naciones cultas.

—Y esto tiene la ventaja, agregó Pio Prieto, de que las cosas tienen remedio, pues á la hora que uno de los dos se cansa.....

—Y que ya sabes, Pedrito, mi aversion al matrimonio; yo no soy para casado en regla; yo, chico, soy liberal, pues, soy así..... despreocupado; ya me conoces.

—Lo mismo que yo, dijo Pedrito.

—Y lo mismo que yo, agregó Pio Prieto.

La mancha mas fea para los pollos en aquel momento hubiera sido la de parecer preocupados; de manera que el grave asunto del matrimonio y de la suerte de Concha se trató allí sin ceremonia y sin cortapisas.

—A tu salud, hermano.

—A la tuya.

—A la de los recién casados, gritó Pio Prieto abriendo su desmesurada boca y riendo como un carretonero.

—Ahora es necesario portarse bien, agregó Arturo. Voy á ver un judío para que me descuente la segunda

libranza de mi padre para estar en aptitud de todo. Dame Celina va á alegrarse de esto porque le voy á mandar hacer unos trajes á Concha, que ya verán ustedes. ¿Le debes mucho á tu sastre, Pedrito?

—Doscientos pesos.

—No te apures, yo pago.

—¡Quién fuera tu cuñado, chico! los que tienen hermana; ¡peruno!.....

—Ya te llegará tu turno: dñle á Salin que te haga un traje.

—Dame una tarjeta.

—Tómala.

Arturo le dió una tarjeta en la que escribió algunas líneas.

Pio Prieto concentró toda la expresion de su reconocimiento en esta frase:

—¡Qué templado eres!

Y llenó, no la copa propia, sino un vaso de un litro con vino de Champagne.

—A tu salud, chico, dijo, y bebió el vino á tragos gordos: al acabar dió un fuerte golpe con el asiento del vaso sobre la mesa y se limpió la boca con la mano.

—Este se pone unas monas del demonio, dijo Pedrito muy alegre.

—Pues cuidado, porque te necesito, dijo Arturo.

—No tengas miedo, que *aquí hay canilla*, ¡canastos!

Los tres pollos entraron al coche, que paró en una mueblería de la calle de Donceles.

—Mr. Moncalian, dijo Arturo saltando del estribo.

—Mr. Arturo, le contestó Moncalian.

—Necesito un menaje completo y pronto.

—Lo que usted guste.

—¿A ver las camas?

—Tengo unas inglesas que acaban de llegar, (hacia dos años.)

—Ésta.

Moncalian tomó una pizarra y apuntó: "Cama inglesa."

—¿Y este ajuar?

—Es frances, nada de jalocote, rosa legítima; llevó uno igual el señor Pimentel.

—Este, dijo Arturo. Tocador.

—¿Con mármol?

—Sí, hombre, ¿quién usa tocador sin mármol?

—Se echa á perder con la humedad, dijo Pio Prieto, para dar su opinion como si tuviera mucha experiencia en materia de mármoles.

—Este, dijo Arturo.

Moncalian seguia apuntando y en seguida preguntó:

—¿Adonde?

—Aquí está esta tarjeta, el portero se llama Vicente, la casa está vacia hace ocho dias.

—Está muy bien, Mr. Arturo, ¿qué otra cosa?

—Alfombra, escupideras, lámparas, candeleros, en fin, usted me pone la casa.

—¿Se va usted á casar?

—Sí; pero no lo diga usted.

Moncalian se sonrió y apuntó en la pizarra.

—Aquel ropero, agregó Arturo.

—¡Qué lindo es! dijo Pio Prieto, ¿cuanto vale, Mr. Moncalian?

—Ciento setenta.

—No es caro, dijo con aplomo Pio Prieto.

Esta frase valía cincuenta pesos.

Los pollos volvieron al coche.

Dos horas despues Arturo se separó de Pio y de Pedrito y volvió al lado de Concha.

Pedrito volvió á la oficina, y á pesar de su sana filosofía echó á perder tres copias.

Pio Prieto se presentó en la sastrería de Salin, y como Arturo le habia dado dinero para los gastos de *aquel negocio*, Pio compró un puro de á dos reales para echar bocanadas de humo aromático al sastre.

Esto le pareció á Pio muy natural, y aún creyó que estaba representando muy bien su papel de señor.

Entre tanto, la moral de Arturo iba ganando prosélitos al grado de acallar los aullidos de D^a Lola.

Don José de la Luz estuvo elocuente, y á D^a Lola la iban haciendo mas y mas impresión los contundentes argumentos de su compadre.

Por desgracia, esto que pasaba con D^a Lola se repite con una frecuencia lamentable en Mexico, y si señalamos esta llaga social es para anatematizarla.

Si buscamos el origen de estos hechos nos persuadiremos que este no es otro que el amor al lujo, esa aspiracion

constante de todas las clases de nuestra sociedad, excepto la ínfima, de llegar á una posicion superior; pero no á costa del trabajo ni por medio de los recursos legales, sino arrojando con todo miramiento y consideracion.

Pedrito haciendo su papel en el mundo elegante á costa de constituirse en un ser inútil y ocioso, cuyo porvenir estaba ligado el prorrateo, era una víctima de esa pasion.

Concha aspirando al lujo, por imitar á sus amiguitas, se habia apoyado en el pasamano de Arturo para subir en la escalera social, y no estaba haciendo otra cosa que preparar su caída al abismo de la prostitucion.

Pio Prieto abandonando el patrimonio santo del trabajo, se escondia dentro de una levita de Salin para ser la larva del ladron.

Arturo parodiando las costumbres relajadas de las grandes ciudades, compraba con sus prendas físicas y con su patrimonio monetario la infamia y la desgracia de una jóven pura.

La misma Doña Lola cerraba sus ojos de madre al resplandor que la cegaba, y

—Con tal que sea feliz y tenga lo necesario, exclamaba, que hemos de hacer..... tantas vemos que son dichas, porque habiendo con qué.....

—Vaya, Doña Lola, contestaba Don José, eso es muy corriente; si viera usted en mi familia..... y tantos que hacen lo mismo. En realidad los señores padres son los únicos que lo llevan á mal.

—Es cierto, compadre, todo muy cierto.

Y todos, todos adoradores del becerro de oro rompian abiertamente con las sábias prescripciones de la moral y minaban por su base la institucion de la familia, y secaban con su sed de riquezas la fuente de la felicidad futura, felicidad que á estos pollos toca propagar mañana: estos pollos serán los padres de familia y los que preceden á una generacion cuyo porvenir nos horroriza.

CAPÍTULO XII.

ENTRADA DE CONCHA EN EL GRAN MUNDO.

LA casa de Concha no tardó en ser lo que se llama un relicario: nada faltaba allí de cuanto puede pedir el refinamiento y el lujo, al grado de que Concha al hablar de su casa decia:

—No hay ojos con que verla.

Arturo fué mas previsivo de lo que se puede pedir á un pollo.

Lo decimos, porque despues de haber llenado todos los requisitos que pudieran hacer de la casa de Concha un departamento confortable, puso al servicio de esta una aya francesa.

Madama Luisa estaba encargada de instruir á Concha en los cien mil detalles que tiene obligacion de consultar una muger á la moda.

Y todos, todos adoradores del becerro de oro rompian abiertamente con las sábias prescripciones de la moral y minaban por su base la institucion de la familia, y secaban con su sed de riquezas la fuente de la felicidad futura, felicidad que á estos pollos toca propagar mañana: estos pollos serán los padres de familia y los que preceden á una generacion cuyo porvenir nos horroriza.

CAPÍTULO XII.

ENTRADA DE CONCHA EN EL GRAN MUNDO.

LA casa de Concha no tardó en ser lo que se llama un relicario: nada faltaba allí de cuanto puede pedir el refinamiento y el lujo, al grado de que Concha al hablar de su casa decia:

—No hay ojos con que verla.

Arturo fué mas previsivo de lo que se puede pedir á un pollo.

Lo decimos, porque despues de haber llenado todos los requisitos que pudieran hacer de la casa de Concha un departamento confortable, puso al servicio de esta una aya francesa.

Madama Luisa estaba encargada de instruir á Concha en los cien mil detalles que tiene obligacion de consultar una muger á la moda.

Concha saboreaba voluptuosidades desconocidas que la encantaban, como el uso del cold-cream y del polvo de arroz aromatizado, de la esponja y del jabon de Pivert; en suma, la atmósfera de perfumes en que vivía envuelta, la embriagaba.

Madama Luisa traía de París las últimas elucubraciones del confort, y con una solicitud esquisita y verdaderamente parisiense iba haciendo de la hija de Jacobo una señorita de gran tono.

Concha, por otra parte, tenía la intuición de lo bello y era naturalmente observativa, de manera que no había objeto que la rodeara que no hubiera sido motivo de su exámen y de su contemplación.

Arturo estaba fuera de sí y positivamente enamorado de Concha: se gozaba en su obra y había tomado tan á pechos la erección del ídolo que él mismo había dorado, que empezó por volverse susceptible y hasta celoso, al grado que muchos pollos, amigos suyos, ignoraban el nuevo enlace de su amigo y lo echaban de menos frecuentemente en sus reuniones favoritas.

Este retraimiento le proporcionó á Concha adelantar considerablemente en su aprendizaje, tanto que en concepto de Madama Luisa poco tardaría Concha en estar presentable.

Pero no era así naturalmente, porque los vicios de la primera educación difícilmente se corrijen; no obstante, Concha podía pasar ya como una bonita apariencia.

A los pocos días de retiro, á Arturo empezaban á pa-

recerle las horas casi del tamaño natural, cosa que al mismo pollo le sorprendió, supuesto que las de los primeros días le habían parecido un soplo; esto unido á las bromas de sus amigos por su retraimiento, lo decidieron á tomar otro partido.

—Arturo, le decía un día un pollo, conque te casaste!

—No soy tan bárbaro, ese suicidio me parece del peor género.

—Entonces.....

—Si lo dices por Concha.....

—Precisamente.

—Que quieres, un golpe de fortuna, de esto no hay todos los días.

—Y vas á lucirla?

—Mira..... todavía no me decido, aunque al principio te confieso que pensé en el secreto riguroso.

—¡Oh! eso del secreto es fatal, es una vida llena de privaciones, ya verás como te cansas.

—Ya lo estoy viendo, pero temo.....

—¿Qué temes? yaya un calavera tímido! si la chica vale tanto como dices, vale la pena de darla á luz y sobre todo de que le formes círculo, de que des algunos téés para los amigos; cuenta conmigo, Arturo, ya sabes que no me escandalizo de nada y sobre todo sé respetar las propiedades. ¿Qué dices?

—Estaba pensando ya en sacarla: la pobrecita ha tenido una vida de privaciones.

—¡Ah! pues es justo que se divierta.

—Anoche fuimos por primera vez á Fulcheri.

—¿Tú eras? ta, ta, ta.....

—¿Como lo supiste?

—Me dijo Ruiz que habia visto á una linda jóven y á su amante acariciarse en el gabinete azul. Te vieron en los espejos, chico, ¡qué chasco te has llevado!

—¿Es posible?

—Exacto.

—Solo en los espejos, porque el gabinete azul estuvo solo.

—Vamos, eso no tiene mucha gracia, hoy ya lo sabrá la *chorcha*.

Esta palabra pertenece al caló del pollo y quiere decir reunion, pandilla ó círculo de amigos.

—Debias llevarla al teatro, continuó el amigo de Arturo, como para sacarlo de su embarazo por lo de los espejos.

—Sí, el domingo vamos, tienes razon.

—Domingo en la tarde por supuesto.

—Se entiende, todavia no me atrevo á llevarla de noche, sabes que van mis primas y todos los de mi familia, mientras que por la tarde las cocineras todas son unas.

—Bueno, chico, te felicito y es necesario que cuante antes me presentes.

—El domingo.

—Bueno.

—Pues hasta el domingo.

—Adios.

Diremos algo acerca del interlocutor de Arturo: era un pollo que se llamaba Pio Blanco y que pertenecia legítimamente á la raza de pollos tempraneros.

Tenia quince años y era por naturaleza disipado y ocioso; sabia beber, fumar y blasfemar, triple ciencia que lo privaba de saber otras cosas á pesar de los esfuerzos de su padre por hacerlo hombre de provecho.

Pio Blanco habia crecido mimado, al grado de que sus padres confesaban con un candor sin límites, que se habian declarado insuficientes para sujetar á Pio.

Este pollo habia pasado revista en muchas escuelas, porque á los quince dias de permanecer en un establecimiento, ya tenia el suficiente caudal de embustes para desprestigiar al director, y bien una riña ó alguna maldad de trascendencia, decidian su pase á nuevo colegio.

Así corrió de ceca en meca, hasta parar en el colegio militar, de donde fué dado de baja por faltas de subordinacion.

Esta última salida lo puso en posicion de declararse vago con cargo á los fondos de su papá, el señor Blanco, quien acababa de ganar un pleito, separándose de su mujer, que por fortuna no era la mamá de Pio.

Con el talisman del dinero, Blanco, padre, se alegró al grado de apurarle menos el porvenir de Pio, á quien queria tanto.

Pio, al gastar el dinero de su padre, no le pesó su conducta anterior, y Blanco padre é hijo, se apañalaron cariñosamente en el regazo de la fortuna.

No hizo más Pio Blanco que emplumar lujosamente en manos del sastre, y tomar un aire de superioridad y de abandono que hacían de él el pollo más magistralmente resuelto que se conoce.

Pio Blanco, pobre, solía tener mesura y encogimiento; pero Pio con guantes, dió suelta á su lengua, pareciéndole que ya no tenía por que callar: los libros fueron para él un abismo de letras donde no osaba penetrar jamás su perezosa imaginación: en cuanto á religión, apenas dijo al acaso soy liberal, se creyó dispensado de tener creencias, se avergonzó de haber oído misa alguna vez, y para sancionar este acto de debilidad de su catolicismo, aprendió de memoria algunas frases de un discurso de Villalobos, y acomodándolas á las circunstancias salía del paso airoosamente, según él mismo creía: hacía alarde de ser cínico y dervergonzado, y no había historia secreta de familia ni honra vacilante, que Pio Blanco no se encargara de divulgar *mutatis mutandis*.

Era de esas personas que por desgracia abundan en México, para quienes los asuntos ajenos, por poco que les atañan, son el punto culminante de sus discusiones; desmenuzan y glosan la más insignificante noticia; emprenden con un calor digno de mejor causa, una controversia sobre los asuntos privados de una familia, á quien ni saludan; y nada de lo que hay á su alrededor, por indiferente que sea, pasa sin sujetarse al tormento del análisis y del más escrupuloso exámen: emprenden sumarias genealógicas hasta dilucidar si H y R son hermanos, y

si P y N son casados: son boletines orales de cuya lengua libre al lector su buena estrella, aun cuando á nombre del sagrado de la familia y de la gente honrada haya puesto hoy el autor de esta ensalada el foco de su lámpara sobre esas larvas dañinas, para que alguna vez la víctima vea á toda luz á sus verdugos.

Pio Blanco tenía, además de todos sus títulos, el de chismógrafo triturador de honras más acabado que se conoce.

Este pollo, cuya primera edad había sido una penumbra y una negación, no tenía en su corazón ni en su cerebro noción alguna provechosa ni base moral que normara sus actos; de manera que perdido el encogimiento del pobre, aceptó de un golpe la vanidad y la desenvoltura del rico, y con todo el atrevimiento de la ignorancia afrontaba magistralmente desde la pequeña cuestión social hasta los altos problemas filosóficos.

Tal era Pio Blanco, pollo á quien vamos á ver en seguida convertirse en amigo de Concha.

En el palco intercolumnio número 1 de los segundos, apareció la tarde de un domingo en el Teatro Nacional, una joven elegantemente vestida: llevaba un traje de gró azul y blanco de doble falda hecho por Cefina, y estaba peinada con una gracia y una propiedad inimitables.

El minarete de la belleza de hoy, el clásico copete de la joven estaba adornado con dos rosas pálidas, y aquella colina de cabellos y flores daba á la propietaria un aire aristocrático y distinguido: hubiera sido imposible á Casi-

mirá la bizca convencerse de que aquella dama tan blanca, tan sonrosada y tan elegante era la hija de D^a Lola, era Concha la Sacristana, como ella se había empeñado en llamarle.

Cuando en uno de esos palcos 1 ó 25 de cualquiera de los tres órdenes, aparece una de esas beldades solitarias de exhuberante y lujosa falda en una tarde de día de fiesta, la numerosa familia de pollos y tal cual gallo de pelea se ponen en alarma.

Ya barruntan que tras de la bella se parapeta algún feliz que ve con medio ojo la comedia y con uno y medio á la prenda de su cariño; ya se esperan encontrar un conocido á quien felicitar el lunes por su caza mayor; ya en fin, se hacen la ilusión de que no hay tal propietario y que la beldad es una muger que acaba de asomar en el mundo pidiendo á gritos la indispensable protección del sexo fuerte; todas estas ideas alborotan la gallera, en la que los pollos son los primeros en piar como al ruido del maíz de por la tarde.

- ¿Quién es aquella azul? preguntó un pollo.
- Es de las mias, contestó otro.
- Ya quisieras.
- ¿En dónde vivó?
- No sé.
- Está bien vestida.
- Demasiado.
- De seguro no se ha peinado sola.
- La peinó Broca.

—¿Cómo lo sabes?

—Tengo antecedentes.

—¿A ver, á ver? dijeron varios.

—Mira, Alberto, le dijo un pollo á su compañero; vamos á poner paralelas para el asalto: desde el palco de enfrente veremos quien es el compañero de esa diosa.

—Aprobado, chico, pues al asunto.

—Vamos.

—Vamos.

Y media docena de pollos salieron del salón en un entreacto, pidieron vuelta, y subieron corriendo las escaleras de los palcos haciendo mucho ruido.

La parvada se precipitó por el tránsito de los segundos, llegó al palco número 25 que estaba vacío y entró.

—Orden, caballeros, dijo un pollo.

—No sean díscolos.

—No se le vé mas que el sombrero.

—Pero, ¿quién es? dijo Alberto.

—Si está casi sumido tras de la crinolina.

—Pero ella es encantadora.

—¿Quién será?

—Nadie la conoce.

—No es de las de.....

—Ni de las de..... agregó otro pollo haciendo una muéca.

—¡Ah, ya sé quien es éll exclamó uno; nos está viendo.

—¡Arturo!

—¡Arturo! repitieron cinco pollos.

—¡Qué malditol

—¡Ah, hipocriton!

Un pollo tosió recio.

—¡No, hombre! exclamó uno.

—¡No seas incivill agregó otro.

—¿Vamos á visitarlo?

—No seas estúpido. ¿Con qué derecho?

—Con cualquier pretexto.

—Anda solo.

—¿A que no vá?

—Este es *echador*.

—¡Echador! ¿quieres verlo?

—¿Apostamos?

—Lo que quieras.

—Te vas para atrás.

—Qué me he de ir!

A este tiempo Pio Blanco tocaba á lo puerta del palco en que estaba Arturo; éste iba á pararse cuando Pio Blanco entró provisto de un grande alcatraz de dulces.

—Chico, vengo á que me cumplas tu palabra.

—Concha, te presento á Pio Blanco, mi amigo.

—Gracias, chico. Señorita, agregó dirijiéndose á Concha; sírvase usted aceptar estos dulces.

—Mil gracias.

—¡Qué fortuna tiene este pícaro!

—¿Por qué? dijo Concha.

—Por qué ha de ser. ¡Usted lo ama! ¿habrá dicha mas grande? Arturo, te felicito doblemente. Señorita, yo sé

que Arturo tiene muy buen gusto, y lo que es en esta vez.....

Pio se lamió los labios.

Concha bajó los ojos.

Arturo volvió la vista.

Pio volvió á la carga.

—Vamos, si es usted lo mas encantadora que se haya vistol es usted la reina del teatro esta tarde.

Era la primera vez que Concha recibia una andanada de flores de pollo, y se puso colorada: le pareció que Pio Blanco la estaba enamorando descaradamente.

Arturo lo notó y le dijo:

—No hagas caso de éste, es un loco.

—¡Y tú tan juiciosol ya sabes.

—Cabal.

—No lo crea usted, Conchita; no lo conoce usted; es lo mas enamorado y lo mas pillo.

—¡Qué tall le dijo Concha á Arturo.

—Tú eres la que no conoces á Pio; es un calavera.

—Defiéndame usted, Conchita.

—Yo no.

—Pues me defenderé solo. Todos dicen que soy calavera, que soy enamorado, que soy pillo, y vea usted..... me calumnian: todo mi defecto consiste en ser simpático, porque ¿no es verdad que soy simpático?

Concha no contestó.

—Pues bien, continuó Pio, como si Concha le hubiese dicho que sí.—Tengo muchas amigas que me quieren mu-

cho, y de ahí sacan los envidiosos que soy enamorado. ¿No le parece á usted el colmo de la injusticia? Pero usted vá á ser mi buena amiga y me vá á hacer justicia; ¿no es verdad?

—Sí, señor, dijo Concha toda turbada, y dirigió una mirada á Arturo.

Éste se la correspondió afectando serenidad; pero realmente estaba entrando en cuidado, porque tenia que hárselas con la audacia de Pio Blanco.

A Concha le pareció oportuno hacer algo, y tomó los anteojos.

Todavía Concha no sabia tomar los anteojos, como se estila hoy: los tomó como se han tomado siempre, en la postura natural.

Arturo tiró del vestido de Concha.

Pio Blanco lo notó.

Concha no entendió una palabra: volvió á tirar Arturo. Concha le dirigió una mirada arrugando la ceja como quien pregunta: "¿qué sucede?"

Arturo le hizo un guiño con los ojos, señalándole los anteojos.

Concha se los dió.

Arturo vió con los anteojos tomándolos por delante y exajerando la posicion.

Concha se quedó abriendo la boca, como si tal cosa.

Pio Blanco pensó:

—Se está encelando.

Concha volvió á recibir los anteojos, y al recibirlos

sintió en la mano una presion significativa de la mano de Arturo, como quien dice:

—“¡Qué tonta eres!”

Concha tradujo el apretón de este modo:

—“¡Cuidado con Pio Blanco!”

Concha se puso á ver á Concha Mendez.

—¿Le gusta á usted su tocaya? le preguntó Pio Blanco.

—Sí señor; es muy bonita.

—¡Qué diera por ser como usted!

—Tiene muy lindos ojos.

—Los de usted son dos luceros.

—Y muy bonito cuerpo.

—El de usted es mejor.

—Y un pié.....

—El de usted es mejor.

—Usted no me los ha visto.

—Es cierto, pero han de ser mejores. Se lo conozco á usted en la mano. La mano de usted es digna del pincel de Xenofonte.

—¿Xenofonte era pintor? preguntó Arturo.

—¡Hombre, cómo no! y bueno, ya sabes.

—No me vengas con tu literatura porque me apesta.

—Vea usted, Concha, qué injustos son conmigo: me sucede con mi figura lo que con mi talento. Porque me visto bien dicen que soy un Montecristo; porque soy amable que enamoro, y porque hago versos me llaman literato.

—¿Hace usted versos?

—Sí, Concha, cuando encuentro quien me inspire, lo cual es difícil. Le ofrezco á usted unos versos á sus ojos, si tú me lo permites, chico, agregé volviéndose á Arturo, porque supongo que á Concha le habrás regalado un Album. Usted perdone si la llamo Concha, pero yo soy así, no me gustan los diminutivos. Conque ¿le has comprado un Album? ¿le ha comprado á usted un Album?

—¿De retratos? preguntó Concha.

—No, de recuerdos.

—Esos no los conozco.

—Es un libro en blanco.

—¡Ay qué feo!

—¡Cómo feo! allí le escribirán los que la adoren y los que la admiren todo lo que V. les inspire.

—Yo?

—Sí.

—Los que me adoran?

—Sus amigos de V.

—¡Ah! ¿y qué escriben?

—Unos versos y otros prosa.

—Y para qué?

—Ya lo verás, dijo Arturo cortando el diálogo con impaciencia.

Esta impaciencia la agregó Concha al apretón.

—Mañana le llevo á V. su Album con mi composicion á sus ojos.

—¿Pero para qué se ha de molestar V.?

—¡Concha! ¡Concha! entre buenos amigos! pero calle!

mire V. que turba está en el palco de enfrente. Mira, Arturo, te han comido el trigo, allí está la *chorcha* haciéndonos señas, allí están Pepe y Alberto.

—No les hagas caso, no veas para allá. Concha, mira la comedia.

Concha obedeció.

Pio Blanco se colocó en los asientos de atras junto de Arturo.

—Chico, ¡qué linda es! ¡qué *pio largo eres!* ¿pero quieres decirme de dónde has sacado á esta chica tan *come il faut?* nadie la conocia.

—Cállate, hombre, y ten moderacion.

—¿Te pones sério? ¡Vaya! Ya sé á qué atenerme. En todo caso comprendo que no es de las que conocemos, ya sabes.

—A todo sales con "ya sabes."

—Ya sabes. Te convidó á cenar. Concha, la convidó á V. á cenar, iremos á Fulcheri.

—Hombre, hombre.

—Qué dice V., Conchita? porque yo supongo que ustedes cenan, ¿no es verdad, Arturo?

—Hombre, Pio?

—No hay remedio, ya vuelvo, al terminar la comedia aquí estoy. Abur, Arturo. Concha, hasta luego. Arturo tiene la amabilidad de permitir que cenemos juntos en Fulcheri; hasta luego, hija mia, hasta luego.

—Adios, señor, dijo Concha abandonándole la mano segun una leccion de Madama Luisa.

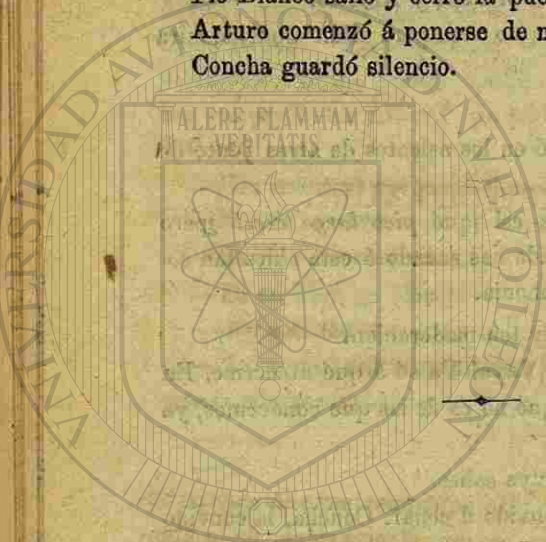
—Oye, Pio.

—Nada, nada, está resuelto: hasta luego.

Pio Blanco salió y cerró la puerta.

Arturo comenzó á ponerse de mal humor:

Concha guardó silencio.



CAPÍTULO XIII.

UNA DIGRESION ACERCA DE LAS MANOS. LA CENA EN FULCHERI.

LAS MANOS. Hé aquí una parte del cuerpo humano digna, por su importancia suma, de la atención del observador.

En las manos llevamos todos escrito el nombre de nuestra raza, el grado de nuestra educacion, nuestra posicion social, nuestras tendencias, nuestros sentimientos y nuestra historia.

Si este lenguaje de las manos entrara alguna vez en la categoría de los conocimientos vulgares, la humanidad, apoyada en sus propias manos, caminaría mejor.

Esta segunda fisonomía no está, por desgracia, tomada generalmente en consideracion, y con pocas excepciones el

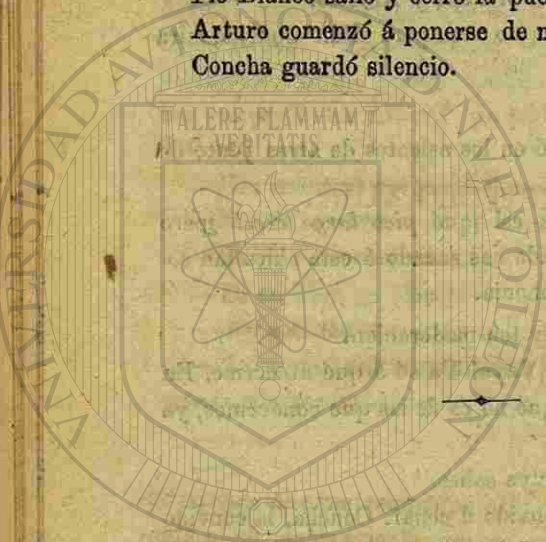
—Oye, Pio.

—Nada, nada, está resuelto: hasta luego.

Pio Blanco salió y cerró la puerta.

Arturo comenzó á ponerse de mal humor:

Concha guardó silencio.



CAPÍTULO XIII.

UNA DIGRESION ACERCA DE LAS MANOS. LA CENA EN FULCHERI.

LAS MANOS. Hé aquí una parte del cuerpo humano digna, por su importancia suma, de la atención del observador.

En las manos llevamos todos escrito el nombre de nuestra raza, el grado de nuestra educacion, nuestra posicion social, nuestras tendencias, nuestros sentimientos y nuestra historia.

Si este lenguaje de las manos entrara alguna vez en la categoría de los conocimientos vulgares, la humanidad, apoyada en sus propias manos, caminaría mejor.

Esta segunda fisonomía no está, por desgracia, tomada generalmente en consideracion, y con pocas excepciones el

mundo se conforma en materia de manos con estas solas dos calificaciones:

Manos bonitas y manos feas; y no se cuida mucho de que hay tantas clases de manos, cuantas clases de pasiones hay.

Las manos son una revelacion de ese misterio que se llama *sér moral*, son una acusacion manifiesta de lo que el hombre oculta; y por ese cuando el hombre formula en su interior una oracion sincera emanada de la conciencia y de la verdad, *eleva á Dios las manos*.

Las manos con su laberinto de rayas, sus falanges, falangines y falangetas, con sus movimientos especiales, son el proceso del individuo, el *carpet* de su viaje por este planeta.

La quiromancia conocia antaño ese *carpet* y el pillo que sabia leerlo en la antigüedad, tenia el raro prestigio de consternar un reino, de cambiar la faz política de una nacion, y de alcanzar mayores resultados con un horóscopo y con una prediccion, que el poder religioso y que la fuerza bruta.

Es que la verdad y la conciencia son hermanas y cuando por cualquier medio, por estravagante que sea, se dan la mano, triunfan.

Si alguno de nuestros lectores es observador, se habrá fijado alguna vez en el lenguaje mudo de las manos.

Las manos son susceptibles de educacion, y son siempre las que la revelan; las manos en su configuracion, en

su tez y en sus movimientos, son el testimonio inexcusable de las costumbres del individuo.

Hay manos groseras, manos tontas, manos ordinarias, así como las hay ociosas, aristocráticas, sensuales, artísticas, curiosas, hábiles, etc. etc.

Estudiad las manos y al poco tiempo de observacion encontrareis que os hablan.

No nos preciamos de conocer á fondo "*la science du main*," librito que hemos buscado con ansia para estudiarlo y apoyar nuestras observaciones, de las que, á reserva de ampliarlas en otra ocasion, asentaremos algunas, aunque ligeramente.

La quiromancia llegó á profundizar la cuestion y el autor del libro á que nos hemos referido ha llegado á hacer un estudio prolijo y concienzudo que ha logrado penetrar, y con felicidad, en el terreno de la adivinacion: pero nosotros no entraremos al exámen de las líneas, sino solamente al de la forma y los movimientos.

Por ejemplo: despedíos de una jóven bien educada, acostumbrada á la buena sociedad y al trato franco y sincero, y sentireis todas esas cualidades en el tacto, en la manera conque os estrechará la mano; pero dádsela á una beldad inculta, á una polla ordinaria, y notareis una contraccion extraña, sentireis unos dedos nerviosamente rectos y una mano muerta, un movimiento sin intencion y como que no está en armonía con la voz ni con el asunto, es una mano postiza que se mueve por imitacion, es un de-

sencanto, una mano torpe y elocuentemente desconsoladora.

En esta categoría estaban las manos de Concha aun despues de las lecciones de Madama Luisa.

En cuanto á su forma, ocultaban sus articulaciones bajo una piel suave y tenian los dedos puntiagudos, señal inequívoca de pereza y voluptuosidad.

Las manos hábiles tienen los dedos espatulados, las trabajadoras las yemas redondas, y los dedos casi rectos, las articulaciones pronunciadas y las venas salientes.

Las manos de Arturo se parecian á las de Concha, eran suaves y puntiagudas.

Los dos amaban la molicie.

Pio Blanco, á pesar de su poca esperiencia, comprendió gran parte de lo expuesto en la manera con que Concha le dió la mano, y este solo hecho era tan significativo y trascendental que Pio se puso á discurrir de este modo:

—No; á pesar de su lujo, esta chica no es lo que parece, Arturo la ha de haber sacado de algun rincon y la ha ataviado como una señorita. ¡Bravísimo! esto me alienta y me hace concebir una esperancita..... porque en fin, yo soy un calavera..... mi edad..... vamos, Pio, eres un pollo, se decia á sí mismo el pollo, tomando un aire de fatuidad muy marcado..... Pio, Pio, tú tienes un pensamiento retozon..... ¡pero si tiene unos ojos esa chica! y luego..... que como no es decididamente una encofetada cocota ni cosa que lo valga, va á ser accesible, yo soy buen mozo y me visto bien..... Afortunadament^o

traje mi corbata verde, que segun mi chica me está tan bien..... en fin, en la cena veremos lo que se avanza: es necesario quedar bien con el fanfarron de Arturo, para que en todo caso vea Concha que sé lo que traigo entre manos y que soy hombre que presta garantías.

Estas y otras mil ideas preocuparon á Pio Blanco hasta el momento de reunirse con Arturo y Concha.

—No me tardé, dijo al entrar al palco.

—Nada de eso: eres un inglés.

—Ya sabes. ¿Concha, se ha divertido V. mucho?

—Sí, señor.

—¿Vámonos?

—Sí, así saldremos sin pasar la consabida revista, dijo Arturo.

—¿Qué revista? preguntó Concha.

—La de la doble fila de curiosos que se forma á la salida del teatro.

—¡Ah!

Pio tomó de sobre una silla un magnífico abrigo de merino blanco y lo colocó sobre los hombros de Concha, á quien desde luego pareció aquella galantería de un carácter desconocido, al grado que dirigió una mirada á Arturo como para pedirle su aprobacion.

Pio Blanco dejó que Arturo tomara á Concha y dijo:

—No te quejes, chico, de derecho me tocaba llevar á le interesante Concha, pero como te considero muy enamorado te hago esa concesion. Ya sabes.

—Gracias, generoso.

Los tres pollos salieron antes de que se acabara la comedia, montaron en un coche y partieron para el café de Fulcheri.

Pio Blanco pidió sopa de ostiones para los tres.

—¿Sopa? dijo Concha haciendo un gesto graciosísimo.

—Sopa, Concha, sopa de ostiones.

—¿A estas horas?

—¡Oh! ese es el chic, los ostiones son nuestra comida favorita, ¿no es verdad, Arturo? Ya sabes.

Puso el criado la sopera y Pio Blanco hizo platos.

Concha observó para sí, que aquello no tenía cara de sopa; por lo menos no se parecía á la de tortilla, ni á la de fideos; tomó algunas gotas en la punta de la cuchara y la probó: la encontró detestable.

—De tomar sopa, pensó Concha, preferiría yo de tallarin como la que hace mi mamá.

Arturo estaba en un brete; hacia señas á Concha con los piés, para que no se dejara ver la hilaza, para que no hablara; pero no pudo evitar que Pio Blanco con esa tenacidad peculiar del pollo, especialmente cuando el pollo come y bebe, no pudo evitar, decimos, que Pio exclamara:

—¡Cómo! encantadora Concha, ¿no le gustan á V. los ostiones? los ostiones son la comida favorita de los hijos del placer, de los hombres de gusto, de la gente que comprende los deleites gastronómicos; el mundo elegante los reputa desde la mas remota antigüedad, como el platillo de los enamorados.

Concha abría los ojos, teniendo la cuchara suspendida entre el plato y la boca, estaba lela; despues bajó la cara y procuró analizar la forma de los ostiones.

—¿Busca V. la forma? eso es cuestion de forma, como dicen en el congreso; busque V. la sustancia, Concha, la sustancia, y ya verá V.—Chico, dijo en seguida dirigiéndose á Arturo, si quieres ser feliz, es preciso que alimentes á esta hechicera beldad con los productos culinarios mas en analogia con las costumbres modernas.

—Ya aprenderá, dijo Arturo turbado.

—A la salud de V., Concha, por esos ojos.....

Pio tocó su vaso con el de Concha, quien se estremeció con el contacto inesperado y estuvo á punto de soltar el vaso.

Pio apuró el suyo de un sorbo y Concha apenas tocó el suyo con los labios.

El dios Baco tiene sacados muy curiosos apuntes sobre la embriaguez, en todos los tiempos, y hasta ha llegado á confundirse en materia de apreciaciones. El tal dios de las viñas, hace formales mohinas cuando en una cena íntima ó en un banquete, se encuentran beldades de paladar refractario al consagrado néctar.

Las personas no acostumbradas al vino lo aceptan como una verdadera pocion venenosa; apenas lo catan y les parece mucho un trago: el verdadero chic consiste en beber con naturalidad. A este chic debe la industria moderna la enormidad de su estadística alcohólica.

—Beba V., Concha.

—Se me sube.

—El buen vino no se sube.

Arturo y Pio bebían como contra maestres.

La conversación subía de punto; Pio se volvía impío y Arturo no veía claro. Delante de una mesa cubierta con suculentas viandas y esquisitos vinos, el hombre espiritualiza el placer animal, y las fuerzas digestivas dejan, en los primeros momentos, ejercer todo su poder á las fuerzas intelectuales.

El gusto, la vista y el olfato se regodean en el refinamiento culinario; y sabores y aromas, estimulan el sensualismo del gastrónomo: el hombre reina, se siente bien, se alegra de verse bueno; este placer múltiple pone al pollo insoportable, al grado de privarnos del placer de escribir en seguida el diálogo de la cena, que para nosotros tiene todo el sabor del pollo en auge; presentaría una de las faces mas encantadoras de este bípedo, nos facilitaría la autopsia, nos ahorraría letras. Con positivo sentimiento renunciamos á describir con todos sus detalles, aquella cena á tres, cena del café inglés de Paris, casi pompeyana; pero preferimos respetar á nuestros lectores doblando la hoja para pasar al capítulo siguiente.

CAPITULO XIV.

EN EL QUE LA PRECOCIDAD DE LOS POLLOS DETERMINA UNA CATASTROFE.

SENTEMONOS en una de las elegantes bancas de fierro del jardín de la plaza mayor de Mexico.

La noche es hermosísima, y en el reloj de la Catedral acaban de sonar las doce y media: del portal de las Flores se retira el último figon improvisado sobre una mesa, y todavía en los dos extremos del portal de Mercaderes permanecen soñolientos y silenciosos dos dulceros, iluminados por la fuerte luz de un quinqué de petróleo.

La luna está en el zenit, el cielo es azul y ni una ráfaga de viento agita las dormidas plantas del jardín, en el

—Se me sube.

—El buen vino no se sube.

Arturo y Pio bebían como contra maestres.

La conversación subía de punto; Pio se volvía impío y Arturo no veía claro. Delante de una mesa cubierta con suculentas viandas y esquisitos vinos, el hombre espiritualiza el placer animal, y las fuerzas digestivas dejan, en los primeros momentos, ejercer todo su poder á las fuerzas intelectuales.

El gusto, la vista y el olfato se regodean en el refinamiento culinario; y sabores y aromas, estimulan el sensualismo del gastrónomo: el hombre reina, se siente bien, se alegra de verse bueno; este placer múltiple pone al pollo insoportable, al grado de privarnos del placer de escribir en seguida el diálogo de la cena, que para nosotros tiene todo el sabor del pollo en auge; presentaría una de las facetas más encantadoras de este bípedo, nos facilitaría la autopsia, nos ahorraría letras. Con positivo sentimiento renunciamos á describir con todos sus detalles, aquella cena á tres, cena del café inglés de París, casi pompeyana; pero preferimos respetar á nuestros lectores doblando la hoja para pasar al capítulo siguiente.

CAPITULO XIV.

EN EL QUE LA PRECOCIDAD DE LOS POLLOS DETERMINA UNA CATASTROFE.

SENTEMONOS en una de las elegantes bancas de fierro del jardín de la plaza mayor de Mexico.

La noche es hermosísima, y en el reloj de la Catedral acaban de sonar las doce y media: del portal de las Flores se retira el último figon improvisado sobre una mesa, y todavía en los dos extremos del portal de Mercaderes permanecen soñolientos y silenciosos dos dulceros, iluminados por la fuerte luz de un quinqué de petróleo.

La luna está en el zenit, el cielo es azul y ni una ráfaga de viento agita las dormidas plantas del jardín, en el

que, no obstante, se perciben los aromas de los floripondios, de la miñoneta y de los heliotropos.

Frente á Catedral están sentados en una banca, una dama y un caballero. La dama está envuelta en un manto gris, el caballero tiene un paltó oscuro, y una bufanda le oculta la mayor parte del rostro.

Eran Concha y Arturo.

En el rumbo opuesto, quiere decir, frente al Palacio Municipal, hay cuatro pollos que ocupan otra banca de fierro. Estos pollos son Pedrito, Pio Blanco, Pio Prieto, y un desconocido.

—Es deliciosa, chico, es deliciosa, decía Pio Blanco. Anoche cené con ella; es un poco inculta.

—¿Es posible? dijo Pio Prieto, que ignoraba lo que habia pasado entre Concha y Arturo hacia algunos días; cuéntanos eso.

—A ver, dijo Pedrito, muy lejos de creer que se trataba de su hermana.

—Nuestro hombre estaba en los segundos con la chica, nos picó la cresta á todos los de la carpanta, y nos propusimos averiguar quién era la azul.

—¿La azul? preguntó el pollo desconocido.

—Iba vestida de azul, repuso Pio Blanco, y continuó: nadie la conocia; pero Paco el acomodador nos dió informes y ya con ellos, cataplum, me lancé al palco y saludé, provisto de un alcatraz de dulces; lo ofrezco, ella lo acepta, los convidó á cenar, bebemos mucho Campagne, y después algunos ponches calientes.... la cosa es hecha.

Ya en el Campagne, un piececito de la niña me per-

tenecia; porque han de estar ustedes, que yo acostumbro empezar los telégrafos con los piés: es mi táctica.

—Yo soy lo mismo, dijo Pio Prieto.

—En primer lugar, acerqué mi pié como casualmente, y cuando mi hombre se descuidaba, dirijia yo miradas tiernas á la sirena.

—Miradas melodramáticas, agregó el pollo desconocido.

—Exactamente. Yo creo tener cierta atraccion magnética en la mirada.

—¡Presumido! exclamó Pedrito.

—No, chico, eso no es presuncion: yo conquisto con los ojos y luego con los piés; con la vista, exploro, y con los piés corroboro: así es que á los ponches ya el piececito de la divina estaba colocado negligentemente sobre el chagrin de mi botín; ¡delicioso!

—¿Y luego? preguntó Pio Prieto.

—Hoy la he llevado una preciosa caja de dulces y un album.

—¿Y qué? preguntó Pedrito.

—El negocio es hecho, la ocasion es la que falta, la conquista es espléndida.

—Te felicito, chico, dijo Pio Prieto.

—Vale la pena de cenar en Fulcheri, dijo el pollo desconocido.

—Aprobado, dijo Pedrito.

—Pio Blanco paga, dijo Pio Prieto.

—No me arredro; en marcha.

--A Fulcheri, á Fulcheri; repitieron los pollos y se pusieron en movimiento.

Las cenas de Fulcheri son generalmente cenas de calaverones, de pollos y de amantes desvelados: rara vez estas cenas son entre gentes de severas costumbres, porque son á media noche y mas succulentas de lo que conviene á estómagos enfermizos y metódicos.

Los cuatro pollos sorbieron con delicia el caliente consommé, tomaron jamon de Westfalia, pavo, pasteles, Champagne y ponches de Kirch-waser.

Todos brindaron á la salud de la azul, y Pio Blanco, en el colmo del agradecimiento, les ofreció otra cena en compañía de la bella conquistada.

Esta palmaria prueba de confianza, hizo estallar el entusiasmo y los pollos prorumpieron en vivas á Pio Blanco.

—Lástima es, dijo Pedrito, que esa cena sea para dentro de seis meses.

—¡Seis meses! exclamó Pio Blanco.

—Lo menos, dijo Pedrito.

—Dentro de ocho dias.

—Que se tome nota, dijo el pollo desconocido.

—Que lo apunte el mas viejo de nosotros, dijo Pedrito, ¿cuántos años tienes, Blanco?

—Diez y siete.

—¿Y tú, Prieto?

—Diez y siete.

—¿Y tú, Pepe?

El pollo desconocido dijo:—diez y ocho.

—Tú lo apuntas.

—Corrientes, dijo Pepe, el dia 15 será la cena.

—¡No será ese dial dijo Arturo, presentándose de una manera dramática en el gabinete.....

Los pollos enmudecieron.

Pio Blanco se puso blanco, Pio Prieto rojo, Pedrito verde y Pepe amarillo.

En medio de aquella caja de colores estaba la llama azul del ponche.

Arturo se acercó á Pedrito, y le dijo al oído:

—Llévate á Concha á casa y allí me esperas.

Pedrito obedeció en silencio y fué á tomar á su hermana, que efectivamente estaba en la sala inmediata al gabinete azul, pues mientras los pollos proyectaban cenar, Concha y Arturo con la misma inspiracion habian entrado á Fulcheri.

Arturo se dirijió á Pio Blanco y le dijo con acento de primer galan:

—Salga usted, caballero.

Pio Blanco se puso su sombrero.

—Me permitirás que pague la cena, porque supongo que no me obligarás á aparecer droguero con Fulcheri.

—¡Mozol gritó en seguida, ¿cuánto se debe?

—Una onza, dijo el criado.

Pio Blanco tiró sobre la mesa una onza de oro y una peseta para el criado.

—Estoy á tu órden, Arturo.

Los cuatro pollos salieron de Fulcheri.

Pedrito y Concha pasaron la noche en vela esperando á Arturo.

A las siete de la mañana salió Pedrito en busca de noticias.

Arturo no había dormido en su casa ni en hotel alguno, ¿en dónde estaría?

Pedrito empezó á sospechar que el lance debía haber sido bastante sério.

Buscó á Pio Blanco y despues á Pio Prieto, y por último á Pepe.

Todos los pollos se habían perdido.

Pedrito por lo tanto no sabia qué partido tomar, y regresó á participar á Concha aquella estraña desaparicion.

—¡Se habrán batido! dijo esta sobresaltada.

—¿Quiénes?

—Cómo quienes! Arturo y Pio Blanco.

—¿Luego tienes motivos para sospechar que Arturo esté celoso de Pio?

Concha no supo contestar.

—¡Responde!

—Pues bien, sí: Pio me enamoraba.

Pedrito finjió ponerse furioso.

—No estamos para sermones, dijo Concha resueltamente, busquemos á Arturo.

—Y á Pio Blanco.

—No me provoques.

—Tú le juegas una mala pasada á Arturo, y ya sabes cuánto le debemos.

—Ya me lo has dicho veinte veces.

—Y te lo diré cien mil. Llevas muy malas trazas, vas á acabar mal.

—¿Y tú?

—¿Yo? soy hombre y trabajaré, pero tú?

—¿Qué oficio tienes?

—Eso es cosa de mi capote.

—De mi capote, repitió Concha ahuecando la voz.

—¡Estúpida!

—Tengamos la fiesta en paz y vuelve por ahora á buscar á Arturo.

—¿En dónde quieres que le busque? No está en su casa, no está en ninguna parte.

—En alguna parte ha de estar.

—Estará en la cárcel.

—Puede ser.

—¿Qué dices?

—Que nada extraño seria que estuviese en la cárcel.

—¿Sabes que dices bien?

—¡Pues ya lo creo! Vé á la Diputacion.

Con este nombre distinguen algunos el palacio municipal de México.

Pedrito salió de nuevo en busca de Arturo. A pocos pasos de la casa de Concha, Pedrito encontró á un pollo.

—Chico, le dijo este, no vayas á la oficina.

—¿Por qué?

—Porque ya es inútil que te molestes.

—¡Cómo!

—El gefe te ha destituido.

—Te chancas.

—Ayer se ha puesto la órden.

—¿Y por qué motivo?

—Por inútil y por moroso en el cumplimiento de tus deberes.

—¡Pero eso es cierto!

—Palabra de honor.

—Ya me lo esperaba, el gefe no me puede ver, y es porque sabe que mi padre anda en la revolución; pero no importa, todas estas son intrigas de mis enemigos, ya sé de dónde viene el golpe; pero te juro que le he de romper los anteojos al tal gefe, ¡ignoranton! que ha ascendido por favoritismo.

—¡Hombre, Pedrito!

—Seguro, eso es por su muger. ¡Echarme como si fuera yo un criadol ¡ya se vé! ¡si no se puede ser empleado! pero deja que triunfe la revolución, chico, y verás adónde se va el gefe hipócrita, santurron: no me pesa. Con que no debo ir ¿eh?

—Creo que no debes presentarte á recibir el desaire.

—Iré, y mucho que sí, para decirle á ese viejo cuántas son cinco.

—Haz lo que quieras: te dejo porque van á dar las nueve. Adios.

—Adios.

Y Pedrito se quedó estático: despues se rascó la cabeza, se echó hácia atrás el sombrero hasta descubrir el pelo de la frente, se colocó las manos en los bolsillos y comenzó á andar, silbando quedito. De vez en cuando interrumpia su aria con una blasfemia que murmuraba por lo bajo, pero que no siempre pasaba desapercibida para los transeuntes, que se reian del pollo desvelado y maldiciente.

En cuanto á Concha, ataviada aún con el traje del paseo nocturno, habia cambiado solamente el manto gris por un rebozo azul.

El rebozo es el mas íntimo confidente de la muger en México. Las costumbres francesas se han estrellado generalmente ante el uso de este adminículo indispensable, ante esta acentuacion de la nacionalidad, ante ese chal de estraña flexibilidad y característico de México.

La muger y el rebozo son el único matrimonio completamente feliz: sobre los hombros de la propietaria se adapta á un millon de *partidos de paños*, como dicen los pintores.

Quando el rebozo está sobre los hombros y despues del emboce vuelven á subir las dos puntas sobre el hombro izquierdo, la muger está ocupada; entónces el rebozo quiere decir tráfago, haciendas, ocupaciones domésticas, preparativos.

Quando el rebozo en los hombros está cruzándose sobre el hombro y cae mas abajo de la cintura, es señal de que el talle de la propietaria está invisible, los broches

están divorciados, y la pureza de las líneas está en bosquejo.

Pero cuando este lienzo elocuente está cubriendo la cabeza hay que temer cosas graves, y es una infalible señal de alarma: en primer lugar, el tocador está en inútil espera, los postizos están en dispersion, y la propietaria está confiando á su rebozo males físicos ó morales, la propietaria está triste, tiene jaqueca, ha recibido malas nuevas, y la diosa de la moda y los geniecitos del tocador están bostezando y muriéndose de fastidio porque la hada del gabinete de los secretos está transijiendo con la prosa vil de la vida.

Ultimamente, cuando el rebozo cubre parte de la frente, la boca y parte de la nariz, el drama es inconcuso, la propietaria ha tocado el sumum del malestar, de la displicencia, del frio, de la pereza, del dolor y de todo lo sombrío y siniestro.

El rebozo de Concha no le dejaba descubiertos mas que los ojos.

Aquellos ojitos estaban inyectados y se clavaban en el suelo como leyendo en las flores de la alfombra una porcion de cosas tristes. Concha comenzaba á ser infeliz, y estaba abriendo ese libro de negras páginas, y del que cada capítulo va conduciendo al alma á un índice horripilante.

Hay una nube sombría en el porvenir que de repente se interpone entre nosotros y el sol de nuestras dichas pasajeras, y las intuiciones de lo incierto, de lo descono-

cido, de lo pavoroso, nos hacen estremecer, como á la vista de un precipicio palpable.

El libro de nuestra vida repite, como las grandes composiciones musicales, los temas, los motivos y las ideas de la introduccion.

Labradores de este campo que se llama la vida, recojemos indispensablemente los frutos de nuestra siembra de ayer, la tierra nos devuelve con usura lo que le confiamos, para tener derecho á que le devolvamos lo que nos confió: nuestro cuerpo.

Concha empezaba á recojer.

Todos para recojer miramos al suelo, donde pusimos los piés; allí está la huella, no lo podemos negar.

Hay frutos amargos.

Al verlos los regamos ya tarde con una lágrima. Al recojer los frutos buenos, levantamos la frente al cielo.

.....
Concha no levantaba la frente.

¡Pobre Conchal

Su meditacion fué interrumpida por la voz de una criada. Esta criada era Soledad, que hacia notable contraste con el lujo de la pequeña habitacion: estaba andrajosa y sucia, tenia como veinte años, una fisonomía bronceada trazada con esas líneas elocuentes, que dibujan la disipacion y la mala vida: sus cabellos estaban ordinariamente erizados, y el poema de aquella existencia misteriosa, estaba representado en dos circunstancias, á saber: en el desaseo y la incuria de la criada, y en sus piés.

Esta criada calzaba unos magníficos botines de seda solferinos esquisitamente adornados.

Soledad había visto realizado su ensueño.

En cuanto á Madama Luisa, se había despedido desde el día en que Arturo minoró las propinas.

Soledad entró, vió á Concha cabizbaja y se sentó en la alfombra enfrente de su ama.

—¿Qué? murmuró apenas Concha.

—La comida.

—No como.

—No es eso.

—¿Pues qué?

—Que no hay comida.

—Mejor.

—¿Cómo mejor, y yo?

—Es verdad, dijo Concha tomando unas llaves que alargó á la criada.

Esta se levantó y fué á abrir un ropero, cuya puerta era un espejo.

La horrible cara de la criada se reprodujo allí como en un gran marco elegante la figura maestra de una pordiosera; parecia una de esas magníficas pinturas que representan un miserable.

La criada se vió de cuerpo entero, y en vez de verse la cara se vió los piés.

Todos estos detalles pasaron desapercibidos para Concha.

—No hay nada, dijo la criada.

Concha le fijó la mirada.

—¿Cómo no hay nada? habrá plata.

—Nada, volvió á decir la criada haciendo girar el espejo; vea usted.

Concha se levantó y lo registró todo, y despues se quedó pensativa.

—Lleva esto, dijo al fin, y tiró á la criada un vestido de gró negro.

La criada hizo un lio en una toalla y salió de la habitacion.

Hay algunos millones de pesos en circulacion en el país, debido á que algunos miles de usureros se han colocado enfrente de la miseria y de las malas costumbres.

La miseria, no obstante, no es la principal proveedora de las casas de empeño.

Un poco de órden y el infame comercio languidecería; un poco de método y de amor al trabajo, y la circulacion de la usura dejará de ser la voráGINE de las clases menesterosas.

La pereza está al lado de las necesidades, para proporcionar el recurso fácil del empeño al que tiene, por dicha de los usureros, la torpeza de olvidar la aritmética en estos tiempos.

El Monte de Piedad está legítimamente instituido bajo el manto de la beneficencia pública. Tal fué la mente del Sr. D. Pedro Romero de Terreros, cuando el año de

1775 cedió trescientos mil pesos para la fundación de ese establecimiento en México.

Efectivamente, ese ogro que se llama la miseria pública, se arrastró hurraño pero consolado, hasta las puertas del suntuoso edificio; y por medio de una operación piadoso-mercantil, vió convertirse un trapo, inútil por el pronto, en un pedazo de pan.

El hambre logró ver el algodón, la lana, le seda y los metales color de pan: ilusión risueña!

Pero la pereza que también trabaja para mantenerse, la holgazanería y todos sus hijitos los vicios, á la sombra del gran pensamiento filantrópico se disfrazaron de miseria, y también se arrastraron hasta las puertas del Sacro y Nacional Monte de piedad de ánimas.

Pero volvamos á Concha, que de nada de esto tiene la culpa, pues no ha tenido mas parte en lo que pasa, que haber nacido bonita y pobre: desgracia bien comun y bien fecunda en resultados.

Concha presentia el derrumbamiento.

Todas las posiciones falsas tienen delante el precipicio. Las loretas de París suelen caer desde el palacio hasta el hospital.

Cuando á Concha se le acabara el oro no le quedaba mas que la belleza, que es el capital que rinde mas fúnestos réditos.

Concha, despues de una larga meditacion, se consoló viéndose en la luna de su ropero.

Hé aquí una de las ironías de la vida.

La explotación del capital mas inmueble que se conoce: este era el porvenir de Concha, y no obstante, Concha no se espantaba: lo que tenia delante de sus ojos no era el abismo de la prostitucion con todos sus horrores, porque para ver ese abismo, se necesita tener educada la vista en la moral y en los buenos principios; la pobre de Doña Lola nada supo en su vida de toda esa gerigonza.

Ella decia que era buena cristiana y lo decia sinceramente: en efecto, oia misa y rezaba, y si no le habia enseñado mas á Concha era porque ella misma lo ignoraba.

Concha abandonada por Arturo, no seria, en todo caso, mas desgraciada que Doña Lola abandonada por Don Jacobo, *lanzadó á la revolucion.*

¿A quién apelaria Concha? A nadie, á ella misma.



CAPITULO XV.

EL LECTOR ENCUENTRA A LOS POLLOS
Y SE ENTERA DE LO QUE LES SUCEDIÓ DESPUES DE
LA CENA EN FULCHERI.

CUANDO los pollos salieron del café, buscaron campo y se fueron al jardín del zócalo.

Arturo tomó la palabra y poniendo gruesa la voz, dijo de este modo:

—Pio, es necesario que nos matemos.

—Nos mataremos, contestó Pio Blanco.

—Pero señores, exclamó Pio Prieto, veremos si el asunto puede arreglarse de otro modo.

—Solo con la muerte de uno de los dos, insistió Arturo.

—Supuesto que por una..... chiquilla, quiere Arturo batirse, yo le daré gusto, pero la chica no vale la pena.

—¡Miserable! exclamó Arturo tomando una actitud de tenor *sfogatto*.

Pepe y Pio Prieto se interpusieron.

Pio Blanco tenia calma, tal vez por la conviccion de su falta, pero no se retractaba.

En seguida Arturo prorumpió en asquerosos denuestos, en insultos soeces, en palabras inmundas y queria comerse á Pio Blanco. Le escupió á la cara.

Pepe contenia á Arturo.

Pio Prieto procuraba inducir á Pio Blanco á que arreglara el asunto, ofreciendo no volver á ver á Concha; pero Pio Blanco no transijia y Arturo estaba cada vez mas furioso.

Aquel altercado en la mitad de la noche, llamó la atencion de los guardas, quienes á paso acelerado se dirigian ya hácia los pollos; pero estos para quienes un guarda-faroles era un gavilan, se escurrieron bonitamente tomando en silencio la direccion de las calles de Plateros.

Media hora despues, los cuatro pollos estaban en la colonia de los Arquitectos.

Arturo como á cincuenta pasos de Pio Prieto y de Pepe, que arreglaban, como padrinos, las condiciones del duelo, y Pio Blanco estaba á otros cincuenta pasos distante, en direccion opuesta.

Despues de una larga conferencia, Pepe se volvió á donde estaba Arturo y Pio Prieto á donde estaba Pio Blanco, y en seguida volvieron á reunirse; esto se repitió varias veces hasta que quedó definitivamente arregla-



EL desafío.

do que por ser de noche y aun cuando la luna alumbraba espléndidamente, se colocarían los contendientes á veinte pasos de distancia y á una señal avanzarían y dispararían á voluntad con el revólver.

Pepe y Pio Prieto colocaron á Arturo, y avanzando despues veinte pasos, señalaron el lugar para que se colocara Pio Blanco.

Despues Pio Prieto y Pepe se apartaron á un lado y sonó una palmada.

Ninguno de los contendientes se movió: sonó otra palmada.

Arturo avanzó de prisa y Pio Blanco apuntó; Arturo iba á pararse para disparar cuando se oyó el tiro de Pio Blanco y Arturo cayó disparando su pistola.

Pio Blanco permaneció en guardia.

Pio Prieto y Pepe se acercaron corriendo á Arturo, lo tocaron..... ¡tenia atravesado el pecho!..... Pepe al levantarlo sintió la sangre en la espalda.

—Me muero, murmuró Arturo con voz débil.

—Qué hacemos? dijo muy aflijido Pio Prieto.

—¿Está muerto? preguntó Pio Blanco acercándose.

—Morirá pronto, le contestó Pepe.

—Fué una calaverada haber hecho las cosas de este modo, dijo Pio Prieto; pero aquí tengo amigos, tocaremos allí, añadió señalando una puerta al fin de una tápia.

—Pero haremos un escándalo, objetó Pepe.

—No importa, Arturo se muere.

Pio Blanco fué á tocar. Por fortuna contestaron pronto.

—¿Quién?

—Soy yo, Victoriano, dijo Pio Prieto; abre que importa.

—¿Es V. el niño Pio?

—Sí, yo soy, abre.

Pepe y Pio Prieto venían cargando á Arturo. Victoriano era el cuidador de una de las casas de campo de la colonia.

Se instaló al herido en la pobre cama, caliente aun, de Victoriano, y Pepe salió en busca de un médico: entre tanto Pio Prieto y Pio Blanco aflojaron los vestidos á Arturo, que habia caído ya en la pestracion de la muerte.

Victoriano propuso á los pollos que vendaria al herido y así lo hizo, rompiendo una sábana. Victoriano habia sido soldado de la ambulancia, de manera que la venda aunque inútil estaba al ménos bien puesta. En seguida puso lienzos mojados sobre las dos heridas que no cesaban de sangrar.

Hora y media despues se oyó el ruido de un coche; venían en él Pepe y un médico.

Arturo no habia vuelto á hablar: su cuerpo solo producía un sonido estertoroso y lento.

El médico movió la cabeza, tocó el pulso, se volvió hácia los pollos, que estaban descoloridos, é hizo una señal desconsoladora. Pocos momentos despues espiró Arturo, á la sazón que en el horizonte se destacaba una zona sonrosada y por todos los ámbitos de la ciudad cantaban los gallos.

El médico se despidió y Pepe y los dos Pios se quedaron viéndose por largo tiempo sin proferir una sola palabra. Los pollos estaban apurados.

En su carácter de tempraneros los pollos habian cumplido su mision, ya habian entrado en singular combate; pero aquel muerto hablaba elocuentemente con su silencio.

Un muerto siempre es una cosa muy seria, aun entre los pollos.

Arturo, el espigado, el simpático, el elegante, yacia exánime.

¿Qué harían con aquel cadáver? ¿quien se encargaría de llevar la fatal noticia á la familia del muerto? ¿qué partido tomaría el asesino?

Véamos de qué manera resolvían los pollos estas importantes cuestiones.

Desde que Dumas inundó la América española de novelas, sembró con buen éxito algunas frases que recogieron los pollos.

Esta es una de ellas:—*¿Y bien?*

Era preciso que despues de la perplejidad, un pollo rompiera el silencio de este modo, así es que Pio Prieto exclamó:

—¿Y bien?

Pio Blanco contestó:

—¡Ps!

Y Pepe se encogió de hombros.

—Sí: respondió Pio Blanco.

Los pollos estaban lacónicos: su verbosidad se plegaba ante el cadáver.

El pollo de buena ley, el pollo de estos tiempos que corren, el pollo que mata y se suicida, y enamora y seduce y se embriaga, tiene todavía su fibra patética delante de los muertos.

Parece que no hay cadáver que no tenga el dedo en la boca diciendo: ¡silencio!

Los pollos estaban hablando quedo, como si temiesen que los oyera Arturo.

No hay quien no respete la soñada sensibilidad del tímpano auditivo de un muerto.

Vivid, sentid, y el mundo sin consideracion os atronará los oídos aun cuando os lastime; pero tan luego como esteis en la imposibilidad de oír, guardarán silencio los que os rodean, os cuidarán de las moscas, y no moverán vuestro cuerpo yerto sino con esquisito cuidado: ya no hablarán mal de vos como si temieran que abriérais un ojo, que es la ehanza mas pesada de un muerto.

Los pollos hacían todo esto, chupando cigarros. El cigarro es la mamadera de las grandes situaciones.

El hombre como siente y como piensa, fuma. Se afije, se mortifica, se avergüenza, y fuma.

No sabe que hacer, y fuma.

Tiene mucho qué hacer, y fuma.

Mira á un muerto, y fuma.

El cigarro es un problema sin solucion.

El hombre para quien han sido, son y serán humo mu-

chas cosas, se familiariza con el humo. A la pobre inteligencia humana le queda mucho que averiguar, tiene delante siempre lo indefinido, lo abstracto, lo desconocido, y pasa por el mundo dejando sin solucion la mayor parte de lo que vé.

Por eso fuma el hombre: tal vez esa nubecilla que tanto se empeña en hacer permanente delante de sus ojos, es la significacion de todo lo que ignora.

Los pollos fumaban con teson, y como dicen los fumadores, *coleaban*: lo cual quiere decir en el tecnicismo de este gran negocio de la humanidad, encender un nuevo cigarro en el cabo del anterior.

Pero humo no era lo que allí se necesitaba; y los pollos entretanto no tomaban ningun partido.

Dejando al muerto, salieron de la habitacion á buscar en el fresco ambiente de la mañana, la anhelada inspiracion.

—Decididamente, exclamó Pio Prieto con aire magistral, Pepe irá á llevar la noticia.

—¿Yo? dijo Pepe.

—Sí: entretanto yo me quedo aquí y Pio Blanco se esconde.

—¡Escondermel dijo Pio Blanco con una entonacion propia de D. Sancho el Bravo.

—Sí, esconderte, insistió Pio Prieto: has matado un hombre.

—Pero en buena lid, como caballeros.

—Lo cual no impediré que te aprehendan, porque las leyes no entienden de buenas lides.

—Pues no me escondo: en tal caso me denunciaré á la justicia y sufriré las consecuencias.

—No seas tonto, ocúltate mientras arreglamos las cosas y despues veremos.

—No señor, mi partido está tomado. Abur, caballeros, dijo Pio Blanco calándose el sombrero hasta las cejas.

—Oyel oyel le gritaron Pepe y Pio Prieto.

Pio Blanco desapareció.

Pio Prieto y Pepe se descartaron por lo pronto de una dificultad: quedaba en pié la del muerto.

Pepe por fin fué el encargado de dar la noticia.

Pio Prieto se quedó cuidando el cadáver. Este es un cumplimiento á que todos los muertos son acreedores, y es tan estricto el ceremonial en este punto, que hay ricos que pagan veladores que hagan durante una noche los honores al muerto.

Esta antesala postrera es indispensable.

Pio Prieto cumplia por su parte, justo es decirlo, con toda la hombría de bien y con toda la circunspeccion que el caso requería.

Delante del muerto fué cuando aquel pollo comenzó á horrorizarse, al grado de proponerse sériamente no hacer el amor sino á pollas libres.

Pio Blanco estaba á eso de las ocho de la mañana bajo el portal del palacio municipal. Acababa de preguntar á un policía por el señor juez en turno.

—No ha venido, le habian contestado, y Pio Blanco se puso en atalaya. Poco despues de las ocho llegó el juez, que lo era el señor Lic. D. Manuel Flores Alatorre: el pollo lo siguió de cerca, subió los dos tramos de la escalera y despues el tercer tramo, que conduce al vestibulo de la alcaldía y del juzgado.

El escribano de actuaciones, dos escribientes y dos querellantes, estaban esperando al señor juez, quien despues de saludar se encaramó en su plataforma y tomó asiento delante de su mesa de despacho.

Pio Blanco habia quedado de pié á la puerta, sin que nadie se apercibiera de él, hasta que subiendo á su vez á la plataforma dijo al juez:

—Señor juez en turno, tengo un asunto reservado y de la mayor importancia.

—En ese caso, dijo el juez, sírvase usted pasar á este gabinete. Y condujo á Pio Blanco al gabinete contiguo.

Cuando el juez hubo cerrado la puerta, Pio Blanco habló de esta manera:

—Señor juez, anoche he tenido un lance de honor y he muerto á mi adversario.

Esta introduccion requería una exclamacion, ó cuando menos un movimiento de parte de una persona que no fuera un juez de lo criminal, de manera que la imperturbable fisonomía del juez apenas se contrajo.

—¿Y quién era el contrario? dijo el juez.

—Mi amigo Arturo L*** ha muerto, señor juez, él lo quiso, él provocó el lance, pero yo que soy un caballero

y que respeto la ley, vengo á presentarme para que se me castigue.

Pio Blanco esperó que el juez hablara, seguro de oír un panéjrico elocuente acerca de aquella conducta que al pollo le parecia heróica, casi novelesca.

Pero el juez manifestó la misma indiferencia y despues de haber escuchado con mucha atencion, mandó extender en forma las primeras diligencias, y dos horas despues, Pio Blanco se encontraba formalmente preso.

A las diez de la mañana comenzó á circular por todas partes la fatal noticia; la familia de Arturo estaba inconsolable, y como el pollo muerto pertenecia á una clase elevada de la sociedad, el ruido fué mayor y mayores las demostraciones y el movimiento en los altos círculos.

Entraron en escena media docena de pollas encopetadas, como acreedoras á pasados guiños y galanterías. Quién de ellas recordaba cierta danza, aquella una declaracion amorosa, la otra un *bouquet*, (entre pollas sería muy prosaico decir ramillete). Finalmente, las pollas cumplan con el deber de los honores póstumos, y sin disputa aquellos fueron los momentos en que el pobre Arturo gozó de mejor reputacion en toda su vida.

Un periódico dió al dia siguiente la noticia, y la reprodujeron los demas, algunos con tal ó cual moraleja: en la tarde se verificó el entierro en el panteon de San Fernando, pues en concepto de toda la familia, hubiera sido una verdadera calamidad que el cuerpo se hubiera sepul-

tado en Santa Paula, panteon desprestigiado y poco elegante.

La causa siguió sus trámites y Pio Blanco pasó á la cárcel de Belen.

Pio Blanco convertido en héroe de ca'abozo, acabó de perder en el encierro el aire de encogimiento y de debilidad, propio de su edad, y se convirtió en un hombre avezado á las penalidades. Como se trataba de un pollo fino se ablandó el alcaide, y el separo de Pio era invadido frecuentemente por una bandada de pollos que formaban corro, improvisaban almuerzos y llevaban dulces, pasteles, puros y botellas de cognac al preso.

Este era visto por sus compañeritos con una especie de consideracion respetuosa, que ellos mismos se prescribian; y ese sentimiento no era la consideracion, ni mucho menos el interés que inspira la desgracia, sino que ¡cosa rara! habia algo de envidia en los pollos; algunos de ellos cuando salian de visitar al preso casi deseaban encontrarse en igual posicion y ser el objeto de las miradas, de las conversaciones y de los cuidados de los amigos.

Por supuesto que no habia uno solo de aquellos pollos que no aplaudiera la conducta de Pio Blanco, porque los que la reprobaban, quiere decir, los amigos de Arturo, no visitaban al preso.

Pio Blanco llegó á convencerse de que habia hecho una gracia.

Dos pollos, los mas chicos, casi recién emplumados y condiscípulos de Pio Blanco, hablaban así:

—¡Canario! dijo uno con voz de monaguillo, ya Pio Blanco es todo un hombre, ha tenido un desafío.

—Se ha batido, interrumpió el otro pollo.

—Y ha matado á su adversario.

—Este duelo no acabó como yo he oido decir que acaban muchos: en la fonda.

—Ya se vé.

—Será cosa en lo de adelante de no hablar récio á Pio Blanco.

—Ya tiene fama de valiente.

—¿Y qué le harán?

—Cómo qué? nada: ya sabes que estos negocios suelen ser largos, pero siempre se sale bien.

—He oido decir que mudarán de juez.

—Será mejor.

Y los pollos entraban y salian á la prision, y Pio Blanco era sin cesar el objeto de las atenciones y los cuidados de sus amigos.

Pedrito habia sido de los primeros en visitar á Pio Blanco, pero al dia siguiente, Pedrito, Pepe y Pic Prieto estaban presos tambien.

Concha por lo tanto no tenia á donde volver los ojos.

¡Pobre Conchal

Concha habia entrado al mundo como una alimaña que se hubiese metido quebrando el vidrio de una ventana: habia roto el cristal de su pureza.

Despues de esta atrevidad la muger tiene dos caminos: todas las saben y todas las ven claro.

Concha lo sabia tambien, y tanto lo sabia que sumó.

—Pio Blanco nada tiene, pensó.

Esta frase la pronuncia la muger, haciendo una suma en la que el corazon es un guarismo.

Cuando la muger piensa así, su operacion aritmética siempre le dá un buen resultado.

Concha estuvo sola nueve dias.

Al décimo se encerró en su tocador y comenzó á vestirse sus mejores prendas.

Se puso un vestido de gró negro adornado con blondas, terciopelo y abalorios, y ajustó á su cuerpo un elegante saco de terciopelo negro, se cubrió la cabeza con un velo, tomó una sombrilla, un devocionario, un magnífico pañuelo y salió á la calle.

Concha iba á misa: era domingo.

A las once atravesaba las calles de Plateros, y caminaba despues entre dos filas de curiosos, colocados bajo los árboles del átrio de Catedral.

Produjo, como era natural, un grande efecto: cada corro refrescó las especies, las palabras "esa es" pasaron de grupo en grupo; la heroina del duelo de Arturo se exhibia al través de un velo negro, velo que daba realce á la hermosura de Concha, segun la opinion de algunos pollos.

Concha se arrodilló y oró.

Dios recibe las oraciones de los justos y de los pecadores.

CAPITULO XVI.

ENTRA EN ESCENA UN GALLO DE PELEA CON BUEN
ESPOLON Y BUENA CRESTA.

GONCHA salió de misa.

Las puertas del templo dieron paso á una multitud compacta que se extendía como la mancha del aceite, como una oleada, é invadía la calle de árboles del átrio.

Estos árboles cubrían á muchos pájaros. Reclinados en un tronco á manera de tábanos, estaban dos solterones de á cincuenta abriles, asiduos concurrentes á aquel lugar todos los domingos de diez á una: mas allá estaban cuatro pollos, despues algunos colegiales ataviados con prendas de Godard y de Salin; algunos empleados de

la nueva época acreditando en su compostura la exactitud de la quincena; algunos cronicones apoderados de una banca y rodeados de jóvenes que estaban aprendiendo á vivir en ese *carnet* de ciertas charlas que realmente son un libro abierto, pero cuyas páginas no son de lo mas edificantes.

De este grupo, que era de los mas numerosos, se desprendió bruscamente un general, hombre de mas de cuarenta años, con la barba gris y con cierto aspecto de aseo, de elegancia y aun de refinamiento. Este general era el coronel protector de Pedrito.

Con una rapidez eléctrica se difundió una sonrisa maliciosa en todo el grupo, todos volvieron la cara para ver alejarse al general.

Concha acababa de pasar.

Todo el grupo los siguió con la vista, y Concha y el general se perdieron por las calles de Plateros.

Concha habia notado que alguien la seguia, pero no volvia el rostro; varias veces se paró finjiendo contemplar esa multitud de curiosidades y objetos de lujo, que forman pequeños museos detras de un cristal en las calles de Plateros y San Francisco. A veces notaba Concha que los pasos que iban resonando detras de ella cesaban. Ya no le cabia duda, la seguian.

—Si vuelvo la cara, pensó Concha, esta accion deberá traducirla mi perseguidor de este modo: “ya sabe que la sigo” y esto cuando menos es entornar la puerta; finjiré que no le veo.



Entra en escena un GALLO DE PELEA.

La muger, como no tiene alas, está muy mal parada siempre que hay cazador en el cercado. Si la muger supiera volar ó por lo menos correr, podria decirse en amor que al mejor cazador se le vá la liebre. Pero la muger empieza por no saber que hacer cuando la persiguen.

Siempre cree acertar, y siempre yerra.

Siempre cree defenderse, y se entrega.

El general conoció que Concha disimulaba y dijo: ¡bueno! con la misma satisfaccion con que un cazador diria "no me ha visto la res."

Concha creyó que su disimulo era tan perfecto que nadie se apercibiria de que disimulaba, y creyó esto con tanta mas razon cuanto que *extrañó* los pasos.

Era que el cazador estaba sobre la pista; y habiendo dado un paso adelante procuraba quedarse atrás.

Por lo visto, el general era buen cazador.

Concha no volvió á sentir los pasos y se vió tentada de hacer una solemne contramarcha.

¿Qué deseaba en aquellos momentos Concha? ¿que la siguieran ó que la olvidaran?

Nosotros no lo sabemos, ni Concha tampoco.

He aquí la suerte de una muger pendiente de un cabello.

Concha se sintió halagada de que la siguieran, y la idea de serle indiferente á *aquel*, quien quiera que fuese, ofendia su vanidad de muger, y de muger engalanada.

Cuando la muger acaba de trazar en el tocador el renglon de la compostura, lo coloca como los impresores,

entre dos manecillas: de aquí nace que la mayor ofensa que podeis hacer á una muger compuesta es no verla.

Concha, como hemos dicho, se habia engalanado, habia comenzado por calzarse unos pequeños botines de raso negro, adornados con cuentas y encajes, se habia ataviado competentemente, no la faltaban ni el lujoso libro de misa ni el magnífico pañuelo, ni el velo, esa indecision encantadora y provocativa, esa interposicion seductora que se llama velo, y detrás del cual la muger os asecha y os hostiliza con ventaja y premeditacion.

Las mallas del punto negro, os ofrecen la hermosura como el follaje de las florestas os presenta el horizonte tornasolado de la tarde.

Vuestra ilusion entonces, aunque no seais pintor, completa las líneas que el velo deslía en un vapor formado de hilos negros.

Cuando Concha echó de menos los pasos pensó en todo esto: le parecia que sus botines estaban irreprochables porque en "El botin de los novios" saben calzar admirablemente: juzgaba ademas que aquel saco de terciopelo negro lo habia confeccionado Celina, y pensaba, en fin, que el mas exigente de los génius del gusto y de la moda la encontraria vestida con toda la elegancia y coquetaría apetecibles.

Concha cambió de repente de opinion, como si la velta de su sexo hubiera recibido el aletazo de un viento contrario, y dijo para sí:

—¡Qué sé yo que pobre diablo será el de los pasos!

vale mas no volver la cara, porque seria desgarrador encontrarme con un palurdo ó con un viejo: por otra parte, pensó entrando en una nueva serie de ideas de distinto género, ya no debo amar á nadie, Arturo ha muerto, Pio Blanco.....

Al llegar aquí Concha se ruborizó.

—Pio Blanco está preso, mi hermano tambien y seria yo una loca si pensase..... Decididamente voy á ser una muger juiciosa y Dios me ayudará.

Y como si todo esto fuera lo que Concha sentia mas vivamente, creyó tomada su última resolucion y anduvo mas de prisa.

Al cabo de un rato sintió los pasos y despues la voz de una persona que casi al pasar junto á Concha dijo:

—Adios, general.

—¿Será general? pensó Concha con la velocidad del rayo.

Un soldado inválido se acababa de parar, cuadrándose al frente y dirijiendo la vista en direccion del perseguidor de Concha.

—Sí es, pensó esta, y experimentó cierto ofuscamiento, sus ideas se confundieron, y en aquellos momentos no predominó en su ánimo resolucion ni pensamiento alguno.

El principio de toda caida es ese desvanecimiento siniestro.

Todos los malos pasos son precedidos de un sopor que parece ser el aliento de la fatalidad.

Concha entró en su casa como si acabara de sucederle

algo, y en realidad no tenia mas enemigos que su pensamiento y el ruido de unos pasos.

En la senda de lo indeterminado y de lo porvenir, la muger lleva sobre el hombre la ventaja de los presentimientos.

Concha entró en su lindo dormitorio: ya estaba aseado, habia desaparecido ese desórden del campo de batalla, los cofres habian vuelto á cerrarse, los botes de pomada habian vuelto á guardar bajo el tapon su volátil esencia, no sin haber impregnado la atmósfera del retrete, comunicándole no sabemos qué de sensual y de comfortable.

Concha antes de arrojar el velo dirigió una mirada al espejo. Así la habia visto el general, con velo; en seguida lo arrojó y se dejó caer en un magnífico confidente de brocatel azul, y así permaneció un largo rato.

El pensamiento de Concha pasaba por una de esas oscuridades indefinibles, que son una parálisis.

Ni ella misma sabia en que pensaba.

Se podia decir, propiamente, que estaba desprevenida.

El cuerpo de la criada se dibujó en la puerta.

—Buscan á usted, dijo.

Concha se estremeció, tuvo miedo, tembló y no supo que contestar.

Habia algo en la fisonomía de Concha, que la criada tradujo por una sonrisa, y desapareció.

Un momento despues, el general estaba delante de Concha.

Concha iba á pararse, pero se le doblaron las piernas.

El general saludó con suma gracia.

Concha estaba sintiendo esa impotencia parecida á la de ciertos sueños, ese embargamiento irresistible del susto, que detiene la secrecion de la saliva y que impide toda accion.

El general se sentó junto á Concha.

—Perdone usted, señorita, mi atrevimiento; pero estoy locamente enamorado de usted.

—Pero, caballero, dijo Concha con extrañeza.

—Conozco que debe usted culparme; pero lo hecho no tiene remedio.

Conozco que la posicion de usted es muy delicada, y que despues de los acontecimientos desgraciados de que todos nos lamentamos, quedaba usted expuesta á ser la burla de algun mal caballero.

Yo vengo á ofrecer á usted no solo mi corazon, sino el aseguramiento de su porvenir. Tiene usted un hermano, de cuya suerte me he encargado ya.

Hay un resorte noble y poderoso en el corazon de la muger que la hace superior á toda seduccion.

Concha sintió que se rebelaba algo en su interior, como la dignidad suprema; y la pobre hija de Doña Lola y Don Jacobo, la polla humilde se revistió de altivez de la dama, y colocada en ese pedestal á que tien derecho todas las mugeres que defienden su pudor, lanzó una mirada de sublime orgullo al general.

El general bajó los ojos porque tambien en el corazon del hombre hay, en todas las circunstancias de la vi-

da, un resorte sensible que cede ante el derecho y ante la justicia.

El gran señor, el opulento, el novelesco general, se había sentido humillado ante aquella mugercilla débil.

Hubo un momento de silencio.

El general procuraba rehacerse.

Concha estaba conociendo que había obrado bien.

Concha tenía su causa á su favor, y se sentía con fuerzas para luchar.

El general hizo lo que todos los calaveras, abandonó el terreno legal para armarse de osadía y cinismo.

—Confío, prorumpió al fin, en que los escrúpulos desaparecerán en breve.

—¡Los escrúpulos! repitió desdeñosamente Concha.

—Estoy dispuesto á todo.

—En ese caso.....

Y Concha dirigió una mirada á la puerta.

—Menos á marcharme, se apresuró á decir el general.

—¡Ah! dijo Concha con profunda ironía.

—Sea usted razonable y hablemos como buenos amigos: la amo á usted.

—¿Desde cuándo?

—Hace un siglo.

—No soy tan vieja.

—El amor no envejece.

—¿Y los militares? preguntó Concha fijando sus ojos expresivos en los cabellos del general.

—Son siempre jóvenes.

—Pero no siempre ganan.

—Peleando.....

—Aquí pierde usted, señor general.

—¿Qué?

—El tiempo.

—¡Quién sabe!

—Es usted presumido.

—El amor es tenaz.

—Como los viejos.

—Vamos, hermosa Concha, veo que he logrado volver á usted su jovialidad.

—¿Porque me rio?

—Sí.

—Es que no debo tomar por lo sério ninguna burla.

—Yo no me burlo.

—Se divierte usted, caballero, y como no me ha bastado indicar á usted que debía marcharse, me veo precisada á tolerar su visita.

—Yo procuraré que llegue á serle á usted agradable.

—Es difícil.

—Poniendo todos los medios así lo espero: por ejemplo, si le repito que es usted una muger encantadora, cuyos ojos.....

Concha miró al general.

Se había movido en Concha otro resorte.

El amor propio de la muger está siempre entre ella y su virtud.

El general vió desfilas sus avanzadas.

Acercó su silla.

Concha recojió la orla de su vestido negro.

—Conchita, dijo el general como si rectificara sus posiciones: me encantan los desdenes de usted.

Concha miró al general.

—Y sus ojos, añadió este.

Concha los cerró.

El general acercó mas su silla, y como Concha no lo vió porque tenia los ojos cerrados, no recojió la orla de su vestido negro.

—Aseguro á usted, Conchita, que vamos á pasar una tarde muy divertida.

Concha intentó levantarse.

—Es inútil, dijo el general.

—¿Inútil? preguntó Concha con extrañeza.

—Me he permitido proporcionar á la criada de usted la inocente diversion del teatro: se dá el Jorobado, y la pobre muchacha vá á estar muy contenta. El Jorobado es muy bonito.

—¿Sí?

—Es de Juan Mateos.

—Ya lo sé.

Hubo una pausa.

—Quiere decir, caballero, dijo Concha de repente, que usted ha tomado posesion de mi casa sin mi consentimiento, y ya dispone usted hasta de mis criados.

—Pido á usted mil perdones.

—¿Y me deja usted sin una persona que me sirva la mesa?

—Aquí estoy yo.

—Muchas gracias.

—Soy hombre prevenido.

—¡Pero qué es lo que oigo!

—Que me he permitido el placer de que comamos juntos.

—¡Pero caballero!

—Pido de nuevo perden; pero ya está aquí la comida.

—¡Hola! dijo en seguida en voz alta, y como en una escena de comedia aparecieron dos criados del Hotel de Iturbide con una gran charola y trastes.

—Aquí, dijo el general acercando á Concha la mesa redonda.

—Pero.....

Los criados saludaron ceremoniosamente y comenzaron á colocar los platos y los cubiertos.

Concha estuvo á punto de violentarse; pero conoció que era dar un escándalo inútilmente, se sintió humillada y le pareció que aquel hombre llevaba su audacia á un término increíble: bajó los ojos, los ocultó entre su pañuelo y se puso á llorar.

Los criados, despues de haber colocado el primer servicio, se retiraron.

—Es muy triste que se ponga usted á llorar en los momentos de tomar la sopa, dijo el general. Es necesario

que tenga usted mas calma y que se preste usted á entrar en amena conversacion.

Concha mordia su pañuelo, conteniéndose para no estallar.

—Caballero, dijo al fin levantándose, me veo precisada á decir á usted que está abusando cobardemente de mi aislamiento y de mi posicion; pero por desvalida que parezca, todavía me considero con la entereza suficiente para echar á usted en cara su proceder y para suplicarle que se retire.

—Van á notar los criados lo que aquí pasa.

—Lo deseo así.

—¡Qué dirán!

—Me ampararán si los llamo.

—Es difícil, están gratificados.

—Para servir, pero no para ser infames.

—Conchita, es inútil toda resistencia.

En último resultado, despues de comer ó somos dos buenos amigos, ó me despediré de usted para siempre.

—Es que ni por un momento consentiré en que esta escena se prolongue.

—Celebro que haya usted tomado esa resolucion, porque el cambio me será favorable.

—Ya basta, dijo Concha golpeando el suelo con su pequeño pié. Ordeno á usted que salga.

—Tengo el sentimiento de desobedecer á usted.

—¿Pretende usted acaso conquistar mi aprecio por medio de una conducta tan extraña y tan inconveniente?

—Precisamente.

—Hasta ahora no se ha hecho usted acreedor mas que á.....

—¿A qué?

—¡A mi ódio!

—Ya es un paso. Si usted se estuviera riendo, me veria tentado de plegar mis banderas; pero empieza usted por odiarme y el ódio es una de las puertas del cariño.

—No he de amar á usted nunca.

—Usted se engaña.

—Detesto á los hombres fátuos.

—Pero la fatuidad es un defecto que desaparece en la primera transaccion, y sobre todo, Conchita, todo lo que estoy haciendo es incoherente, descabellado, torpe, si se quiere, pero usted tiene la culpa.

—¡Yo!

—Usted me ha enloquecido con sus ojos, y por la primera vez en mi vida siento en mí los efectos de una verdadera pasion. Si yo perdiera la esperanza de ser amado por usted, me suicidaría.

—¡Qué horror! dijo Concha en tono de profundo sarcasmo.

—Bárlese usted de mí, pero no hará mas con esto que exacerbar mis sentimientos; desprécieme usted pero no conseguirá mas que poner á prueba mi constancia, porque lo que pasa aquí no es una burla, no es un entretenimiento, es una resolucion irrevocable, porque nace de

mi profunda convicción y de mi amor, de un amor que he sentido desde que la ví á usted por la vez primera.

—¿Dónde? preguntó Concha sin reflexionar en lo que hacia.

—En el teatro, contestó el general reanimado con la pregunta de Concha; aquella tarde iba usted vestida de azul, estaba usted encantadora, y desde entónces no he podido olvidarla, la he seguido á usted por todas partes, he rondado al pié de su balcón y me habia conformado con ver á usted de lejos y con amarla en secreto; pero cuando he sabido la desgracia de usted y he contemplado su situación, me he decidido á dar este paso, á arrostrar hasta con su cólera, pero para poderla decir que no está usted sola en el mundo, que hay un hombre que vela por usted y que la protegerá y la cuidará en todo tiempo; y si mis palabras en nada logran conmover su corazón, me conformaré con ser su protector, su padre, su escudo, aunque usted no llegue á amarme nunca: no osaré por otra parte colocarme en otra posición ni recibir de su cariño ó de su desprecio mas que lo que la voluntad de usted me otorgue libremente. Si algun dia llega usted á tener piedad de mí, lucirá ese dia para mí como la auro-ra de mi felicidad, y si jamas llego á tocar esa dicha me resignaré con mi suerte, pero tendré el consuelo de amar á usted como nadie la ha amado en el mundo.

En seguida reinó en la habitación un silencio solemne.

Concha estaba leyendo en un gran libro, dejando atrás la historia de Arturo como un prólogo inédito.

El general habia sabido dar á su voz esa entonación conmovedora de la pasión, y no en vano la oratoria cuenta mas triunfos que la verdad y la justicia.

Los actores de la comedia humana se disputan, como los pájaros, la supremacía en las inflexiones de la voz.

La elocuencia de los sonidos está elevada al rango de arte divino.

¿Qué mucho que los cómicos sociales enumeren los triunfos de sus cadencias, de sus entonaciones y de su *juego de garganta*?

Concha estaba abismada, y toda la perniciosa influencia de la vanidad y el orgullo la orillaban á una caída segura.

—Después de una larga pausa Concha exclamó:

—¡Estoy sola en el mundo!

—No, Concha, no está usted sola desde el momento en que ha sabido inspirarme una pasión que no acabará sino con mis dias.

Los criados de la fonda se presentaron de nuevo trayendo la comida.

Concha al levantar la cara encontró la mirada suplicante del general.

Uno de los criados destapó la sopera.

El general, viendo que Concha no se sentaba, hizo una seña á los criados para que se retirasen.

Cuando estuvieron solos el general continuó:

—Ruego á usted de nuevo, Concha, que acepte usted

este asiento, me someto á sus fallos, estoy pronto á obedecer. ¿Nos sentamos?

Concha se dejó caer en la silla.

—¡Gracias! dijo el general con una efusion de ternura increíble.

Los criados se acercaron para hacer platos.

Concha finja comer.

El general habia abierto una brecha: el gallo habia luchado como valiente.

CAPITULO XVII.

LOS POLLOS FRITOS.

AS primeras diligencias judiciales acerca de Pio Blanco, habian dado ya lugar á que por la secuela de la causa se viniera á resolver la importante cuestion de la pena.

Al llegar las cosas á este punto, los pollos alegres se tornaron en asustadizos: porque un *rum rum* fatídico habia resonado como el graznido del gavilan sobre la cabeza de los pollos.

Este *rum rum* era esto: la última pena.

Pio Blanco empezó á verlo todo negro delante de sus ojos.

este asiento, me someto á sus fallos, estoy pronto á obedecer. ¿Nos sentamos?

Concha se dejó caer en la silla.

—¡Gracias! dijo el general con una efusion de ternura increíble.

Los criados se acercaron para hacer platos.

Concha finja comer.

El general habia abierto una brecha: el gallo habia luchado como valiente.

CAPITULO XVII.

LOS POLLOS FRITOS.

AS primeras diligencias judiciales acerca de Pio Blanco, habian dado ya lugar á que por la secuela de la causa se viniera á resolver la importante cuestion de la pena.

Al llegar las cosas á este punto, los pollos alegres se tornaron en asustadizos: porque un *rum rum* fatídico habia resonado como el graznido del gavilan sobre la cabeza de los pollos.

Este *rum rum* era esto: la última pena.

Pio Blanco empezó á verlo todo negro delante de sus ojos.

El primer día del *rum rum*, Pio Blanco no comió pastelitos, ni bebió copas, ni estuvo decididor.

Le dolía la cabeza.

La muerte tiene irremisiblemente su lenguaje, su expresión políglota; hasta los pollos la comprenden.

Y nos proporcionan la honra de llamar á un pollo reo de muerte, *un pollo frito*, valiéndonos de una de las frases que hemos oído, (y no es cuento), en boca de los mismos pollos: «*estoy quemado, estoy tostado, estoy frito.*»

Pio Blanco, según él mismo decía, estaba frito.

La negra imágen de la muerte, cariacontecía al pollo insustancial; pensaba, por la primera vez en su vida, en algo muy serio, se figuraba ahorcado, sacado á la vergüenza, escarnecido.

En tal grado de abatimiento y desazon, lo encontró una de sus cotidianas visitas.

—¿Qué tienes, Pio? te veo triste, le dijo el pollo recién venido, que era en efecto otro barbilindo como Pio Blanco.

—Nada, contestó este.

—¿Cómo nada? estás triste.

—Es cierto.

—¿Pero qué motivo?

—Anda el *rum rum* de que me sentencian á muerte. El barbilindo entonó una carcajada en octava alta.

La carcajada del pollo tiene algo de la escala cromática. Por otra parte, es muy difícil que un pollo se ría solo. Pio Blanco rió también.

—¡Que hermosa es la edad de la risa! la risa es el pio de los pollos, y todos los pollos pían al mismo tiempo.

—¡No seas estúpido! continuó.

(El *carnet* de donde está tomada esta historia conserva el tipo original del lenguaje expresivo de los pollos, que no es para libros. Nota del autor.)

—¿No consideras, continuó el barbilindo de la escala cromática, que la horca es para los *mecos*?

(En el caló del pollo, *meco* es *pobre*. Esta es otra nota del autor.)

—Sí, replicó Pio Blanco; pero dicen que el juez es muy malo.

—Por malo que sea ¿crees que siendo yo sobrino del gobernador?..... ¡bah! ¡bah! ¡pues no faltaba más! Yo te garantizo que no te hacen nada. La levita, chico, es una garantía social; ¿á cuántas *personas decentes* has visto ahorcar?

—Eso no impide que pudiera yo ser la primera.

—No estás solo en el mundo, tienes amigos, tienes relaciones. No hay más que ver tu prisión convertida en tertulia, no hay más que oír las conversaciones de las muchachas en Bucareli, en el teatro, en todas partes, para convencerse de que entre el reo de muerte y tú hay una distancia considerable.

Por otra parte, continuó el pollo tomando ese aire solemne peculiar de este bípedo, ese aire de personaje en ciernes, con el que el pollo toma actitudes cómicas, hil-

vana frases pomposas, y sazona su conversacion con una que otra blasfemia de piloto ó de carretero.

Este pollo estaba retratable, se habia puesto á horcadas en la silla, apoyando los brazos en el respaldo, y prosiguió de esta manera:

—Por otra parte, chico. Si tú has matado á Arturo, fué en un lance de honor del que nadie está exento, y en probando que fuiste provocado y conducido por honor al sitio del combate, te salvas irremisiblemente.

—Tienes razon; y por otra parte, yo creo que no hay ninguna ley que obligue á un hombre á ser cobarde.

—Ya se vé que no la hay.

—El tuvo la culpa.

—Mira, en eso hay su mas y su menos.

—¿Por qué?

—Porque tú le enamoraste á Concha.

—Parvedad de materia, chico; él me habia enamorado antes á otra y no me quejé ni la eché de guapo: bien es que no consiguió nada.

—¿Y tú?

—Ya sabes, chico, ya me conoces.

—¡Pobre Arturo!

—Puedes creer que lo siento y te aseguro que yo no creí matarlo: el tiro de mi pistola lo disparó el diablo, porque yo no me acuerdo haber apretado.

—Lo que yo creo que sucedió fué, que tú, asustado, estiraste por un movimiento nervioso.

—Eso ha de haber sucedido. ¿Conque tú crees que no me condenarán?

—Estoy seguro. Ya sabes que cierta persona muy amiga nuestra está en el negocio, y sobre todo, ¿sabes á quien vas á deber tu salvacion?

—¿A quién?

—A Andrea.

—¿Es posible?

—Es infatigable en sus empeños, y la pobre está tan afectada que no habla de otra cosa.

—Pues no ha venido á verme mas que una vez.

—Como tu cuarto está siempre tan concurrido.

—No debo quejarme.

—Como que no se habla de otra cosa en todo México.

—Mira que lindo *bouquet* (un pollo nunca dice ramo) me han regalado las Gonzalez.

—¡Hola! dijo el pollo mirando de reojo un lindo ramo de pensamientos, heliótropos y violetas.

—¿Y lo has descifrado?

—Naturalmente: ya sabes que las Gonzalez son fuertes en el lenguaje de las flores, y yo.....

—¿Y qué has sacado en limpio? ¿qué es lo que dice ese *bouquet*?

—Dice: "Pensamos en tu amor, jóven modesto."

—*Pensamos*, repitió el pollo visitante, lo comprendo por los *pensamientos*. "En tu amor....."

—Por el heliótropo morado y blanco, interrumpió Pio Blanco.

—*Modesto* por las violetas; pero la palabra *jóven* no la comprendo.

—Mira este clavel rojo en boton que está en el centro de las violetas.

—Es cierto.

—Esa es una de las conquistas que pensaba hacer.

—¿Y ya no lo piensas?

—¿Pero qué quieres que haga en este maldito cuarto?

—Pronto saldrás, y te ofrezco acompañarte á hacer tus primeras visitas para ser testigo de la emocion que vas á causar, porque despues de todo, chico, un lance como el tuyo lo hace subir á uno en la estimacion de las gentes.

Llegaban aquí cuando se abrió la puerta de la habitacion y aparecieron el alcaide, el escribano y un escribiente con dos soldados.

Venian á llevar á Pio Blanco ante el juez, para dar nuevas declaraciones.

Pio Blanco se puso descolorido y salió, custodiado hasta llegar á la presencia del juez.

Apenas salió Pio Blanco de su habitacion y fué percibido por los presos del patio, se levantó un murmullo sordo y llegaron distintas á los oidos del pollo algunas frases por este estilo:

—Oye, tú, ¿qué *levita-ba*?

—Pues será lo *roto*.

—¿*Pos qué* tambien?

—¡No digol! ¡*cuantimás!*

Pio Blanco se puso encendido como el boton de clavel

de su gran *bouquet* porque comprendió la intencion de aquel *caló* insultante.

En seguida compareció ante el juez.

Pio Blanco estaba en verdadero punto de pollo frito.

Aquel aspecto imponente y severo del ceremonial, aquellas figuras grasientas y repugnantes de los empleados del juzgado y de los adláteres, tinterillos, apoderados y reos, mas ó menos taciturnos é indisplícites; algunas mugeres de mala vida en acecho en los corredores y avenidas de los juzgados; el ruido incesante de los presos que vagan en los patios; el trajin de los destinados á la limpieza; el cerrar de puertas y cerrojos; el golpeo seco de los fusiles de los centinelas y escoltas de los reos que se cruzaban en varias direcciones, y ese conjunto de sonidos solo peculiares del lugar donde la ley reúne al criminal y á la justicia, todo produjo en el ánimo de Pio Blanco una emocion indescribible.

Se nos habia olvidado presentar á Pepe á nuestros lectores, y vamos á cumplir con esta prescripcion de la buena crianza.

Pepe era uno de esos pollos que brotan de la noche á la mañana, como la flor de San Juan; de esos pollos que empluman en chiribitil y se exhiben el dia menos pensado, ingresando sin ceremonia á la carpanta.

Por lo que á nosotros toca, dirémos que Facundo se lo encontró un dia en el jardin del Zócalo cuando este jardin llevaba poco tiempo de plantado.

Hé aquí las circunstancias de su conocimiento.

Una masa compacta de curiosos avanzaba precipitadamente, disputándose ver algo de lo que pasaba á un señorito elegante que sostenía acaloradamente un altercado con dos guardas diurnos.

Era un pollo cuyas mejillas aparecían color de cresta, en virtud del bochorno que estaba sufriendo.

El pollo era Pepe.

Tenia en la mano un cuerpo de delito.

Este cuerpo de delito era una flor.

—Yo no la he cortado, decía Pepe.

—Y á mí qué? le contestaba un diurno ex-carbonero, esa es la orden del señor Trigueros.

—Pero esto es una injusticia.

—Después se quejará con *quen* corresponda, decía el otro diurno ex-veterano.

—Que se lo pongan, agregó un policía de á caballo recién metido á hombre de bien.

—Que se lo pongan, repitió un muchacho; ¡que se lo pongan! gritaron cien voces en coro, y el grupo ansiaba ver la repetición del espectáculo, que algunos días había sido ya la diversión de los transeuntes.

Pepe dirigía en vano sus miradas inquietas en derredor de sí, buscando una alma caritativa que lo pudiera librar del tormento que le amenazaba; pero los diurnos que para testarudos nacieron, hacían gala de su rigor y de su celo por el cumplimiento de la ley.

Varias veces se acercó Pepe al oído de sus verdugos ofreciéndoles una propina; pero no había remedio, aque-

llos caribes no se dejaban seducir, pues su firmeza era el resultado de estas tres cosas:

En primer lugar eran indios; en segundo lugar tenían armas; y en tercero, se trataba de un ser indefenso; de manera que de las brascas negativas pasaron sin dificultad á las vías de hecho.

La negra mano de uno de los diurnos tenía asido el brazo espigado del pollo, mientras el otro ejecutor le colgaba á Pepe, á guisa de escapulario, un tablita blanca con este letrero: «*Por destructor.*»

Apenas sintió Pepe Pardo el sambenito se reveló y empezó á retorcerse y á sacudirse entre los dos guardas que le ajaban los cuellos y los puños de la camisa, daban al traste con el *chie* del peinado y la corbata, y hacían del pobre pollo la más descompuesta y ridícula figura que puede imaginarse. El concurso reía con un buen humor admirable, porque todo aquello, en último resultado, no era más que una escena cómica sin trascendencias: los gritos de la multitud crecían por momentos y aquel rumor estrepitoso de risas iba trayendo á un centro como hormigas á muchos transeuntes, á los concurrentes al átrio de Catedral, á los cocheros del sitio que formaban el mosquete más imponente y mordaz, á los cargadores, á los vendedores de golosinas y á todo el mundo.

Los empleados en el ministerio de la guerra abrieron algunos balcones, los centinelas de palacio llamaron al cabo cuarto para denunciarle al pelotón de gente, conforme á ordenanza; los empleados del gobierno del Distrito

abrieron también sus balcones, y ansiosos salían á contemplar la práctica de la providencia gubernativa con esa satisfacción propia del que dicta, escribe, lleva ó comunica las órdenes superiores, y por lo tanto está colocado sobre las víctimas.

Codeando, empujando y abriéndose paso con mil trabajos al través de aquella masa compacta de curiosos, caminaba Pio Prieto en socorro de su desgraciado amigo Pepe, hasta que logró colocarse á su lado.

—No seas bárbaro, Pepe, le dijo Pio cuando estuvo á su alcance; tú no sabes la Biblia.

Y tomándolo del brazo se disponía á marchar con él en medio de la escolta que ya era de ocho guardas de policía; pero viendo que se resistía, le quitó el rótulo del cuello y se lo plantó Pio con aire de triunfo, y comenzó á andar, llevando del brazo á su amigo en medio de un aplauso general y de la risa de los concurrentes.

Pio con esa vivacidad y desenvoltura propia del pollo, se contoneaba, hacia cucamonas y reía con los curiosos, procurando dar á aquella escena el carácter de un verdadero juguete.

Pepe respiró y comprendió cuán torpe había sido en resistirse.

Los pollos dieron cabales las dos vueltas prescritas en la órden, en torno del jardín, y devolviendo el cartel á los guardas les dijo Pio:

—Ea, muchachos, á ponérselo á otro, porque ya me cansó esa tabla. ¡Adios, hijitos!

ENSALADA DE POLLOS.



Por destructor.

Un nuevo aplauso acabó de acreditar á Pio y de lisonjear su vanidad de calavera.

La reunion se disolvió, y Pio Prieto y Pepe se dirijieron acto continuo á la pastelería de Plaisant á tomar un ajeno, licor muy á propósito para aturdirse despues de las pasadas emociones.

Pepe Pardo era hijo de un sastre de Morelia: á los catorce años y en virtud de esa ley de que hemos hablado, que mejora las generaciones, encontró un dia muy prosaico el dedal y muy oscuro el porvenir: comprendió que en Morelia, siendo hijo de Pardo el sastre, no podia aspirar á nada; y hurtando un dia á su padre cincuenta pesos, declaró su independenciam y se echó á andar por esos mundos de Dios.

Oscuro, pobre y desarrapado, llegó á México, y hubiera descendido hasta la última degradacion, si un señor muy caritativo no le hubiera proporcionado una plaza de dependiente; y si hemos de creerlo á él mismo, no conoció á su madre, ni tuvo jamas noticias suyas.

Pepe Pardo vivia, pues, como el pez en el agua. Como no sabia hacer otra cosa que medir, era dependiente de una casa de comercio, en la que sus patrones no creian haber encontrado en Pepe otro Ciceron.



La palidez amarillenta, serosa de la anémia aun no desaparece; esperad.

Cien avisos de cremas al bismuto, de blanco de perla, y de cascarilla de la Habana, se rien con su brevete de invencion de la ciencia médica.

Esperad aun, los cabellos caen como el pasto sin riego, esperad á que se fortalezcan, porque habiendo sangre....

Dos mil muertas se agitan en sus tumbas echando de menos sus cabelleras, que se quedaron en el mundo para dar mas guerra de lo que las mismas propietarias pudieran imaginarse.

Las que se van han adquirido la costumbre de dejar sus cabellos á sus sucesoras: no hay que apurarse por cabellos.

Esto no tiene remedio.

Sara y Ernestina crecian así, luchando, elaborándose, completándose, la cabeza con crepé de muerto, la tez con *aquerella*, la estatura con tacones, el cuerpo con cogines y la sangre con fierro.

Como eran ricas, tenian médico y ademas maestro de piano.

Sara y Ernestina cantaban y tocaban.

Pero las bases y condiciones constitucionales de la cantatriz, faltaban á las pollas. En aquellos pulmones no habia aire, el fuelle estaba comprimido y era insuficiente, y Ernestina cantaba una Traviata, para taparse los oidos. Su voz convencional no *atacaba* las notas, las *atrapaba*, *modulaba* pujando, *subia* chillando, *respiraba* jadeando, y

bajaba graznando; pero cantaba la Traviata segun todos los vecinos y segun ella misma.

Sara solia acompañarla al piano y algunos pollos solian formar la claqué.

De las tres bellas artes, la música es la que hace mas víctimas.

Se puede uno librar de un mal poeta y de un mal pintor, pero de un mal músico jamas.

Al pintor y al poeta los elude la voluntad, pero si un mal cantor se os para enfrente, armaos de resignacion: sus ensayos y sus gallos y todos sus mortales esfuerzos, pertenecen á todo el que tenga oídos.

El cantante no puede ocultar el borrador.

Los vecinos de un músico apechugan con los borradores y con las copias en limpio.

Por este grave inconveniente, Facundo abandonó la música: tuvo á tiempo compasion de su auditorio.

Ernestina no abandonó la música, al contrario, despues de la Traviata puso el vals de Ascher.

El papá y la mamá de Ernestina pasaban unos ratos deliciosos. No sabian música por supuesto.

Sara y Ernestina eran primas; pero tan iguales como si lo fueran de guitarra, tenian la misma voz, el mismo cuerpo, el mismo pié, tomaban las mismas píldoras, se bañaban juntas en la Alberca Pane y en Chapultepec y se querian mucho.

En cuanto á higiene, como el médico les habia recomendado muchas cosas buenas, iban á la Alameda al cla-

rear de las diez, se desvelaban y comian poco, oian misa de doce en Catedral los domingos, y en cuanto á instruccion, sabian hasta de memoria las Confesiones de Marion Delorme, las gracias de Ana de Austria y todo lo que se aprende de historia en las novelas de Ponson du Terrail.

Sara y Ernestina, estaban amenazando á la sociedad con convertirse de un dia á otro en madres de familia: por lo demas, eran caritativas, habian vestido á Concha segun sabe ya el lector.

Estas dos pollas finas, tenian muchas amigas, muchos pretendientes, muchas visitas y muchos deseos de no quedarse para vestir santos.

El médico llegó á juzgarlas tan faltas de sangre, que las obligó á desayunarse á la puerta de un matadero con sangre caliente de borrego; medicina en boga y por medio de la cual los hijos de Esculapio piden al ganado lanar lo que la raza gallinífera pierden cada dia.

Todo lo cual no impedia que Sara y Ernestina fueran dos pollas de moda, concurrentes asiduas á todas las funciones gratis, á todas las comedias de aficionados y á todos los bailecitos.

Una nube de pollos las rodeaba, y cada uno de ellos ponía su grano de arena en el curso teórico de amor; pero cada uno de ellos estaba muy léjos de formalizarse en tales asuntos.

La noticia de la muerte de Arturo, cayó en aquella parvada como un pellejo de carne.

—¿Qué dice V. que desgracia, Alberto? decia Ernesti-

na, ¡pobre Arturo, tan joven, tan elegante y tan simpático!

—Que quiere V., hija, contestó Alberto con resignación de general en jefe; los hombres estamos en el mundo para eso ¡que diablo! un lance cualquiera lo tiene, yo me he batido dos veces.

—¿Es posible?

—¡Vaya!

—¿A ver, cuente usted eso?

—Tenía yo una chica, y cierto fastidioso me la quiso birlar en mis barbas; y no hubo mas, nos batimos.

—¿Y qué?

—Nada; despues supe que nuestros padrinos habian cargado las pistolas, retacándolas, para que subieran los tiros, y no nos hicimos nada.

—¡Ah! ¡así qué gracias!

—Pero, es que nosotros no lo sabiamos, y lo que es yo le confieso á usted, que tuve *mi cacho de cuidao*.

¿Y Sara? continuó el pollo, para cambiar de asunto.

—Le ha dado un ataque de nervios espantoso.

—¿Por la muerte de Arturo?

—Sí.

—¿Qué, lo queria?

—Vea usted, Arturo.....ya lo conocia usted, era muy enamorado y á Sara le decia unas flores queoiga usted.....se iban haciendo peligrosas.....figúrese usted que se trataban de esposos.

—¿Cómo?

—Sí; entraba Arturo y le decia á Sara: ¿Qué haces, esposa?

—¡Esposo, buenas noches! contestaba Sara, y así era siempre, y luego con una gracia que se despedía diciendo:

—¡Esposa, adios, bendita seas!

—¡Hombre! exclamó Alberto, ¡que bonito! voy á aceptar esa frase; con que..... Adios, esposa, bendita seas! ¡bueno! Yo tengo dos ó tres amigas á quienes les digo "esposa" y esta noche voy á despedirme así: ¡Adios, esposa, bendita seas!

—Arturo decia que eso se lo aprendió á Zorrilla.

—¿Con que decia usted que á Sara le dió ataque de nervios?

—Sí.

—¿Y cómo estuvo eso?

—Figúrese usted que le dan la noticia de sopeton y lo primero que hizo Sara fué caer como herida de un rayo.

—¿Y cómo cayó?

—En los brazos de su primo; vea usted que fortuna, que si no hubiese estado allí ese joven, de seguro se mata Sara.

—¿Y luego?

—Eso fué retorcerse y voltear los ojos en blanco; vamos, una convulsion espantosa; vino el médico y Sara privada, y esto fué trabajo; por aquí sinapismos, por allí baño de brazos, álcali y frotaciones con cepillo; y vames, la escena fué terrible.

—¿Pero, se le pasó?

—Sí; pero todavía sigue tomando el valerianato de amoniaco; ¡pobre Sara!

—Sí, pobre Sara! ¿Y usted?

—Yo soy fuerte, me he enfermado también, pero no como Sara.

Todos los pollos en aquella casa se vistieron de luto y de la noche á la mañana y de la mañana á la noche no cesaban de hacer comentarios sobre la catástrofe, y algunos barbilindos sacando partido de las circunstancias, consideraron como muy favorable la de tener necesidad de consolar á las pollas aflijidas.

Consolar es siempre una mision grata, que se desempeña con gusto, especialmente cuando se trata de consolar pollas.

Uno de los principales triunfos de las virtudes, es que los vicios les usurpan su forma para cubrirse; Alberto por ejemplo, al saber la muerte de Arturo pensó en sustituirlo en el cariño de Sara; pero enamorarla durante el duelo hubiera sido torpe, de manera que Alberto se ciñó á consolarla y tras de esta obra de misericordia tejia el pollo su red.

CAPÍTULO XIX.

LA ENSALADA SE SAZONA CON PIMIENTA Y SAL
Y SE REVUELVE.

TENIAIS muchísima razon, Mr. Honorato de Balzac, hombre privilegiado, profundo filósofo, gran conocedor de la sociedad, vos que con vuestro escarpelo literario disecásteis el corazon humano; vos que con vuestro talento superior supísteis introducir en el mundo espiritual, y revelar al mundo pensador los tenebrosos y complicados misterios del alma; teníais razon en pararos á meditar mudo y absorto, y de abismaros en la contemplacion de este dédalo de misterios que se llama corazon humano. Prestadme algo de vuestra sublime inspiracion, un ápice de vuestro ingenio, una sola

de vuestras penetrantes miradas, para contemplar á mi vez á mis personajes, pobres creaciones enjendradas en la noche de mis elucubraciones y de mis recuerdos.

Yo tambien suspiro por el mejoramiento moral, yo tambien deseo la perfectibilidad y el progreso humano; y escritor pigmeo, lucho por presentar al mundo mis tipos, á quienes encomiendo mi grano de arena con que concurro á la grande obra de la regeneracion universal.

De tan alta consideracion son las razones que me han obligado á escribir mi «Ensalada de pollos.»

Los pollos son la generacion que nos sucede, la semilla que ha de fructificar mañana, y la que atestiguará ante la posteridad, que los barbados de hoy no pasábamos de gallos tolerantes y olvidadizos para con la preciada prole, esperanza nuestra.

Nuestros pollos están emplumando á toda prisa, su canto es ronco con uno que otro falsete esprimido y chillon, y caminan sin detenerse en esa senda oscura, objeto de nuestras graves reflexiones.

Blanco, Prieto y Pardo están sueltos, están en libertad: sucedió lo que nos pensábamos, lo que pensaban los amigos del homicida.

Vamos á entrar en el relato de hechos de un órden superior, en pos de los pollos de esta ensalada. Al grano, porque el grano es necesario para los pollos.

Pio Blanco, Pio Prieto, Pepe y Pedrito, cuya pista habiamos perdido, están juntos.

Ocupan un simon, ¡terrible síntoma! este simon atra-

viesa á eso de las ocho de la mañana la plazuela de San Pablo.

Los pollos están vestidos de domingo, pero con traje de campo.

Dentro del simon vá una caja de vino, otra de puros y algunas latas de pescados en aceite.

Toman la direccion de la calzada de la Viga y llegan á la orilla del canal, que por ser la orilla y embarcarse allí los paseantes, se llama el embarcadero.

Arrástranse perezosamente en el fango mas de veinte canoas planas, cada una de las cuales tiene en su proa un marinero de agua dulce, de raza indígena pura, y que de náutica y océanos saben tanto como de latin: aquellos pilotos medios desnudos, ofrecen en tumultuosa algarabía sus embarcaciones al aproximarse el coche que conduce á los pollos.

Estos volaron, mas bien que saltaron, de la caja del coche al suelo.

El pollo suele omitir los escalones, los estribos, los pasamanos, los barrotos de las sillas y otras comodidades, porque su génio inquieto le dá algo de aéreo; son ágiles y la mayor parte de ellos gimnastas.

Habia dos especies de embarcaciones: unas, las que conoció Guatimotzin, sin la mas lijera reforma, quiere decir, con toldos de carrizo y petates y sin asiento: y otras con toldo de madera forrado de hojadelata y con asientos.

Los pollos eligieron una de estas últimas llamada *la Capitana*; porque á aquellas canoas puede faltarles qui-

lla, timon y hasta asientos; pero no les falta el nombre grabado en uno de sus costados.

El patron de la Capitana comenzó á aderezar su embarcacion con toda la gravedad de un buen servidor que se propone recibir á sus amos dignamente. De un pequeño cajon sacó unas súcias cortinas de brin que colgó á los lados del toldo, y vistió los asientos de las bancas con unos guarda-polvos de indiana: estendió un petate y en seguida enarboló la bandera nacional, de media vara cuadrada, sobre el toldo de la canoa.

La Capitana estaba empavesada.

Los pollos se precipitaron al interior empujándose y echándose agua unos á otros.

Al fin, cansados, quedaron en paz por un momento; pero bien pronto el ruido de un coche los hizo salir de la canoa y saltar á tierra.

—Ellas son, dijo Pio Blanco.

Efectivamente venian en un coche cuatro amigas de los pollos.

Estos se apresuraron á recibirlas.

—Buenos dias, Concha, dijo Pio Blanco á una de las recién venidas: ¡qué guapa vienes!

—¡Hola, Lupel! qué bien te está esa red de estrellitas: pareces un cielo de Nacimiento, dijo Pedrito á otra de las convidadas.

Estas bajaron ostentando toda la exhuberancia de sus abultadísimas faldas de muselina de chillantes colores, y

comenzaron á colocar en la canoa canastos y bultos, que contenian las provisiones de un almuerzo.

A pocos momentos partió el coche hácia la ciudad, el barquero desatracaba su embarcacion, y bien pronto las cuatro parejas hendian tranquilamente las aguas del canal que conduce á Santa Anita y á Ixtacalco.

—Concha, tú eres el bello ideal de mis ensueños, decía Pio Blanco ofreciendo un vaso de cognac que alternativamente pasaba de mano en mano. Bebe, Concha, y bebamos todos para olvidar las pasadas desventuras.

Yo concibo en tí, dijo despues de una pausa, á la mujer perfecta, á la mujer en la plenitud de su libre albedrío. ¡Bendita seas!

—Explicame eso, dijo Concha.

—Es muy sencillo: odio las trabas, aborrezco la ley, detesto la prohibicion, no reconozco en ningun hombre el derecho de coaccion, soy libre por excelencia.

—Eso es porque tienes sangre de pájaro, dijo Pio Prieto.

—Tal vez, y como creo en la transmigracion, siento en mí que he sido faisán.

—¿A quién le ocurrió eso de la transmigracion? preguntó Pedrito.

—A un tal Pitágoras, dijo Pio Blanco.

—Era hombre de talento, exclamó Pedrito.

—Lupe ha de haber sido paloma, dijo Pio Prieto.

—¿Y yo? preguntó Andrea dirijiéndose á Pio Blanco.

—Tú, Andrea, tú eras una alondra.

—¿Qué animal es ese?

—La golondrina, gritó Pepe.

—Propongo un brándis por la libertad del preso, dijo Pepe.

—Sí, sí, por Pio Blanco, repitieron Pio Prieto y Pedrito.

—Por los valientes, dijo Pepe.

Y bebieron todos alternativamente hasta consumir el vaso de *cognac*.

Pio Blanco era entre los pollos el que gozaba de mas reputacion y aún le veian con cierta consideracion, reconociendo la superioridad de su ingenio y de su fuerza.

Pio Blanco hacia magníficas planchas en el trapecio, jugaba á 7 y 9 en los bolos, les daba una bola en el billar á los otros pollos, bebia mas, fumaba puro, tenia mas poblado el bigote, tenia varias novias, hacia versos y habia matado á Arturo; razones todas por las cuales Pio Blanco llevaba la voz, y sus decisiones eran admitidas casi como una órden, sin apelacion.

Concha era la mas bonita de las cuatro damas de aquel festin y su amistad con Pio Blanco era mas antigua.

La canoa acababa de atracar en Santa Anita y le salieron al encuentro varias indias vendedoras de flores y de lechugas.

Pepe tomó cuatro coronas de rosas y las ofreció á las señoras, quienes sin ceremonia coronaron sus sienes al ruido de las aclamaciones y los aplausos de los pollos.

Despues de una corta espera, la canoa siguió bogando á lo largo del canal con direccion á Ixtacalco.

Este pueblo, que es uno de los paseos favoritos de los habitantes de la capital y objeto de expresas visitas para los forasteros, conserva inalterable su aspecto desde tiempo inmemorial. La poderosa mano de la civilizacion lo respeta como un monumento raro, y no parece sino que está destinado este pueblo á esperar á orilla del canal á las generaciones venideras, á que vengan á contemplarlo como prenda arqueológica. Este pueblecito indígena por excelencia, atestigua la imperturbabilidad de sus aborígenes, y su muda protesta contra la civilizacion europea.

No pasa dia por Ixtacalco.

Se parece á esas personas á quienes deja uno de ver diez años, al cabo de los cuales sorprende no encontrarles ni una cana mas ni un diente ménos.

Ixtacalco es refractario al progreso.

Hasta sus árboles parecen estacionarios: son casi todos sauces, de la misma familia, escuálidos y en forma de escobas: parecen una série de admiraciones colocadas á los lados de las chozas que vieron nuestros antepasados.

Pero Ixtacalco es solicitado tambien desde tiempo inmemorial por los amantes: es el lugar de las citas amorosas y en el que se ha celebrado el cumpleaños de las nueve décimas partes de los habitantes de México.

No sabemos qué tiene de atractiva aquella soledad y aquel silencio que distinguen á Ixtacalco; no parece sino que las legumbres y las amapolas gustan de la sole-

dad como los poetas. Aquel es el reino de las lechugas, el emporio de los rábanos y las coles.

Sus jardines son á los de la ciudad, lo que los almacenes á las tiendas al menudeo.

Aquellos jardines singulares han considerado las flores como artículos de comercio, y huyendo de las variedades y los matices, emprenden la grave tarea de sembrar una fanega de amapolas ó tiran un almud de semilla de *espuela de caballero* ó una cuartilla de *mercadela*.

No forman ramilletes, sino tercios de flores, y representa una renta respetable el consumo de zempazochitl, de chícharo de olor y de otras flores cuyas especies no pasan de seis.

Las familias indígenas que pueblan aquel gran pantano convertido en hortaliza y almacén de flores, no viven mas que del producto de su cosecha.

Las aguas que dividen la multitud de cuadriláteros de tierra, que como otras tantas manzanas forman una ciudad de flores, legumbres y sauces espigados, ministran á los rústicos habitantes cultivadores una pesca abundante de pescaditos, ajolotes, acociles y ranas.

Los que visitan á Ixtacalco tienen el deber de recorrer las chinampas, de coronarse de flores y de saborear las aceitosas hojas de la lechuga.

A fuer de imparciales recordamos que algunos empresarios modernos han fabricado salones circulares á manera de palenques, destinados á las familias, que los toman en alquiler para días de campo.

Estos salones han visto mucho, hacen bien en no hablar, pero saben mas que un libro.

En estos salones se baila, se come y se ama.

En uno de ellos acababan de instalarse nuestras cuatro parejas.



CAPÍTULO XX.

EN EL CUAL LA DICHA DE TODOS LOS PERSONAJES
VÀ À MAS Y MEJOR.

RETROCEDAMOS un poco.

Muy poco tiempo tardó Concha en dejar de ver las cosas color de rosa; y contra todo lo que se esperaba, iba siendo mas desgraciada cada dia.

Concha no se quejaba mas que de su suerte.

A su suerte le echan muchos la culpa de lo que les sucede.

Esta es una salida fácil y en la que buscan un consuelo los desgraciados.

Lo difícil es echarse uno la culpa á sí mismo, cosa que

ni por las mientes les pasa á la mayor parte de esos desgraciados.

Concha no habia hecho mas, en todo caso, sino dejarse llevar de los acontecimientos.

—Privada me robaron, decia; yo no pude oponer resistencia: Arturo no se podia haber casado nunca conmigo; despues se metió el general á mi casa, y yo no pude hacerlo salir. ¿Qué culpa tengo de todo esto? Es mi mala suerte.

—Amé á Arturo: yo debia haber amado al sastre ó al de la guitarra; pero esa fué mi suerte.

—No debí salir de mi casa, pero mi suerte.....

—No debí haber admitido al general; pero el general es tan pegoste y tan porfiado..... mi suerte, en todo mi suerte, ¡qué hemos de hacer!

¡Heróica resignacion!

Los prosélitos de esta fácil y espeditiva resignacion hacen su viaje por este mundo, dando traspiés de desgracia en desgracia, todo por su mala suerte.

Tambien doña Lola estaba resignada con su suerte, segun ella misma decia. Se le habia lanzado don Jacobo á la revolucion por su mala suerte; pero en cambio se le habia aparecido don José, que era su paño de lágrimas.

De todos modos, Concha no estaba contenta con su suerte, porque hubiera querido que el general hubiera sido un ángel; pero era una bestia feroz, un oso blanco.

Le habia salido celoso como Otelo, no la dejaba ni á sol ni á sombra.

Arturo era mas confiado, como niño al fin; pero el general, el general la tenia mártir, y representó dos veces al dia "El tigre de Bengala" durante cinco meses.

Concha lloraba tambien dos veces al dia, y algunos dias dejaba de llorar dos horas en veinticuatro.

No cesaba Concha de quejarse de su mala suerte.

Cuando Pio Blanco salió de la cárcel fué cuando Concha empezó á consolarse de nueva cuenta: es cierto que Pio habia matado á Arturo; pero en cambio la consolaba ahora de las barbaridades del general.

La primera visita de Pio Blanco, al salir de la cárcel, fué para Concha.

Este era una fineza.

Y todas las demas visitas tenia el pobre de Pio que hacerlas escondidas del general, todo por no causarle un disgusto á Concha.

Cada una de estas otras cosas era otra fineza.

En lo único en que Concha tenia suerte era en las finezas que hacian con ella.

La última fineza de Pio Blanco fué la de dar un dia de campo solo por Concha, solo por distraerla, por librarla un dia siquiera de la ferocidad del general, por verla reir y gozar con el campo, con la canoa, con las chinampas y con todo lo del paseo. Irian amigos de confianza como Pio Prieto, como Pepe Pardo, y sobre todo, Pedrito que era tan buen chico.

Cada uno de estos tres pollos habia de llevar una señora, y Pio á Concha, total: ocho personas.

Habia una persona que supiera mejor la historia de Concha que Concha misma: esta persona era Casimira. Desde que Concha se emancipó, Casimira no se ocupó en mas que en seguirle la pista, y en tener al tanto á doña Lola por el fidedigno conducto de toda la vecindad, de todo lo que hacia Concha.

La víspera del dia de campo de Pio, habia interrumpido un diálogo de doña Lola y don José un acontecimiento notable.

Acababa de entrar al patio de la casa de doña Lola un hombre á caballo preguntando por la esposa del coronel Baca.

—No vive aquí, gritó Casimira, aquí no vive la muger de ningun coronel, aquí todas semos pobres.

—Niña, aquí ha de ser, insistió el jinete.

—Que no, le digo..... ¡esposa de coronel! ni para un remedio.

—Se llama doña Lola.

—¿Doña Lola?

—Sí.

—¿Y su marido?

—Pues don Jacobo Baca.

—¿Ya es coronel?

—¡Pues no!

—Entónces, aquí es, hombre de Dios, eso es hablar en castellano. Si ya es coronel don Jacobo entónces..... Doña Lola! doña Lola! se puso á gritar Casimira. Doña Lola! ya don Jacobo es coronel, y la vienen á llamar á

usted de su parte. Suba usted, señor, agregó dirigiéndose al jinete: allá en el corredor de arriba, en la vivienda del rincon.

El jinete se apeó y subió á ver á doña Lola.

—Un ojo con mi caballo, señorita, por vida de lo que mas estime.

—No tenga usted cuidado, que aquí nada se pierde, oda es gente segura y de muchos años: no faltaba mas sino que se perdiera algo en la casa de nuestra Señora de la Luz: ¿no vió usted el letrero al entrar?

—Qué tal, continuó Casimira, dirigiéndose al grupo de vecinos que rodeaba ya el caballo: hizo bien don Jacobo; yo de hombre haria lo mismo; no hay como la revolucion para salir de pobres. Coronel! el señor coronel! ja, ja, ja: con razon le dije á ese hombre que no era aquí la casa: quién habia de pensar! por eso me gustan los liberales, y este es chinacate legítimo que se le conoce á legua: miren qué buen caballo; quién sabe de quién serias tú, animalito, y cuántas muertes deberá el héroe que te trepa! ¡que viva don Jacobo! Oigan, vecinas, vamos á felicitar á doña Lola y á obligarla á que nos dé tamales y atole de leche, como albricias de la buena noticia.

—No, mejor chongos, dijo una vecina.

—Mejor mole de guajolote, agregó otra.

—Eso es! cada uno va pidiendo, no se puede decir nada; hambrientos!

—Hambrienta tú, que quieres tamales luego luego.

—Es justo.

—Cállense, que ya baja el del caballo.

—Y es buen mozo, dijo muy quedito una vecina.

—Muchas gracias, señorita, dijo el jinete á Casimira. Ahí está ese para nieve; y le dió un peso.

—¡Ah qué señor! dijo Casimira haciendo desaparecer completamente su pupila izquierda, pretendiendo hacer una coquetería.

—Mi medio, dijo un muchacho, animado al ver que daban.

El jinete repartió pesetas y medios á todos los curiosos, montó á caballo y dió las buenas tardes. Aquel enviado extraordinario hizo un efecto mágico en la vecindad.

Doña Lola recibía por primera vez una carta de su marido y por primera vez también recibía dinero. El enviado había informado á doña Lola que el coronel Baca era muy valiente y que ya mandaba una fuerza que merodeaba por Ajusco, bajaba á Tlalpam y solía recorrer los pueblos de Xochimilco y Mexicalcingo.

Doña Lola y don José cuando se hubieron repuesto de la primer sorpresa se pusieron á leer la carta de don Jacobo, que decía así.

«Monte de Ajusco etc.

«Mi querida esposa de mi cariño: Me alegraré que al recibir esta te ayes con salud en compañía de nuestros «ijitos y compadre don José esta solo sereduca. á que «como andamos ya cerca con la fuerza por orden del cuar-

“telgeneral y como siempre triunfaremos telo paso avisar paque un dia vengas a Xochimilco y te pueda ver y “á mis ijitos de mi corason ay te mando eso para tí son “sin cuenta pesos que los disfrutes mea legraré.

“Tu esposo que ver tedesea.

“C. Coronel Jacobo Baca.”

—¡Qué dice V., compadre de mi alma! exclamó doña Lola al acabar de deletrear la carta y dándose una palmada en el muslo derecho que hizo estremecer á don José.

—¿Qué dice V. no mas? Yo me alegro por mi compadre.

Don José y doña Lola se quedaron viéndose uno al otro.

Después de aquellas dos exclamaciones, ninguno de los dos se atrevía á indicar el jiro que debería tomar la conversacion, hasta que después de un largo rato don José dijo:

—Con que coronel.....

—¡Coronel! repitió doña Lola abriendo los ojos y encogiendo los hombros. ¡Coronel!

Volvió á reinar el silencio, durante el cual don José jugaba con la carta que tenía en las manos.

—¿Con que V. cree, compadre, que triunfará la revolucion?

—Vea V.... los papeles públicos... eso de los periódicos dicen que no y que no; pero la revolucion siempre triunfa y mi compadre lo dice de su puño y letra y como ya es gefe.....

—Gefe, sí señor, y muy gefe; ¿cuánto tienen los coroneles?

—Vea V., en campaña..... asegun.

—¡Ah!..... exclamó convencida doña Lola y al cabo de un rato continuó:

—¡La vuelta de don Jacobo!

—Eso, comadre, eso, la vuelta.

—Porque en fin.....

—Eso es lo que yo digo.

—Y lo de Concha.

—Usted dirá..... lo de Concha.

—Y lo de Pedrito.

—Lo de Pedrito; pero al fin es hombre.

—Cierto, es hombre y los hombres..... donde quiera.

—Ay doña Lola!

—Ay don José!

Don José suspiró.

Doña Lola también suspiró, agregando:

—¡Ya ni compadres nos decimos! ¿que dice V.?

—Caball yo le dije á V. «Ay doña Lola» y V. me contestó: «Ay don José,» y es que como nos ha cogido de sopeton la noticia.

—De sopeton..... que ni quien se la esperara.

—Albricias, albricias! gritaba Casimira subiendo la escalera, haciendo mucho ruido y seguida de algunas vecinas y de todos los muchachos de la vecindad.

Esta irrupcion dió término á la perplejidad de doña Lola y don José.



¡Ay D^a Lola! ¡Ay Dⁿ José!

Los cincuenta pesos estaban todavía sobre la mesa.

—Aquí hay para tamales, doña Lola; nos va V. á convidar á tamales porque ya es V. coronela. Muchachos, que viva la coronela!

—Vamos, vamos, Casimira, se atrevió á decir don José, es necesario no armar escándalo por eso.

—Como V. es tan callado quiere que todo se haga quedito; pero no señor, es necesario festejar esta noticia, no es verdad, doña Lola? como que ha de estar V. contentísima! yo también tengo mucho gusto porque no volverá V. á pedirme mis planchas prestadas. Don José, agregó Casimira dirigiéndole una mirada diabólica, ya viene el amo.

Don José se mordió los labios.

Doña Lola no se deshizo de sus importunas visitas sino después de haberles ofrecido una tamalada.

CAPITULO XXI.

CONTINUA LA HOJA DE SERVICIOS DE DON JACOBO.

EL viejo del rancho de las Vírgenes, como recordará el lector, había juzgado propicio el temporal porque estaba seguro de que no lo inquietarían durante la noche.

María y Rosario continuaban haciendo sus preparativos de marcha, y Pepe y Rafael no habían vuelto del campo.

Por lo que respecta á la guerrilla de Capistran, debemos decir algunas palabras.

Capistran no se llamaba Capistran; tenía otro nombre que había juzgado prudente hacer olvidar.

Capistran no luchaba precisamente por la patria, por

mas que la patria se empeñara en contarle en el número de sus fieles servidores, merced á los registros oficiales del ministro de la guerra.

Capistran se habia acogido á la gracia de indulto ó la gracia de la revolucion, que es lo mismo.

Su vida pasada habia llegado á ponerle en este predicamento:

Ahorcado ó liberal.

Por lo visto no vaciló y defendió la libertad.

El gobierno lo admitió como *ficha* por no verlo convertirse en su contrario.

Esta es una de las gloriosas transacciones de la guerra civil.

Capistran pasó de reo á héroe y decia muy ufano y muy para sí "mi vida está en la bola" y procuraba á toda costa que esta bola de fuego y sangre fuese la bola de nieve, quiere decir, que fuera creciendo.

Sus aliados lo conocian y él conocia á sus aliados; el delito comun es un lazo tan fuerte como el peligro comun.

Esta es la fuerza moral de la guerrilla.

Tristemente hay algo que sustituye al patriotismo y á la subordinacion, y es el remordimiento.

La salvacion de un sentenciado está envuelta en estas palabras "triunfar, sobreponerse"

¿De quién? ¿de qué? ¿porqué? No importa: vencer no importa á quién; matar, aterrorizar, sobreponerse, este es el valor del cobarde.

A este valor debe México un raudal de lágrimas.

Capistran y los suyos eran ese monstruo que se llama guerrilla y que renace á las primeras tempestades revolucionarias como esos insectos que salen de su caracol á las primeras aguas.

Lo que en Capistran no se atreveria á llamar hoja de servicios ni la misma revolucion, era un conjunto tal de crímenes asquerosos que horrorizaba.

Despues de estos ligeros apuntes biográficos sigamos á Capistran la noche de la tempestad.

La guerrilla habia encumbrado el monte, huyendo del fondo de las barrancas y de las vertientes impetuosas de las partes bajas de la serranía.

Aquella tarde ostentaba toda su pompa salvaje la tempestad de Otoño.

Despues de los primeros aguaceros, el cielo pareció tomar aliento para emprender de nuevo una terrible lucha.

Jirones azules aparecieron algunas veces, y en esos jirones alguna nubecilla tornasolada por el sol poniente; pero bien pronto otras nubes gruesas, pesadas y pardas se precipitaban con violencia para cubrir esos intersticios azules, mengua del furor de la tormenta.

Pielagos cenicientos é inconmensurables quedaban en los horizontes como reserva de aquellas nubes monstruosas y negras que barrían las montañas en tropel gigantesco.

Destacándose en uno de esos fondos plomizos, se dibujaban por intervalos las siluetas de la guerrilla: no se sabia si eran los perfiles de *peñas cargadas* ó de forma-

ciones basálticas, ó nubes desgajadas y rotas por el huracán aquellos erizamientos de la montaña.

Los relampagos determinaban cambiantes cárdenos azulosos y violados en el fondo, y las siluetas aparecían entences negras como un arbolado.

No se distinguía el movimiento de Capistran y los suyos, porque el rápido movimiento de las nubes desvanecía.

A poco una nube parda se arrastró sobre la loma y confundió el perfil fundiendo el cielo con la tierra; despues se perdió todo; habia solo ante la vista esa pesada transparencia que precede en un lejos al chubasco.

En seguida el espacio fué blanco, era una inmensa cascada de granizo.....

Acerquémonos.

Capistran va por delante, su caballo echa sangre por la boca y las narices y sus ojos parecen saltar de sus órbitas, porque enseña esa pequeña línea blanca que da á los caballos un aspecto salvaje.

Capistran, en vez decalarse hasta las cejas su gran sombrero, lo lleva echado hácia atras y recibe la lluvia en la cara y lleva algunos granizos detenidos en sus negros cabellos.

Capistran no tiembla, ruje.

Es una fiera que ante la muerte y ante el rayo grita. Llama á la ira en socorro de su terror.

A cada trueno se oye una blasfemia de Capistran.

El rayo arranca por todas partes una oracion: á Capis-

tran le arranca un aullido. Aquel aullido era la mas sublime expresion del miedo.

Pero el miedo de Capistran era el miedo de los valientes, quiere decir, el miedo de tener miedo.

Las nubes de aquella borrasca habian revuelto las nubes de la conciencia de Capistran y al rayo del cielo oponia Capistran el reto del réprobo.

Aquella monstruosidad trasmitió sus reflejos á los otros ginetes y brotó un coro de maldiciones, y cada uno de ellos se decia á sí mismo:

“Aquí es donde para no parecer cobarde se necesita gritar,” y sus formidables gritos se ahogaban en el estallido de un rayo ó en el mugido de las torrentes.

Cada cual pensaba que Capistran debia mandar hacer alto, los caballos iban á perderse, ya dos iban mancos y casi todos heridos por los espinos y raspados en los despeñaderos; pero ningun ginete se atrevia á quedarse atras ni á objetar, ni á murmurar con su compañero.

Capistran sabia que lo maldecian interiormente, pero se gozaba en el abuso de su autoridad y le parecia que *estaba probando á los muchachos*, como él llamaba á su tropa.

En los primeros momentos de la tempestad reinó la animacion en la guerrilla al aspirar hombres y bestias ese vivificador aroma que se desprende de la tierra al empezar la lluvia.

Despues el terror se apoderó de los espíritus por un momento.

En este momento Capistran arrojó una maldiccion, gritó, azuzó su caballo y dijo á sus compañeros:

—Adelante, muchachos, y que nadie se raje!

Los muchachos entraron al período de excitacion á que los condujo Capistran.

Despues de este período vendria el desaliento, el cansancio, acabaria todo vigor hasta en Capistran, y al fin la naturaleza desencadenada triunfaria de aquellos séres débiles.

Parecia que todos presentian por intuicion la proximidad de este período y se daban prisa.

Un momento mas, y la guerrilla hubiera acampado en una cueva próxima; pero un relámpago dibujó á los piés de los caballos como un lago azuloso, con fajas de plata, con arrecifes negros y una nave en el centro.

Era el valle con sus arroyos, sus arboledas y su casita; la casita del rancho de las Vírgenes.

Aquella casa blanca tuvo un hilo eléctrico para cada jinete y produjo en la guerrilla una sobrecitacion.

Don Jacobo Baca era el único á quien algunos rayos le habian arrancado estas palabras:

“Señor Dios que nos dejaste.....”

O bien:

“Glorifica mi alma al Señor y mi.....”

Pero Capistran ó el vecino mas inmediato se encargaba de cortar con una interjeccion enérgica aquella oracion rudimentaria que se volvia á tragar don Jacobo.

Don Jacobo pensó, al ver la casa blanca, que iba á comer y á dormir.

Otros compañeros pensaron que iban á *habilitarse*.

Los mas inmediatos á Capistran, que iba á haber zambra.

Y Capistran que iba hacer una de las suyas. Descendia la guerrilla al valle cuando ya la noche habia cerrado completamente.

Capistran moderó el paso y á poco dió resuello á los caballos y dijo con voz ronca:

—Ya no griten.

Siguieron el camino y á poco hizo alto Capistran.

Echó pié á tierra y dijo muy bajo:

—Compónganse; y arregló la silla de su caballo, lo cinchó de nuevo, se bajó el sombrero y quitó los botones de las fundas de las pistolas y el del carcax en que llevaba el spencer, y aflojó la espada del ajuste de la empuñadura en la vaina.

Estas precauciones no fueron secundadas del todo entre los demas jinetes, pues algunos se redujeron á imitar el movimiento y á estirar las piernas, desentendiéndose de esos detalles precisos é interesantes.

CAPITULO XXII.

EL RANCHO DE LAS VÍRGENES.—RÁPIDOS PROGRESOS
DE DON JACOBO.

TRASCURRIO un largo espacio de tiempo en medio de un silencio terrible. La lluvia había calmado, y la tempestad recorría en lejanas distancias el espacio.

La guerrilla desfilaba entre las malezas, sin hacer ruido: parecía una gran serpiente negra que se arrastraba acechando la casita blanca.

En el interior de esta casita se oía el animado diálogo de Rosario y María; vibraba su voz en medio del silencio como el lejano canto de los zenzontles en el bosque.

El peon que velaba en el portal se adelantó algunos pasos hácia el campo y se puso en observacion: nada veia, pero notaba un ruido extraño, mezclándose al de las corrientes.

A poco entró á buscar al viejo.

—¿Hay novedad? preguntó éste al ver entrar al peon.

—Creo que vienen ya.

—Por dónde?

—Deben estar cerca: no se vé, pero se oye.

—Y mis hijos?

—No han venido.

—Que entren los peones: corre, aquí nos encerramos; que traigan sus armas.

—¿Qué hay, padre? entraron preguntando Rosario y María.

—Nada, hijas, nada, una precaucion; vamos á encerrarnos.

—¿Y mis hermanos? dijo María.

—Ya vendrán pronto, á la trojel! allí se encierran ustedes.

—¡Ya vienen! gritó un pastor.

—¡Ahí están yal! dijo un peon.

—¡Mi machete!

—¡Acá todos!

Y un tropel de mugeres y niños y algunos peones se precipitó al patio de la casa, en medio del ladrido de los perros que husmeaban en todas direcciones y aturdian; mezclando sus ladridos á las voces de los peones, al llan

to de los chicos, y al inexplicable rumor de la repentina alarma.

—Ya nos sintieron, dijo Capistran, y aflojó la rienda á su caballo, que se desprendió como una saeta, y tras él los demas jinetes, y al último don Jacobo.

Capistran llegó á tiempo que iban á cerrar la puerta al grado que un momento despues se hubiera estrellado contra ella; pero el caballo de Capistran azuzado, se lanzó sobre la última línea de luz que proyectaban las dos hojas de la puerta, línea que se ensanchó de nueve para dibujar toda la figura del bandido.

Se oyeron tres tiros en la azotea, y despues dos en el patio, y en seguida un rumor siniestro y una confusa algarabía de golpes, quejidos, gritos, blasfemias y alaridos.

Un guerrillero habia caido del caballo en el patio; todo era confusion y desórden en medio de la mas profunda oscuridad.

Dos jinetes tiraban tajos y mandobles y acometian con sus caballos á cuatro peones que habian hecho fuego sobre ellos, y que en seguida se defendian á culatazos, pero bien pronto cayeron á los piés de los caballos.

Otros forzaban una puerta que daba al interior de las habitaciones, y Capistran gritaba á los suyos:

—¡Mátenlos á todos!

Capistran habia disparado los seis tiros de su primera pistola, y habia empuñado la espada.

Poco tiempo bastó para que hubieran desaparecido del patio todos los de la casa.

Un guerrillero apareció con un hachon.
Había cuatro cadáveres.

Eran estos, los dos peones, un guerrillero y el viejo.

Capistran los reconoció uno por uno, y al llegar al último hundió todavía dos veces su espada en el pecho inerte del anciano, que yacía en un lago de sangre.

—Ahora sí, exclamó; así andarán siendo chismosos estos mochos. Muchachos ¡que viva la libertad!

—¡Que viva! gritaron algunos con voz lúgubre, en medio de aquel cuadro de muerte.

En seguida Capistran distribuyó su fuerza. Envió algunos á forzar puertas, otros á perseguir á los de la azotea que se habian escondido, y á otros á rondar por el exterior y á atrapar á los fugitivos.

—No suelten á las mugeres; y si chillan mátenlas.

Don Jacobo no habia sido atacado en toda la refriega mas que por un perro, que se empeñó en no dejarle movimiento; y don Jacobo entrando en singular combate, sable en mano, sacrificó su primera víctima en aras de la patria.

Atravesó al perro de parte á parte, y despues le partió la cabeza hasta callarlo.

Cuando hubo terminado buscó mas gente á quien matar; pero ya no habia, y entónces fué cuando don Jacobo se sintió en todo el apogéo de su valor personal.

Permanecieron mas de una hora aquellos bandidos abriendo baules y sacando ropa y dinero; obligaron á dos prisioneros á cargar la mula de la casa con el botin, y

dos guerrilleros con la mula y los dos peones á quienes obligaron á arrear, fueron los primeros que salieron del patio.

Capistran habia recorrido toda la casa.

Uno de los que rondaban por el exterior entró corriendo al patio.

—Mi coronell viene gente, dijo á Capistran.

—Vayan dos que vean quién es.

—¡Tropa armada! gritó un tercero.

—A caballo! dijo el gefe.

—Es la fuerza de la Soledad, gritó un tercero.

—Echa el hachon en el ocete y vámonos, dijo Capistran á un camarada. Acá todos: que Juan, el Coyote y Chema cubran la retaguardia. ¡Vámonos!

—No están todos, dijo uno.

—Van por delante.

—Por *onde jalamos?*

—A cojer la vereda grande, y si nos pican mucho, en dispersion, á caer mañana al Gato.

—En la Lomita?

—Sí, hasta arriba.

No bien se habian alejado los últimos ginetes, cuando comenzó á salir de la casita blanca una ráfaga rojiza que iluminaba el principio de una nube negra en forma de espiral.

Aquella luz fué creciendo, y una lengua de fuego se mecía magestuosamente en el espacio, difundiendo una penumbra temblorosa en los campos vecinos.

Pepe y Rafael venían por el valle con una fuerza de caballería, y al ver el incendio se desprendieron bruscamente de las filas para llegar los primeros.

El patio de la casa era una inmensa hoguera, que había comunicado el fuego á las trojes y á las piezas interiores.

Rafael iba á precipitarse con su caballo á aquel horno, y Pepe le detuvo.

—Todo está ardiendo; espérate.

—Rosario! gritó Rafael.

—María! padre! gritó á su vez Pepe; por donde están? padre, padre!

Solo el chasquido de la madera que ardía y ese zumbido siniestro de las grandes llamas, respondía á los acentos de desesperación de aquellos jóvenes.

—Por atrás, gritó Pepe, por la otra puerta.

Y los dos hermanos se precipitaron en busca de la puerta.

Estaba rota la puerta de la troje que daba al campo; entraron á caballo gritando siempre á Rosario, á María y á su padre.

Nadie contestaba.

Se oyeron algunos tiros de los que cubrían la retaguardia á Capistrán.

Pepe y Rafael lograron penetrar por una ventana á las piezas interiores: el desorden de las habitaciones les reveló el drama que acababa de pasar.

El dolor de aquellos dos huérfanos no tenía límites.

—Estarán en el patio.

—¡Ardiendo! exclamó Rafael.

—Vamos!

—Vamos!

El viento que comenzaba á soplar de nuevo, había alejado el humo y las llamas de la puerta, y los jóvenes pudieron penetrar algunos pasos; tropezaron con el cadáver de su padre, cuyos vestidos comenzaban á arder.

—¡Mi padre! gritó Pepe; ay!..... y mis hermanas! ¡María! ¡Rosario!

Los dos jóvenes se precipitaron hácia el cadáver para apagarle los vestidos con las manos.

La fuerza de caballería de la Soledad, siguió persiguiendo á la guerrilla.

A Rafael le acometió un acceso de locura, y dejó á Pepe llorando sobre el cadáver del viejo.

Ni una voz humana resonaba al rededor de la casita, de donde hasta los animales habían huído para el campo.

A poco rato apareció un peon que había logrado esconderse y encontró á Pepe besando la fría y destrozada cabeza de su padre.

—¿En dónde están mis hermanas?

—Se las llevó la fuerza.

—¿Quién?

—Capistrán.

—¡Ah Capistrán! Capistrán! gritó aquel joven, levantando la frente al cielo como para pedir el castigo para el asesino.

Dos días despues, á veinte leguas de distancia del rancho, la fuerza de la Soledad pudo alcanzar á la guerrilla.

Rafael estaba entre los perseguidores, se habia incorporado con la esperanza de rescatar á Rosario: esta fuerza la mandaba el dueño del caballo prieto que montaba Don Jacobo, y estaba compuesta en lo general de vecinos agraviados por Capistran.

Rafael fué acogido con entusiasmo por la fuerza, pues era conocedor del terreno y de valor acreditado.

Capistran fué sorprendido en un recodo del camino, y no bien hubo aparecido su fuerza á la vista de la que lo perseguia, cuando lanzándose como una flecha Rafael, llegó hasta Capistran que le esperaba preparado para dispararle á quemaropa.

Rafael habia empuñado su espada.

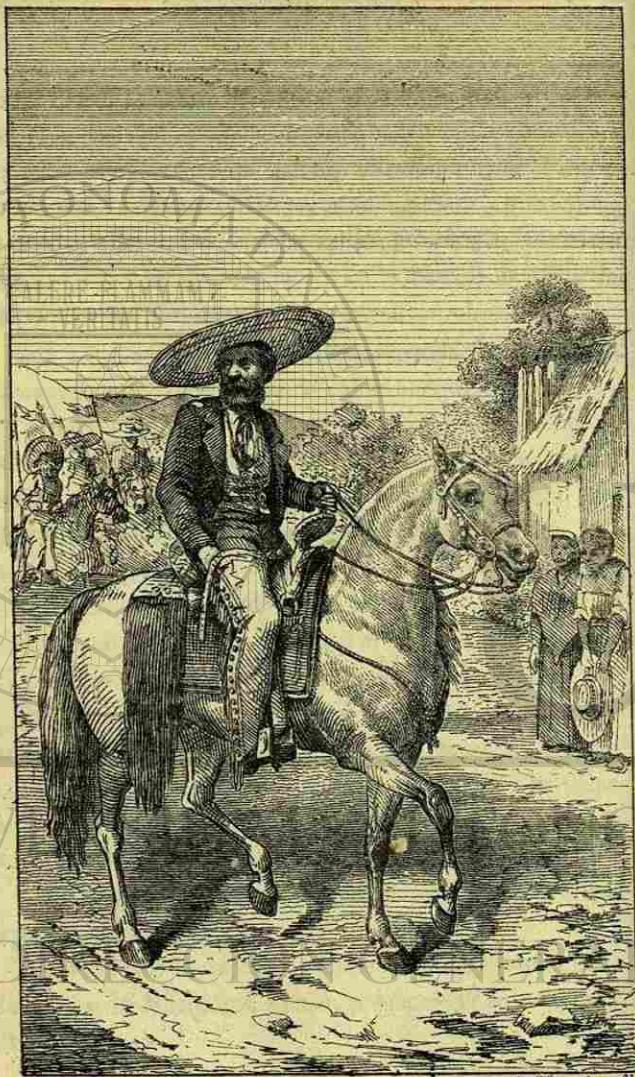
Capistran hizo fuego; pero casi al mismo tiempo se sintió pasado de parte á parte por la espada de Rafael.

Entre los demas contendientes, se trabó una lucha encarnizada, en la que hasta Don Jacobo, sacando fuerzas de flaqueza, se acreditó de valiente; se batió con el valor de la desesperacion y fué afortunado en sus golpes, al grado de poner tres contendientes fuera de combate.

La fuerza de Capistran desmoralizada se dispersó, abandonando el botin.

Rafael acababa de caer herido; pero en los brazos de Rosario y de María que habian presenciado aquella horrible escena.

El denuedo con que cargaron los perseguidores de Ca-



El C. Coronel JACOBO BACA.

Lr. Vilazano, Sarney y C.

pistran, hizo notable este hecho de armas al grado que un periódico dijo á los pocos dias, que el supremo gobierno era lo mas popular y querido que se conocia, porque por todos los ámbitos de la república se veian levantarse fuerzas armadas y montadas por su cuenta, para exterminar á la canalla.

Los restos de la fuerza de Capistran formaron nueva banda á las órdenes de Don Jacobo Baca.

CAPÍTULO XXIII.

DE COMO LA VENTURA DEL POLLO, ES FLOR DE UN DIA.

EL lector, el benévolo lector, que hasta este capítulo habrá tenido la paciencia de seguir nuestro relato, ha visto á Concha desbarrancase; y acaso juzgue, por lo mal pergeñado de lo escrito hasta aquí, que el autor tiene mas parte que las circunstancias en ese desbarrancamiento.

Pero ¡lejos de nosotros tan dañada intencion! y para probar que solo copiamos, hacemos en seguida algunas anotaciones.

Téngase presente que toda contravencion del órden mo-

ral que rije á la sociedad y á la familia, es un camino errado, que solo conduce á la aberracion y á la desgracia.

Minar por su base la sagrada institucion del matrimonio es un atentado, cuyas consecuencias recaen, inexorablemente, sobre el delincuente.

La union legítima es el único pedestal en que descansa la felicidad de la familia; esta es una de las mas severas prescripciones de la moral universal, y toda infraccion es irremisiblemente funesta.

Escribimos en una época harto fecunda, por desgracia, en ejemplos de esta especie; época de abjuracion, de vacilacion y de duda, de cálculo y de errores.

No, Concha no podia ser feliz; porque la felicidad es un premio reservado al bien obrar: las víctimas del becerro de oro no tendrán jamas bastantes lágrimas para lavar su conciencia.

“Todas las que se ponen castaña se van” decia Casimira la bizca, y en el fondo la bizca decia una gran verdad.

La pasion del lujo está engrosando cada dia las filas de la crápula, y pasma el aplomo con que millares de jóvenes pobres aceptan en el mundo su papel de parias sociales, concurriendo gustosas al alistamiento de la infamia.

La muger, en México, ya no vacila en confesar paladinamente que la aguja es la hambre, y despues de esta funesta aseveracion ¡que horrible castigo es la hermosura!

La parte menesterosa de nuestra sociedad, está pidiendo á la moral pública un socorro en su desmoronamiento.

Tiempo es ya de decirles á esos barbados, musculosos y sanos, vendedores de encajes y de chucherías, de listones y de terciopelos, de baratijas y de cigarritos: “Salid de vuestros armazones á emplear vustras fuerzas, vuestra juventud y vuestra inteligencia en trabajos dignos del vigor varonil y de la mision del hombre; y dejad vuestros mostradores para que sirvan de parapeto á la virtud de la muger.”

.....

En Concha no habia perversidad, habia ignorancia.

Cuando se encontró reunida con Andrea, con Lupe y con Lola, sintió en su alma el estremecimiento de su caída; se acordó de que sus amigas Clara y Ernestina ya no la habian vuelto á ver, porque se avergonzaban de ella; sus amigas, en lo de adelante, iban á ser de aquella clase.

Concha lloró: tenia vergüenza: ¿cómo retroceder? el general sabria aquello, ¿y despues?

—Esa es mi suerte, repetia Concha despidiéndose con todo el fervor de su alma de toda dicha legítima, de todo placer puro, de algo que ella adivinaba parecido á la estimacion, al respeto social; joyas soñadas y perdidas para siempre; ¡pobre Concha! ¡pobre Concha!

En medio de estas supremas amarguras, de estas íntimas decepciones, de estas insuficiencias morales se aparece por lo general, no el diablo, ni la tentacion, ni ninguno de esos genios familiares; se aparece festivo, risueño, grotesco y coronado de pámpanos, el mitológico, el mismo viejísimo dios Baco, como una especie de *hombre bueno*,

como un verdadero abogado de pobres; y todo esto bajo la sencillísima forma de un vaso de cognac, como se le apareció á Concha.

Pio Blanco se lo ofreció con la misma mano aquella de la pistola que mató á Arturo.

Concha comprendió la torva sugestion del de las viñas y bebió cognac, con esa tendencia suicida del que pretende huir de sí mismo.

De manera que al llegar á Ixtacalco Concha habia encontrado un antídoto contra su vergüenza.

Andrea, Lupe y Lola acariciaron á Concha con ternura, con mucha ternura.

Habia en el fondo de aquellas caricias algo de la resignacion de los huérfanos que se cobijan bajo la sombra de la misma desgracia.

Los pollos estaban á cien leguas de estas intimidades fisiológicas, y reian con esa frescura desconsoladora del pollo disipado, que no encuentra nada mas allá de sus narices.

Baco y los pollos celebraban tácitamente una transaccion, por medio de la cual estos se exhibian tales como eran en cambio de un poco de aturdimiento.

A este dios lo hemos contemplado algunas veces, con una copa en una mano y en la otra un libro en blanco.

Dándole las gracias y rehusando la copa, llenaremos algunas páginas de su libro.

Concha se enfermó.

Mas adelante sabrá el lector que Concha le debió en esto á Baco un favor de padre.

Como se enfermó Concha, buscó una enfermería y entró en un jacal inmediato.

A la puerta de la tienda mas inmediata al canal habia dos caballos lujosamente ensillados.

Al verlos venia á la mente esta disyuntiva:

Estos caballos son de un rico ó de un ladron.

En nada se les van los bártulos á los adoradores del becerro de oro, como en esto del arnes nacional.

Conocemos tendero, sin segunda camisa, que se monta sobre su capital en su caballo.

Abundan cajoneritos de esos que se están parados toda la semana, que el domingo andan sobre su patrimonio.

Estos sugetos son los mites de la riqueza, porque su lujo no es el resultado de una posicion ventajósima, sino el de una porcion de economías dolorosas, por medio de las cuales se hacen acreedores á que mientras mas ricos parezcan, merezcan mas esta aplicacion:

¡Pobres!

He aquí de que manera arrancan la exclamacion ¡pobres! los que finjen ser ricos.

Volvamos á los caballos.

Desde luego no eran de tendero, porque estos no exponen fácilmente su lujo sino en el paseo.

—Serán ladrones, pensó Lupe.

—Serán hacendados, dijo Lola.

La muger es la primera que prevé un peligro.

Andrea se levantó del asiento que ocupaba en el cenador.

Algo la preocupaba.

Se puso en acecho, á poco palideció y buscó en torno suyo una salida opuesta, como para huir.

—¿Qué buscas? le preguntó Pio Prieto.

Andrea no contestó.

Dos enérgicas interjecciones habian resonado en el interior de la tienda: luego allí estaban los ginetes, luego los ginetes eran ladrones.

Así discurrieron á duo Lola y Lupe, mientras que la mente de Andrea la ocupó toda este monosílabo:

¡Eh!

Como evocado apareció en la puerta de la tienda uno de los ginetes.

Andrea arrojó un grito.

Al grito salió el otro ginete. ¡Era don Jacobo Bacal!

Los pollos tenían que habérselas con dos gavilanes.

Los dos ginetes se dirigieron á pié al cenador.

Andrea y Pedrito quisieron huir.

No tuvieron tiempo.

—¡Bien hayan las mugeres! gritó uno de los ginetes fijando en Andrea sus ojos encendidos por el licor y por la cólera; ya me rezarías, ¡ingratal pero ya me ves, he resucitado. ¡Por vida de.....

Y avanzando los dos pasos que le faltaban para llegar á

Andrea, la asió de la muñeca y la separó bruscamente del grupo de los pollos.

—¡Bien hayan los hijos! gritó á su vez don Jacobo, tomando de la mano á Pedrito, echándose hácia atrás su gran sombrero bordado, y sacando á su hijo del lado de los otros dos pollos.

—Este no es mi padre, pensó Pedrito.

—Dispense V., amigo, dijo Pio Prieto.

—Yo no soy amigo de nadie, dijo el bandido llevándose á Andrea.

Pio Blanco estaba álla sazón con Concha en el jacal, de donde juzgó ser prudente no salir.

—Oiga V., insistió Pio Prieto.

—Le voy á aconsejar, niño, dijo con voz sorda el bandido, que no me cante ni me baile, porque le va á sobrar verso y á faltar tonada. Yo soy Zeferino Dávila y ando con los hombres.

Y dejó caer una mano, como de calicanto, en el hombro de Pio Prieto, que tambaleó.

—Si tiene que sentir de mí..... amo..... tengo plomo conque quererlo, continuó Zeferino, buscando su revólver.

Pio Prieto dió un brinco hácia atrás y sacó su pistola de debajo del saco.

Pepe hizo lo mismo.

Hace diez años, esto hubiera parecido inverosímil, pero en la época que atravesamos, todos los pollos son de pelea.

Los Estados-Unidos se han encargado de hacer del revólver un adinículo indispensable; y Colt es émulo de Lozada, pues ya no se concibe al pollo sin reloj y sin pistola, especialmente cuando el pollo anda calavereando.

A esta costumbre tan generalizada debió su muerte Arturo.

Recordará el lector que el desafío fué á revólver.

Zeferino Dávila no había sacado aun su pistola, y don Jacobo ya se había alejado con Pedrito.

—No se asusten, niños, dijo Zeferino, cambiando completamente de tono. Ya está, patroncitos..... con la vénia.

Y dió media vuelta.

Pio Prieto y Pepe se quedaron en el cenador con Lola y Lupe. Estaban perplejos, pero no por esto dejaron de comprender que lo mas acertado que podian hacer era conformarse con la voluntad de Zeferino y don Jacobo, porque, al fin, tenian derecho, el uno sobre Andrea, y el otro sobre Pedrito.

Poco despues, Andrea en la silla del caballo de Zeferino y Pedrito á la grupa del de don Jacobo, desaparecieron del pueblo.

Concha no estaba tan enferma que no hubiera podido enterarse de lo que pasaba fuera de su enfermería, y al oír distintamente la voz su de padre, quiso levantarse para ir en su busca, pero Pio Blanco la detuvo.

Las circunstancias en que don Jacobo venia á encontrar á sus hijos no podian ser peores.

Concha se conformó con echarse á llorar.

En cuanto á Pedrito, pertenecia desde aquel momento á la guerrilla de don Jacobo.

Don Jacobo Baca se había trasformado completamente, el guerrillero había sustituido ya al pusilánime, al encogido don Jacobo: no se conocia á sí mismo.

Había salido del círculo social por la puerta de la inutilidad y la ignorancia, instigado por la miseria, y se encontró de la noche á la mañana en el teatro del crimen.

Don Jacobo comenzó á ser criminal por miedo, despues lo fué por necesidad y al último por hábito.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DE BIBLIOTECAS

CAPITULO ÚLTIMO

EN EL CUAL SABRÁ EL LECTOR EL PARADERO DE SUS
CONOCIDOS, SIN HACERSE ILUSIONES PARA EL PORVENIR.

EA ensalada, según Brillat Savarin, debe tener las condiciones que desearíamos tuviera la nuestra; los italianos recomiendan la *ensalata ben salata*; por esto nos cabe duda acerca de la presente, porque la sal es uno de los artículos que al escritor suele escaseársele, mal que le pese.

Ojalá que muchos de nuestros benévolo lectores encuentren que esta ensalada tiene suficiente sal!

En cuanto á la pimienta, no tenemos la misma duda; porque la pimienta abunda en las costumbres actuales, y el

pollo tiene por naturaleza si no mucha sal, al menos la pimienta suficiente.

Pero en lo que están contestes, en materia de ensaladas, autoridades competentes, es en que la ensalada debe revolverse á satisfaccion; casi tanto como las elecciones ó como Paris.

Al llegar el autor al cumplimiento de esta prescripcion, revolvió en efecto la ensalada, pero como esta operacion es larga y puede cansar á los lectores, y ademas, en esta revolucion las cosas se irian poniendo de mal en peor hasta el grado de presentar fases horripilantes, hemos preferido dejar el platillo en paz y ofrecerlo al lector, no sin dejarlo satisfecho en cuanto á la suerte de los personajes por quienes haya podido interesarse.

Por otra parte, la índole del género de literatura que ensayamos nos obliga á no ser difusos, á escribir libros pequeños, segun lo hemos ofrecido; y desde luego falta á nuestra pobre pluma el espacio necesario para retocar y acabar sus originales.

Pero cuando á la vez estamos ciertos que el lector, con todo y ser tan amable, no nos perdonaria la extravagante humorada de dejarlo en la mitad del camino, nos comprometemos desde luego á no privarlo, en lo de adelante, de sus buenos conocidos.

Seguiremos tras de Concha, paso á paso, hasta su vario, seguiremos á los Pies; que no porque con el tiempo dejen de ser pollos, dejarán de ministrarnos materia, sabrosa de leer, en algunos capítulos, y llegaremos en fin por

nuestra perseverancia y la de los lectores á un término de cosas en el que; tal vez algunas y muy provechosas máximas se deduzcan.

Por lo pronto volvamos al general.

El general se habia ocupado, hacia algunos dias, de la aritmética, con mas teson de lo que ordinariamente conviene á un general.

El general discurría así:

—Concha es muy hermosa; pero mi lote de convento ha desaparecido. Una adjudicacion ha absorbido á la otra. Item mas, casi toda mi liquidacion. Luego debo dejar á Concha y meterme á la bola. Es necesario habilitarse de nuevo; yo le escribiré esta noche á mi compadre y al gobernador de..... Resueltamente me equipo y me lanzo á la revolucion, la tesorería flaquea; ¡á la bola! Concha me ha derramado la bilis; ¡á la bola! La revolucion ha tomado cuerpo; ¡á la bola! Corro riesgo de quedarme de coronel; ¡á la bola! Y lo que es en esta vez no he de ser zurdo; ¡á la bola!

Con esto y con que Casimira, officiosamente, le contara al general los trapicheos de Lola con Pio Blanco y lo de Ixtacalco, el general puso su renuncia, que la misma Casimira se encargó, gustosa por supuesto, de presentar á Concha.

Despues de lo cual, el general, ya libre como don Jacobo y como Pedrito y como otros muchos, se lanzó á la revolucion.

En cuanto á Concha, mediante esa estúpida operacion

(reservada al ser que piensa) por medio de la cual el alma queda á medio vivir, la inteligencia á medio discar-
rir ó á discurrir al revés, la razon á medio perderse y el juicio perdido completamente; por medio de esta opera-
cion, decimos, Concha se entregó á un paréntesis que re-
presentaba otro descenso.

Concha se encontró sin Pedrito y sin el general, y fren-
te á frente de Pio Blanco, ó por mejor decir, en su poder.

Pio Blanco hubiera gritado ¡aleluya! si el latin ó la
misa le hubieran dejado siquiera ese recuerdo; pero su fe-
licidad tuvo una expresion menos clásica y mucho mas en
analogía con sus costumbres.

Tan luego como tuvo conocimiento de la vacante, se di-
rigió á la vinatería de Huergo y se proveyó de ostiones
y otras conservas alimenticias, compró Chartreux verde,
licor de los Benedictinos, Aya Pana, Vermouth de Tur-
no, agregó un jamon de Wetsfalia y un gran trozo de queso
fermentado de Gruyere.

En seguida tomó en la casa de Escabasse cien pesos de
perfumes, entre los que predominaban el Iland-iland, la
violeta de los Alpes, y otros no menos esquisitos.

Todo esto era la suprema felicidad. Pollo alguno se vió
jamás tocando esa dicha de sultan. Casi no tuvo tiem-
po de avisar y Pio Blanco se eclipsó.

Pio Prieto siguió siendo la orquídea de Pio Blanco, co-
mo lo habia sido de Arturo; se encargaba de la jubilacion
y la cesantía de las prendas de ropa de Pio, y de contraer
deudas á su sombra.

Dejemos que estos pollos se pongan roncós, con la pre-
cocidad usual de estos tiempos, y el lector los encontrará
mas tarde, en su segundo y no menos edificante periodo.

Dofia Lola y don José seguian bien, en su inalterable
amistad, esperando la vuelta de don Jacobo y de Pedrito,
con la misma tranquilidad con que nosotros esperamos
muchas cosas que no han de llegar.

Casimira llegó á conseguir su objeto, pues nadie cono-
cia en México á Concha por otro nombre que con el de
Concha la sacristana.

Este triunfo fué el mas preciado galardón para la bizca.

Rafael y Pepe, arruinados y huérfanos, concibieron un
odio á muerte á los restos de la guerrilla de Capistran, es-
pecialmente Rafael, que juró, por su amor, la muerte de
todos los que tomaron parte en su desgracia.

A Sara y á Ernestina las veremos mas tarde desempe-
ñando el interesante papel de mamás, que no habrá mas
que pedir.

¿En dónde están los seres virtuosos, las almas puras,
los jóvenes sin tacha, los modelos, en fin, que se deben
imitar? ¿Será posible que ya no exista nada de eso? ¿Es-
ta es la sociedad? ¿Así son todos? ¿Adónde vamos á pa-
rar? ¿En qué época vivimos? ¿Y el amor, y la fé, y las
virtudes todas adónde se han refugiado? ¿Qué realismo
es este tan espantoso?—¡Protesto!—¡Yo tambien!—¡Fa-
cundo se equivoca! lo vé todo negro! Exigencia! imagina-
cion! mentira!.....

Consolaos, si podeis; estais en vuestro perfecto derecho: por nuestra parte creemos no haber pecado contra la exactitud histórica, sino en el sentido de haber guardado silencio acerca de mas cosas que sabemos todos.

Nuestros personajes están á la vista del lector; ahí, por esas calles de Dios, en todas partes; fijaos bien y los reconocereis.—¡Sobre que no hemos hecho mas que copiarlos! y no así como quiera, sino por su turno riguroso, sin elegir, sin preferir á nadie.—¿Que en dónde están las almas puras? los séres virtuosos?—Qué quereis! los demas se interponen y nos los ocultan, procuraremos hallarlos, atizarémos nuestra linterna y buscaremos con afan incansable; y en prenda de nuestro buen deseo os empeñamos nuestra palabra, lector amigo, de indemnizaros con usura de vuestro desencanto, tan luego como en este dédalo de pollos encontremos un tipo, ya no del bello ideal, sino si quiera presentable.

A este fin, Facundo levantará el foco de su linterna desde la casa de doña Lola, desde la hojalatería de don Pioquinto Prieto, hasta esos palacios dorados que encierran altas y poderosísimas damas y encopetados negociantes. Tal vez allí tendrémos un modelo, un tipo digno, noble, grande y capaz de exaltar nuestro entusiasmo.

Perdonadnos, entretanto, si esta ensalada no sigue revolviéndose, y la damos tan pronto por suficientemente condimentada; pero si en este pequeño libro habeis podido hallar, mezclado al sabor de nuestra charla, algo que haya hablado á vuestra alma; si al leer habeis pensado

en vuestros hijos; si os habeis detenido un momento á contemplar la situacion moral del mundo, os afirmamos que esta suspension contemplativa no será estéril en resultados, y acaso veais mas claro el porvenir á la débil luz de la LINTERNA MÁGICA.

FIN DE LA ENSALADA DE POLLOS.

INDICE.

	Páginas.
CAPITULO I.—En el que el curioso lector se inicia en algunos misterios de la incubacion de la raza.....	3
CAPITULO II.—Don Jacobo recibe el espaldarazo de la caballería andante y queda hecho guerrero.....	11
CAPITULO III.—De como á los pollos se les va conociendo por la pluma y por el canto.....	21
CAPITULO IV.—En que se vé que la civilizacion mejora la raza.....	29
CAPITULO V.—Monografía del pollo.....	87
CAPITULO VI.—El altar de Dolores.....	47
CAPITULO VII.—En el cual revela la historia natural las poridades de la raza fina y la ordinaria.....	57
CAPITULO VIII.—De como una gallina vieja puede hacer un mal guisado.....	65
CAPITULO IX.—Los pollos hacen de las suyas....	77
CAPITULO X.—Comienza la hoja de servicios de don Jacobo.....	87
CAPITULO X.—En el que el autor pone mucho cuidado para que no se le escape ninguna palabra inconveniente.....	109
CAPITULO XI.—Los pollos anidan.....	117
CAPITULO XII.—Entrada de Concha en el gran mundo.....	127

CAPITULO XIII.—Una digresion acerca de las manos.—La cena en Fulcheri.....	143
CAPITULO XIV.—En el que la precocidad de los pollos, determina una catástrofe.....	151
CAPITULO XV.—El lector encuentra á los pollos y se entera de lo que les sucedió despues de la cena en Fulcheri.....	167
CAPITULO XVI.—Entra en escena un gallo de pelea con buen espolon y buena cresta.....	181
CAPITULO XVII.—Los pollos fritos.....	197
CAPITULO XVIII.—Las pollas copetonas.....	209
CAPITULO XIX.—La ensalada se sazona con sal y pimienta y se revuelve.....	217
CAPITULO XX.—En el cual la dicha de todos los personajes va á mas y mejor.....	227
CAPITULO XXI.—Continúa la hoja de servicios de don Jacobo.....	237
CAPITULO XXII.—El rancho de las Vírgenes.—Rápidos progresos de don Jacobo.....	245
CAPITULO XXIII.—De como la ventura del pollo es flor de un dia.....	255
CAPITULO ULTIMO.—En el cual sabrá el lector el paradero de sus conocidos sin hacerse ilusion para el porvenir.....	265

Colocacion de las estampas.

Don Jacobo lanzándose á la revolucion.....	7
Pedrito.....	23
Pio Prieto y Arturo.....	78
El desafio.....	168
Entra en escena un gallo de pelea.....	182
Por destructor.....	206
¡Ay doña Lola!—¡Ay don José!.....	234
El C. coronel Jacobo Baca.....	253

ANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS





UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

